
HQÑ™
LUCINDA GRAY
CONFESIONES PELIGROSAS

Portadilla

LUCINDA GRAY

CONFESIONES PELIGROSAS

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Lucinda Gray
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Confesiones peligrosas, n.º 434 - septiembre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370009670

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Prólogo

Londres, 1846
Club de Caballeros

Cuando sir Howard Melbourne, alto cargo político y perteneciente al servicio secreto de Su Majestad, se marcaba un objetivo, resultaba una tarea hartamente difícil hacerle cambiar de parecer. Como miembro destacado del Ministerio de Asuntos Exteriores de su país, eran reconocidas entre los suyos: su locuaz oratoria, su aguda inteligencia y, sobre todas las demás, su capacidad para manipular cuantas situaciones o personas considerase necesarias para conseguir sus fines. Era por eso por lo que tenía todo a su favor, así como casi todo el apoyo político necesario, para llegar a convertirse en el máximo responsable del ministerio. Sin embargo, como hombre tenaz y falto de escrúpulos, ese *casi* lo inquietaba, por lo que había decidido que debía jugar aquella partida con todas las cartas a su favor. Estaba resuelto a tener una mano ganadora aunque se prevaliera de trampas, engaños y, si resultara necesario, del chantaje.

A sus treinta años ya conocía lo suficientemente bien el mundo en el que se movía, conocía tanto lo bueno como lo peor de este y, por supuesto, esa información le resultaba muy valiosa a sus propios intereses. Su aceptación en la sociedad, sin ningún tipo de objeción, debía agradecérselo tanto a su meteórica carrera política como al hecho de que una de las damas más influyentes del Comité de Almack's, la condesa viuda de Maine, conociera sus verdaderos

orígenes. Debido a ello tuvo desde el primer momento en que se decidió a interactuar con aquel grupo selecto y aristocrático, el apoyo necesario e incuestionable para ser considerado idóneo. Claro que dicho patrocinio se debía, en gran medida, a que dicha dama no quería arriesgarse a asegurarse un poderoso enemigo real si llegara a hacerse pública algún día su ascendencia, y se supiera que le había negado protección en el momento en que la demandó. Para la respetada condesa era mejor estar de su lado y brindarle todo su apoyo que estar frente a él y arriesgarse a perderlo todo. Desde luego, la encumbrada aristócrata justificaba esa ayuda basándose en la tierna amistad que la había unido a su difunta madre. Sin embargo, para alguien tan astuto como Howard, tal dechado de buenos sentimientos no era sino una aparente lealtad de la que la mujer, por supuesto, carecía. Melbourne conocía demasiado bien los secretos de aquel corrupto y voluble ambiente como para dejarse embaucar por tiernos sentimientos de falso altruismo. Lady Eloísa no era diferente al resto de los componentes de su selecto círculo, la movía, como a la mayoría de su clase, el interés. Un interés que él no dudaba en utilizar cuando le convenía.

Frunció levemente el ceño al recordar como dichos congéneres no le producían otra cosa que un profundo hastío, y, se recordó, tenía que asegurarse de que nadie pusiera en cuestión su procedencia si algún día llegara a necesitar utilizar esa baza. Sobre todo si aquella altiva mujer decidía no reconocer públicamente quién era realmente si llegara a necesitarlo. ¿Y cómo conseguirlo llegado el caso? Solo había una respuesta posible: necesitaba los documentos que se encontraban en poder de lord Kerr, el actual marqués de Lothian. Unos documentos que había estado a punto de recuperar pero que la intervención de ese estirado de Hastings impidió.

«Y todo por una mujer», murmuró sin dar crédito aún.

Lord Estricto, como era apodado este, había puesto en juego incluso su preciado buen nombre, provocando un escándalo de tales dimensiones que tardaría décadas en poder olvidarse o ser eclipsado por otro de similares características, al defender a su actual condesa. Esta, recordó con una sonrisa, había trabajado para él como agente secreto consiguiendo los ansiados documentos a pesar de su

inexperiencia en esas lides. Y habrían sido suyos de no ser por la intervención del noble, el cual se los devolvió al marqués en un acto de venganza hacia él por haber utilizado a la mujer que amaba. Hizo una mueca de desprecio al pensar en cómo un hombre podía dejarse arrastrar por las emociones, cosa que estaba seguro que sería muy difícil que le ocurriera a él.

Chasqueó la lengua.

¿Podría haber algo que hiciera más tonto a un hombre que el creerse enamorado?

Hastings había actuado movido por los celos y, con ello, le había hecho perder un tiempo precioso. Un tiempo que no pensaba volver a perder puesto que no podía retrasar más el hacerse con los dichosos papeles. Miró un segundo hacia la puerta del saloncito privado donde se encontraba, antes de volver a concentrarse de nuevo en su objetivo con decisión: lo volvería a intentar.

Y, esta vez, lo conseguiría.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro mientras, sin ser consciente de ello, tomaba un sorbo de su vaso de whisky a la vez que contemplaba pensativo el sobre que le había hecho llegar, hacía un momento, otro de sus agentes. Aquella era su última carta para hacerse de una vez por todas con los documentos que ese maldito de Kerr guardaba en su poder y que eran tan necesarios para asegurarse el futuro nombramiento.

Se quedó observando con deleite el envío durante unos segundos más, antes de introducirlo en el bolsillo oculto de su levita, plenamente satisfecho.

«Todavía no», se dijo.

Aún no era el momento de utilizarlo, antes tenía que intentar conseguir aquellas cartas por otros medios y aquel del que acababa de apoderarse no era sino su salvoconducto en el caso de que el marqués intentara matarlo si llegara a descubrir que pretendía robarle de nuevo.

Inspiró hondo antes de tomarse el último trago de líquido ambarino.

A continuación, se incorporó colocándose su sombrero de lado, como solía hacer, lo que le daba un aspecto de misterio puesto que

ocultaba parte de su astuta mirada. Y salió de White's, el exclusivo club de caballeros al que pertenecía gracias a su posición, encaminándose a su próxima cita con otro de sus agentes: la señorita Violet Graham, imprescindible para aquella misión.

Capítulo 1

La mujer, de ojos violetas y pelo trigueño, lo observaba con atención aunque sin dejarse engatusar. Conocía lo suficiente de ese hombre como para saber que cuando actuaba con galantería, al menos cuando la utilizaba contra ella, lo hacía porque verdaderamente la necesitaba para el trabajo y no podía permitirse que se negara argumentando alguna excusa. De lo contrario, se hubiera limitado a comunicarle sus órdenes y despedirla sin muchos miramientos, como solía ser su costumbre. Sus encuentros, de carácter secreto, tenían lugar habitualmente en aquella elegante casa que Melbourne tenía alquilada en Mayfair para, según la buena sociedad, su amante de turno. Lo divertido era que, en realidad, aquel lugar suponía la tapadera perfecta para los encuentros con muchos de los que, como ella, trabajaban para él y a los que este llamaba: sus agentes. Y, claro estaba, la nobleza toleraba porque se trataba de un hombre joven, soltero, y de buena posición. Así que el hecho de que tuviera una amante era aceptable si no cruzaba ciertas líneas y era discreto.

¿Cuestionable? Sin duda.

¿Le importaba? Realmente, no, aquello no la afectaba en lo más mínimo por lo que para qué malgastar tiempo en pensar en las estupideces de la aristocracia.

Violet recordó que nunca había pasado más allá del recibidor y del pequeño despacho donde solían tratar sus asuntos, y lo cierto era que lo agradecía, porque así la relación con su jefe se mantenía de una forma estrictamente profesional. Por supuesto, era consciente

de que no todos los agentes recibían el mismo trato, ya que Melbourne dispensaba una cortesía diferente a aquellos de ascendencia noble que, a fin de cuentas, pensó con cinismo, hacían lo mismo que ella: espiar y robar para él. Algunos de ellos incluso cosas más drásticas. Lo que ocurría era que estos, al pertenecer a la buena sociedad, contaban con los contactos suficientes para acceder a círculos a los que una pobre muchacha de campo como ella nunca soñaría, por lo que su jefe los necesitaba y los trataba como estos consideraban merecer para que se plegaran a sus órdenes. Tuvo que reconocer que también recurría al chantaje para que accedieran a trabajar para él, como le ocurrió a Marianne, la actual condesa de Hastings.

En realidad, y para ser justa, lo único que le importaba de su empleador era que, en un momento bastante complicado de su vida, apareció ofreciéndole aquel oficio tan poco común para una joven e inocente muchacha de diecisiete años, pero que supuso la salvación para ella y su ingobernable hermana pequeña. Esa era la razón por la que consideraba que le debía cierta lealtad, no una lealtad absoluta, pero sí era cierto que tenían un lazo invisible que los unía.

Y ambos eran conscientes de ello.

Melbourne era un misterio en todos los sentidos, nadie había conseguido nunca conocer su verdadero carácter, pero sí había algo que ella sabía, algo que era muy importante sobre él y que la obligaba a estar en guardia en su presencia aquella tarde, y era que, a pesar de su exquisita educación y palabras amables, sir Howard Melbourne era un hombre duro, implacable y manipulador.

Y, sobre todo esto y lo más importante, es que era un hombre falto de escrúpulos. Era por eso por lo que esa nueva faceta que descubría ante ella, hasta ese momento desconocida, la asustaba. Aunque llevaba a su servicio seis largos años en los cuales se había visto obligada a representar todo tipo de papeles, no estaba acostumbrada a lidiar con ese aspecto de su personalidad, y mucho menos a representar el rol que según este era necesario.

—Después de mi último trabajo en el que casi pierdo la vida —lo miró con seriedad para hacerle entender la gravedad de lo que decía —, por dos veces —puntualizó—, había considerado la posibilidad de tomarme un descanso.

—Un descanso —repitió el otro impertérrito.

Ella no iba a permitir que no valorase que había estado a punto de morir cumpliendo sus órdenes.

—Creo —continuó sin pestañear—, que me merezco un tiempo para poner en orden mis asuntos.

En realidad esos asuntos tenían mucho que ver con Frances y el lío en el que se vio envuelta, por eso querían huir del país cuanto antes, y ambas hermanas habían llegado a la conclusión de que lo mejor para ellas era ir a América, a Nueva York, donde podrían empezar una nueva vida.

Lejos de Londres, de su aristocracia y, sobre todo, de él y sus maquinaciones.

Melbourne, por su parte, la estudiaba reclinado en su asiento, detrás del enorme escritorio de roble, con mirada indiferente mientras golpeaba, como al descuido, los dedos sobre este, consiguiendo ponerla nerviosa a pesar de que intentara disimularlo. Esa era una táctica que solía usar con otros agentes, y ella la conocía.

Aun así, funcionaba.

—¿En serio?

Violet asintió con un leve gesto, decidida y temerosa a la vez, aunque sin mostrar dicho recelo.

—Estoy resuelta a hacerlo.

—¿Puedo preguntarle cómo va a ganarse la vida? —la interrogó con desapego.

Ambos sabían que ella disponía de escasos recursos, por lo que estaba obligaba a buscarse un empleo para poder vivir, o mejor dicho: sobrevivir.

—He realizado diferentes tareas a lo largo de todos estos años —intentó justificarse al percibir el tono irónico en el hombre—, no supondrá un cambio sustancial en lo que he venido haciendo. La única diferencia estará en que esta vez trabajaré para mí misma y

no tendré que engañar a nadie con el fin de obtener algo para usted.

Le pareció que una sombra había cruzado la mirada del hombre, aunque fue tan fugaz que hubiera jurado habérsela imaginado.

—Eso es indiscutible, pero no olvide que cuando ha trabajado para mí, lo ha hecho por su país, y por su propio beneficio. —La frialdad que manaba de aquellos ojos azul oscuro era algo que siempre la había perturbado, como en ese instante—. No obstante, creo recordar que carece usted de recomendaciones para que encuentre un trabajo humildemente aceptable y mal pagado. No se engañe, señorita Graham, sin mí no tardará en caer en aquello de lo que la rescaté.

Ella abrió mucho los ojos ante ese inesperado ataque.

Aquello fue un golpe bajo.

Ambos sabían a lo que él se estaba refiriendo.

Con diecisiete años apenas cumplidos, sola en el mundo, con una hermana pequeña a su cargo, huérfana y sin un familiar al que recurrir, hubiera tenido que venderse por unas monedas solo para poder comer. Así que la milagrosa aparición de aquel hombre supuso su tabla de salvación porque lo que le ofrecía no tenía nada que ver con vender su cuerpo.

No.

«Solo con engañar a todo el mundo haciéndome pasar por diferentes personas: criada, doncella, secretaria, lo que hiciera falta cada vez que me lo ha requerido».

«Sí, Violet —se respondió igualmente—, pero a cambio de mantenerte a ti y pagarle el internado a Frances».

—¿Sería capaz de no ayudarme a encontrar un empleo aceptable después de todo este tiempo en el que no le he fallado ni una sola vez?

El hombre hizo un atractivo mohín mientras la contemplaba impasible, o al menos a ella se lo pareció, aunque se reprendió inmediatamente por pensarlo siquiera.

Debía estar volviéndose loca si albergaba esos pensamientos frente a él.

—Por supuesto que lo sería —lo acusó indignada cuando vio la verdad reflejada en aquellos hermosos y despiadados ojos.

—No se ofusque, usted sabe que no es algo personal.

—No se me ocurriría pensarlo —murmuró la joven.

Melbourne oyó el comentario pero decidió pasarlo por alto, la necesitaba a ella en particular para aquella empresa, aunque no le gustó esa actitud insubordinada que Violet estaba mostrando ante él, era la primera vez que dejaba ver aquella rebeldía.

—Le prometo que será un último encargo —la miró con astucia.

Ella negó nuevamente.

—Lo siento, señor, pero he prometido que lo dejaría.

Le pareció ver un destello de ira en su mirada.

Imposible.

Su jefe era uno de los hombres más fríos que había conocido en sus veintitrés años de vida, podría asegurar, sin temor a equivocarse, que nunca lo había visto alterarse por nada, ni por nadie: mucho menos lo iba a hacer por ella.

—¿Y de qué van a mantenerse usted y su preciosa hermana? Perdóneme que insista en ello, en serio que estoy interesado en saberlo.

Ella decidió que no iba a dejarse manipular.

—Tengo la esperanza de que tanto lady Aberry como lady Hastings, estarían dispuestas a ayudarnos.

Se sintió vencedora al decirle aquello, segura de que no se lo esperaba. Un hombre para el que las diferencias de clase eran tan importantes nunca hubiera creído que alguien de origen tan humilde como el suyo se hubiera granjeado la fiel amistad de aquellas dos aristócratas tan poderosas.

«Touché».

Howard apretó la mandíbula ante aquella leve e inesperada novedad. No estaba preparado para aquella pequeña insurrección por parte de Violet, la considerada una servidora leal y a quien no había prestado la más mínima atención en los últimos años al considerarla un instrumento que tenía bien sujeto. No iba a permitirle que se negara a trabajar para él en algo de tal importancia.

Violet, por su parte, estuvo a punto de encogerse ante la glacial mirada del hombre y, sin poder evitarlo, un estremecimiento recorrió su columna vertebral. Aquel era el Melbourne que asustaba a la mayoría.

—¿De verdad piensa usted desobedecerme, querida?

«Piensa en la promesa que le has hecho a Frances».

—Solo quiero cambiar de vida; aspirar a un buen futuro —musitó tercamente.

—Y yo la ayudaré a que lo consiga si ese es su deseo —la animó —, pero después de que realice este último trabajo para mí —sentenció.

—Por favor, señor Melbourne, entienda que no deseo seguir con esto.

—Puedo asegurarle que si sale con éxito de esta nueva empresa, se verá altamente recompensada —la ignoró—. No necesitará trabajar al servicio de nadie si no lo desea, tendrá una buena vida, modesta, pero buena, y será completamente independiente.

Violet no pudo evitar sentirse tentada ante el intento de este de manipularla.

—Es muy generoso, pero debo rechazar su oferta. Estoy obligada a hacerlo: lo he prometido.

De nuevo insistía en aquella promesa por lo que a Howard le vino, de repente, una idea a la cabeza y, sin saber por qué, un sabor amargo le llegó a la boca desde el estómago. Aquella mujer llevaba años trabajando para él, sí. ¿Cuántos? ¿Cinco, seis, tal vez? Conocía cada aspecto de su vida, todo, el hecho de que algo hubiera escapado a su conocimiento, lo inquietó.

—Estimada señorita, ¿ha conocido a algún hombre del que deba preocuparme?

La mujer se quedó helada ante esa incursión en su vida personal, pero, sobre todo, por lo absurdo. ¿De dónde diablos se había sacado semejante idea?

¿En serio le estaba preguntando aquello?

Era totalmente descabellado y, por supuesto, no era de su incumbencia.

—De ser así, no creo que sea asunto suyo.

No pudo evitar que la irritación adornara sus palabras.

—¿En verdad lo cree?

Melbourne alzó ambas cejas en un gesto irónico. Parecía querer decir: «Puedo preguntarle lo que se me antoje».

—Por supuesto.

—Discrepo de usted en este asunto, querida.

—No veo por qué —contraatacó Violet con valentía—, usted me hace encargos y yo los cumplo, nunca le he fallado. Siempre me he conducido con discreción. Así que no entiendo su pregunta, es más, no entiendo la razón de la misma. Me ofende que piense que, después de como he llevado mi vida —quiso decir de la forma en que había huido de cualquier relación personal con ninguna persona para no sentir que la traicionaba más tarde—, vaya a condicionar mi posible futuro al encaprichamiento por algún hombre.

Realmente estaba dolida con Melbourne porque pensara aquello de ella, sobre todo él, que conocía su pasado y el daño que los de su género habían hecho a su familia.

—¿Lo está entonces?

—¿Realmente va a insistir en el asunto?

No lo iba a dejar.

—Señorita Graham —alzó la voz—, ¿está usted enamorada, encaprichada o es amante de algún hombre?

Violet lo hubiera abofeteado en ese instante, pero se contuvo, manteniendo su dignidad.

—No, señor Melbourne, no hay ningún hombre en mi vida.

«¿Está satisfecho?», le hubiera gustado preguntarle.

—Perfecto —se limitó a decir dando por zanjado el tema y tornando su penetrante mirada al escritorio.

Ella no supo cómo interpretar ese cambio de actitud, de repente parecía que había vuelto a su pose desapasionada.

—Entonces cumplirá con este nuevo encargo —sentenció.

—Creo que he sido bastante clara, señor.

—Su *no* es inaceptable, y lo sabe. Solo le garantizo que después de esto no volveré a requerir sus servicios —la observó con dureza —. Además, si no hay ningún hombre no veo cuál puede ser la razón para negarse a hacerse pasar por mi nueva amante, la necesito para

poder acceder a casa del marqués. Lo único que me mueve es conseguir esos dichosos documentos.

—No —volvió a negar.

Howard esta vez sí que dejó entrever su mal humor.

—Piense en lo que ha hecho su hermana y en las consecuencias que sus actos le supondrán si alguien llegara a conocer que conspiró e intentó asesinar a un conde.

La amenaza estaba ahí.

—Usted no sería capaz de denunciarla —musitó con un hilo de voz, realmente asustada, consciente de que aquel hombre haría cualquier cosa para salirse con la suya. No en vano lo había visto doblegar a hombres muy poderosos gracias a sus maquinaciones—, lord Hastings comprendió que se trató de un malentendido, Frances no quiso matarlo realmente.

Ambos sabían que aquello no era totalmente cierto, si la otra no estaba en ese momento detenida en la prisión de Newgate a la espera de juicio, fue gracias a la intervención de la esposa del conde y la hermana de este. Ambas pusieron todo su empeño en lograr que la muchacha saliera indemne del embrollo, en el que ella sola se había metido, en su fatuo intento de venganza contra el hombre que creía que había asesinado a Violet.

—Vea, querida, que es lo más inteligente que puede hacer —sacó una billetera del primer cajón y le ofreció quinientas libras. ¡Por Dios! Aquello era una fortuna y él lo sabía—. En su situación no tiene más opción que aceptar mi propuesta, tomar este dinero y cumplir su misión. Más tarde podrá dedicarse a vivir junto a su peligrosa hermanita como le plazca, con otras mil libras que le abonaré de buen grado.

Dicho esto la miró complacido, sabiéndose ganador.

Violet aguantó las ganas de gritarle dónde podía meterse su dinero.

Ese maldito no iba a dejarla ir hasta que hiciera lo que le ordenaba.

«Bastardo».

—Es usted tan amable —ironizó— al darme tantas opciones, que ciertamente no sé por cuál decidirme. Por supuesto, la de hacerme

pasar por su amante es el trabajo más conveniente para mí; colma todas mis expectativas.

Violet lo odió en ese momento por su arrogancia y por obligarla a hacer algo que no quería. Era consciente de que no tenía opción: o aceptaba la propuesta de Melbourne o Frances acababa en prisión.

No le había dejado elección posible.

Se hundió en el asiento con desaliento.

Ahora solo le tocaba lidiar con Frances, tarea harto difícil, ya que estaba convencida de que ambas iban a comenzar una nueva vida juntas. En otro país, muy lejos de allí.

Lo miró a los ojos percibiendo la risa en ellos, aunque su rostro permaneció incólume. A continuación dirigió los suyos hacia el dinero, el cual, como bien sabía el hombre, era una tentación demasiado fuerte como para obviarla.

Y asintió.

Aquel hombre despiadado y manipulador no le había dejado otra salida, y ella, mejor que nadie, sabía lo que era no tener salida. Melbourne había decidido que la quería a ella para aquella tarea y no a otro agente, el motivo: un misterio. Aunque estaba segura de que no tardaría en averiguarlo, y seguramente allí había algo más. Algo que ya descubriría en su momento. De eso podía estar seguro, ella trabajaba para él, sí, pero también para sus propios intereses. Tal vez si descubriera por qué le interesaban tantos esos endiablados papeles podría obligarlo a dejarla ir.

Sí, eso haría, descubrir su interés en aquella mercancía.

Tomó el dinero de encima del escritorio y se lo guardó en su retículo.

—Me complace su elección, señorita Graham.

Melbourne sonrió satisfecho.

Ella decidió guardarse para sí, de nuevo, el comentario que le vino a la cabeza.

—Entonces —fingió interés—, espero sus instrucciones.

—Tenga —le dio un papel doblado donde había anotada una dirección—, en cuanto salga de aquí diríjase a ese lugar. La están esperando. —Violet se mordió la lengua de nuevo, el muy canalla lo tenía todo perfectamente planeado—. Luego haga sus maletas, se

vendrá a vivir aquí, es mejor empezar cuanto antes, todos deben creer que es mi nueva amante, sobre todo Lothian.

La mujer se sonrojó y evitó mirarlo.

Nunca había sido la amante de nadie, ese sería un nuevo papel a representar, y no sabía si le gustaba.

Es más, podría decir que no le gustaba nada.

«Solo espero que salga bien».

Volvió a mirarlo a los ojos una vez más y, luego, asintiendo levemente, se dirigió hacia la puerta para salir de allí cuanto antes.

Y se marchó.

Una vez solo en su despacho, Howard sonrió ampliamente.

Hubiera jurado que en cualquier momento aquella joven callada, y de fingida sumisión, iba a saltar sobre él con la intención de asesinarlo.

Y le resultó gracioso.

Lo cierto era que lo había sorprendido, lo había pillado desprevenido al negarse a trabajar nuevamente para él, puesto que esta nunca había cuestionado su autoridad, ni él se había planteado siquiera que eso pudiera pasar. Así que cuando vio que existía la posibilidad de que no quisiera hacerlo, no dudo en recurrir al desagradable incidente protagonizado por la joven Frances para obligarla a aceptar.

Si Violet supiera que estaba considerando reclutar a su alocada hermana…, esbozó una fugaz sonrisa, lo hubiera descuartizado allí mismo.

Se sintió vencedor.

Al menos, el primer paso de su plan ya estaba dado, la cooperación de la señorita Graham estaba garantizada; lo siguiente sería asegurarse que el marqués lo invitara, junto a su nueva amante, a una de sus fiestas privadas para dar comienzo a su búsqueda.

Howard estaba seguro de que Kerr no podría evitar sentirse intrigado por la procedencia de Violet en cuanto comenzará a hacer correr rumores sobre ella y así conseguir despertar el interés del

resto de los caballeros. Y, lo mejor de todo, que en el caso de que las cosas se complicaran con el peligroso marqués, aún le quedaba su mejor carta en aquella partida, por lo que se sentía completamente a salvo.

Sonrió.

Todo iba según lo planeado.

Se sintió satisfecho y feliz, y se dirigió a supervisar personalmente la marcha de Louise.

No podía correr riesgos de que se pusiera en duda su relación con Violet, así que le había dado instrucciones a la que hasta hacía pocas horas había ocupado su casa y su lecho, para que se marchase de inmediato y que su nueva amante pudiera instalarse tranquilamente.

Sería un problema menos y podría dar comienzo su misión. Y, en poco tiempo, aquellos documentos estarían en su poder y su puesto asegurado.

«Seré un gran ministro».

Capítulo 2

—No puedes venir conmigo —repitió molesta mientras continuaba preparando su equipaje—, no insistas: ya lo hemos discutido y no pienso darle vueltas al asunto una vez y otra, solo porque no te gusta obedecerme.

—Pues entonces deja de tratarme como un ser sin criterio.

—No lo hago —apretó los dientes.

—Ciertamente lo haces —la contradijo la otra cruzando los brazos sobre el pecho en clara señal de rebelión—. No aceptas que cuestione tus planes y te niegas a admitir que puedo ser útil. A veces tienes una actitud muy masculina, pareces un hombre decidiendo lo que una jovencita como yo debe hacer por su bien.

—Frances —la advirtió sin voltear a mirarla—, esto no es un juego. Te lo he dicho decenas de veces. Trabajo para gente muy poderosa y… peligrosa —quiso puntualizar.

Ambas sabían de lo que hablaban porque, a pesar de las instrucciones recibidas desde el principio, Violet siempre había mantenido informada a su hermana pequeña de cuál era el trabajo que se vio obligada a desempeñar. Quería su apoyo porque gracias a él ambas podían tener una vida algo más digna que la de acabar en la calle, donde sin dinero ni familia que las acogiera, no habrían tenido más opción que la prostitución. El ofrecimiento de Melbourne fue la mejor opción a su precaria situación, y, gracias a él, había aprendido a disparar, a defenderse por sí misma, a matar si resultara necesario; a robar y embaucar a otros gracias a las numerosas identidades que había tenido que adoptar.

Eso sí, siempre había desempeñado papeles reservados a personas como ella, sin una gota de sangre noble. Había sido costurera, doncella, sirvienta…

«Hasta ahora, que seré la amante».

«Su amante».

—¿Crees acaso que no lo sé? —replicó la muchacha de pelo castaño oscuro con los ojos brillantes—. Por supuesto que sí, por eso quiero acompañarte. No quiero volver a pensar que te he perdido para siempre.

—No vas a perderme.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de eso? No eres Dios, ya te han herido dos veces. Has estado a punto de morir sin que yo hubiera podido hacer nada para ayudarte —gimió.

¡Ah, no! No iba a aguantar más chantajes emocionales por parte de su impetuosa hermana.

Se giró hacia ella con los brazos en jarras, molesta y cansada.

Exactamente, estaba muy cansada.

Había sido un día duro.

Primero, había tenido que lidiar con el imperturbable Melbourne; luego, había ido a la dirección que este le indicó, que no era otra cosa que la casa de una de las modistas más selectas de Londres, quien la estaba esperando amablemente para diseñarle un guardarropa completo por órdenes de su protector.

¡Un guardarropa!

Al parecer su jefe ya se había encargado de convencer a la exaltada mujer de que estaba locamente embelesado con su nueva amante y dispuesto a gastar lo que hiciera falta para que resaltara su belleza. Hecho que pudo comprobar por sí misma al escuchar a la otra alabar una y otra vez la generosidad del hombre. Generosidad que la comerciante aprovechó para endosarle una cantidad indecente de prendas que en su vida pensó que podría llegar a utilizar.

Apretó los labios presa de la indignación al recordar como la mujer chilló horrorizada cuando vio su tosca ropa interior y su poco atractivo peinado. ¿Qué esperaba la otra? ¿Que fuera por todo Londres como una joven noble de adinerada familia?

Bufó presa de la frustración.

Y, para colmo, tenía que intentar meter en cintura a su ingobernable hermana.

No podía más.

Por ese día ya había tenido suficiente.

—Espero que hayas dado por finalizado tu berrinche, hoy no estoy para tus alborotos.

—Me prometiste que habías terminado con el ministerio, que nos marcharíamos juntas al otro lado del mundo, a empezar una nueva vida: las dos. Solas.

—No puedo cumplir esa promesa por ahora.

—Lo prometiste.

Violet suspiró.

—Todo habría sido más fácil si no hubieras ido por el mundo cual ángel vengador.

—Pensé que habías muerto, solo quería hacer justicia. Ese hombre me engañó —intentó justificarse.

—Pues tu impetuosidad solo ha servido para que Melbourne me tenga en sus manos —miró a la otra con dureza, quería que comprendiera realmente cuál era la situación—. Nos tenga en sus manos.

La muchacha bajó la mirada al suelo, avergonzada.

—Lo siento.

—Sé que lo haces, pero eso no cambia nuestras circunstancias. En cuanto finalice este nuevo encargo retomaremos nuestros planes. Y nos marcharemos.

Frances frunció los labios.

—No me gusta que tengas que fingir ser su amante, mucho menos que te vayas a vivir a aquella casa sola, sin mí. —Alzó de nuevo la mirada hacia Violet—. Y no me gusta ese hombre.

La mujer de aquellos inusuales ojos violeta miró a la más joven con impotencia.

«A mí tampoco», estuvo a punto de decirle.

—En este asunto poco importan nuestras preferencias —se giró de nuevo con la intención de cerrar su bolsa para que Frances no pudiera ver su expresión de angustia.

No iba a decirle a su hermana pequeña que estaba tan asustada ante la perspectiva de vivir con Melbourne y fingir que existía algo entre ellos, que a veces sentía que le faltaba el aire solo de imaginar que pudiera tener cierto grado de intimidad con aquel. Ella, que se tiró de cabeza a aquella proposición, hecha hacía ya años, de trabajar como agente para el ministerio a las órdenes de un hombre que desde el comienzo la puso nerviosa. Un hombre que en todo momento mantuvo una distancia prudencial con ella, por lo que Violet hizo lo mismo: guardar las distancias con él. Su trato siempre fue impersonal. Aunque mostró una actitud agradecida porque un hombre al que no conocía se fijara en una muchacha del montón para aquella empresa. Y salvándola de tener que entregarle su virtud a los diecisiete años al carnicero del pequeño pueblo donde se había criado, a cambio de un poco de carne con la que alimentarse.

—Violet, por favor —suplicó Frances fingiendo una sumisión que no sentía mientras la tomaba del brazo—. Solo llévame contigo, te prometo que me portaré bien. Acataré tus órdenes, haré todo lo que me digas, pero, por favor, no me dejes aquí muriéndome de la angustia.

—Ya te he dicho que no puedo llevarte conmigo.

—Pero puedo entrar en la casa como criada —le propuso esperanzada—, o, mejor, como tu doncella.

—Frances…

Le costaba un esfuerzo sobrehumano negarle aquello que le pedía, sobre todo después de que se había visto obligada a incumplir su promesa.

—¡Eso es! —exclamó esperanzada—. Seré tu doncella. Te prometo que no molestaré, solo me limitaré a observar y si puedo serte de ayuda para encontrar esos papeles, antes podremos marcharnos de Inglaterra.

—Frances… —tenía que cortar aquello porque ella misma se estaba contagiando de dicho entusiasmo.

—Ya lo hice antes y nadie sospechó de mí.

—Tú no sabes ser doncella.

—Aprenderé.

—Pero…

—Por favor, por favor, por favor.

Miró la ilusión en aquellos hermosos ojos almendrados y supo que aquella batalla estaba perdida.

Capítulo 3

Violet y Frances llegaron a casa del supuesto amante de la primera al atardecer. Salió a recibirlas Conrad, el joven mayordomo de aquella residencia, tan poco común en su edad para el cargo como los asuntos que se trataban en aquella casa.

Este no hizo preguntas, por lo visto las esperaba, así que, sencillamente, las hizo pasar al saloncito donde se suponía que la señora de aquel lugar recibiría las visitas. Ambas se sorprendieron gratamente al ver la elegancia y buen gusto con el que se había decorado la estancia, y se miraron entusiasmadas, a la vez que cómplices. Tal vez, después de todo, no estaría tan mal vivir allí una temporada y no en la humilde habitación que tenían alquilada en uno de los modestos barrios surgidos alrededor de la zona industrial.

Frances no dudó un instante en acomodarse en un carísimo sillón colocado estratégicamente frente a la enorme ventana que coronaba aquella estancia y, gracias a la cual, la luz natural lo impregnaba todo.

Violet, sin embargo, permaneció en pie, intranquila, a la espera de la aparición de Melbourne. Tenía algo que comunicarle y no estaba segura de cómo se lo tomaría este conociendo cómo se las gastaba cuando se sentía contrariado.

Aun así, en vista de que la quería a ella para el trabajo, Frances debería formar parte del lote. No le quedaba más remedio. Sabía que no era una buena idea, Dios era testigo de que era plenamente consciente de ello, pero, después de mucho cavilar y buscar alguna forma de sacar a su imprudente hermana de aquella alocada idea

que se le había metido en la mollera, llegó a la conclusión de que era la solución menos perniciosa para todos. Prefería tenerla vigilada a pasarse todo el día preocupada al pensar que podía intentar intervenir en aquel plan, de alguna forma, con el fin de ayudarla y arruinarlo todo.

Y, de paso, a ellas mismas.

—Bienvenida —la saludó el hombre sentado en el único lugar cubierto por sombras de la estancia y que las había estado observando sin que ellas lo advirtieran.

La joven dio un respingo y se giró veloz hacia el punto exacto del que manaba aquel penetrante sonido, incómoda al haber sido sorprendida. Inmediatamente se percató de que el caballero había hablado en singular y sintió un nudo en el estómago.

Aquello no era una buena señal.

—Señor.

—Me complace saludarla, señorita Graham —se dirigió a la más joven ignorándola a ella dando muestras de que no le gustaba aquel imprevisto.

—¿En serio? —preguntó la aludida con desconfianza, consiguiendo que Violet tuviera que aguantar las ganas de sonreír al ver como Melbourne entrecerraba los ojos. No estaba acostumbrado a que personas de condición inferior se dirigieran a él con tal confianza.

«Mucho menos está acostumbrado a tratar con personas tan descaradas como Frances», se regocijó.

—Por supuesto, es un placer que haya venido de visita —recalcó.

¡Ay!

Frances miró veloz a Violet y está negó con la cabeza, advirtiéndola de que mantuviera la boca cerrada y la dejase hablar a ella, como habían convenido momentos antes de entrar en la casa, gesto que la más joven ignoró.

—No he venido a saludarlo —esta la señaló a ella—. Seré su doncella.

Dos veces: ¡Ay!

Melbourne se molestó pero no lo demostró.

—Creo que ha debido de haber un error —la reprendió con frialdad—. Ya hay una persona designada para el puesto.

En realidad no era cierto, ninguna de sus amantes había tenido doncella, ¿o, sí? Maldijo al pensar que no se había parado a pensar en ello, aunque no iba a permitir que Violet fuera por libre durante aquella operación tomando decisiones sin que él las aprobara antes.

Era él quien estaba al mando de la operación.

—En realidad, he sido yo quien le ha pedido a Frances que ocupe dicho lugar porque es de mi absoluta confianza, y creo que nos puede ayudar en nuestra empresa.

El hombre las observó con un gesto cómico.

¿Realmente Violet pretendía obligarle a aceptar a aquella delincuente en su casa?

—¿Le ha hablado a su hermana de «nuestro acuerdo»? —preguntó en un tono tan duro que logró que a la mujer se le pusiera la carne de gallina.

—Lo sé todo —se entrometió la susodicha.

Tres veces: ¡Ay!

—No me diga, imprudente criatura.

—¡¿Criatura?! —exclamó indignada la más joven mirando a Melbourne con cara de querer matarlo.

—¿Acaso piensa…?

—¿Podríamos hablar en privado? —le suplicó Violet interrumpiendo cualquier cosa que este pudiera decir.

Era plenamente consciente de que no llegarían a ningún acuerdo con Frances allí presente, soltando lo primero que se le pasaba por la cabeza, y que lo más probable era que lo único que consiguiera fuera que Melbourne la mandase arrestar para sacarla de su camino.

—En vista de que nuestras actividades son de conocimiento público, no veo por qué —ladró Howard.

—Exacto —volvió a intervenir aquella imprudente, airada.

¿Sería delito estrangular a tu propia hermana?

—Nadie te ha pedido tu opinión —Violet la regañó enfadada—. Sir Melbourne —intentó convencerlo—, después de los últimos acontecimientos no guardo secretos con Frances. Sé que a veces puede resultar recalcitrante, créame si le digo que nadie mejor que

yo es consciente de ello, pero sabe manejar un arma puesto que me he preocupado todos estos años de que aprendiera a defenderse en caso de resultar necesario. Y usted mismo pudo comprobar como ella sola consiguió meterse entre el personal del conde para lograr llegar hasta él sin levantar sospechas.

—¿Está usted hablando de como intentó asesinar a Hastings en más de una ocasión?

—Estoy intentando hacerle ver que puede sernos de utilidad en esta empresa. Tal vez ella llegue donde yo no puedo —insistió a pesar de que ambos sabían que aquello no era cierto puesto que Violet era de las mejores agentes que tenía.

Melbourne no respondió a su súplica sino que se limitó a guardar silencio durante cinco largos y agónicos minutos, mientras observaba a Violet con dureza. A continuación se levantó dirigiéndose a la más joven, quien lo miraba ansiosa, girando a su alrededor.

Luego chasqueó la lengua.

No le gustaba aquella intromisión.

No le gustaba en absoluto, pero era un hombre inteligente y sabía cuándo tenía que ceder. Y, en esta ocasión, tenía que hacerlo, por el buen término de su plan, debía hacerlo.

«¡Que me ahorquen si quiero tener deambulando por mi casa a esta mocosa!».

—Señorita Graham —esta vez se volvió hacia ella, colocándose muy cerca, demasiado para la tranquilidad de la mujer, que volvió a sentir aquel escalofrío recorrerle la espalda, por lo que contuvo el aliento ante aquella extraña sensación. El hombre fijó sus ojos en ella, estudiándola desde su altura—, ha cambiado usted los términos de nuestro trato.

—Será en beneficio de todos, señor, se lo garantizo.

Él, por primera vez desde que Violet pudiera recordar, sonrió, y con ello su semblante indiferente, inmutable, se transformó en el de un hombre exageradamente apuesto.

Debería empezar a contar para calmarse: Uno, dos, tres.

Melbourne asintió sin dejar de mirarla.

—Usted —ordenó a Frances—, ocupará una de las habitaciones del servicio. Debe actuar como lo haría una verdadera doncella,

necesito que todos crean que Violet es mi amante —quiso puntualizar—, así que actuarán cada una en consecuencia con su papel.

—No tendrá queja de mí —aceptó emocionada al haber conseguido la aprobación del poderoso jefe de su hermana.

Este se volvió hacia Violet.

—Espero que sepa afrontar las consecuencias de dicho cambio en nuestro acuerdo.

Ella ahogó un gemido al percibir la amenaza en aquellas palabras pero, cuando fue a preguntarle a qué se refería, él ya no estaba.

—No me habías dicho que tu jefe era tan joven —la recriminó Frances—, ni tan guapo.

Violet aún estaba intentando comprender lo que allí había ocurrido.

—¿Cómo dices?

—Que creo que es lo más inteligente que he podido hacer —murmuró por lo bajo—, venirme a vivir aquí con vosotros.

El tono en el que su hermana dijo la palabra «vosotros» llamó la atención de la mujer, pero decidió dejarlo pasar.

—Vamos, ven conmigo, le preguntaremos a Conrad dónde dormirás. Y, de paso, dónde podemos tomar algunos bocadillos antes de retirarnos a descansar. Creo que mañana será un día muy largo.

«Y, sobre todo, me gustaría saber dónde dormiré yo».

Hasta ese instante aquella cuestión no la había preocupado, o, incluso, podría decir que no se había detenido a pensar en ello, pero, en ese momento, empezaba a inquietarla.

Demasiado.

Alguien llamó a la puerta del dormitorio que ocuparía como amante de Melbourne.

Ella apenas había entrado hacía unos escasos diez minutos que le sirvieron para soltarse el cabello y desabotonarse la pechera del vestido azul oscuro que le gustaba llevar. Ni siquiera había tenido

tiempo de inspeccionar la habitación. Y no podía ser Frances, la acababa de dejar en su dormitorio.

«No pienso dejar entrar a nadie a estas horas».

Decidió no contestar.

Una nueva llamada.

Violet decidió ignorarla nuevamente, aunque en realidad estaba inquieta al pensar en quién podría estar molestándola en su habitación a esas horas de la noche. Era muy tarde cuando dejó a su hermana y la casa estaba en silencio, las pocas personas que la habitaban se habrían retirado hacía tiempo, y Melbourne no estaba.

No, no pensaba abrir la puerta.

De nuevo, otra llamada.

Cuando una imagen le vino a la mente, se negó a admitirlo, solo el propietario de la casa podría tomarse aquella libertad de molestarla a aquellas horas, pero se negaba a aceptar que tuviera tal osadía.

«No será capaz».

Y, en ese instante, alguien abrió la elegante puerta de color blanco con adornos dorados, entrando sin muchas contemplaciones.

«Lo es».

Violet ahogó una exclamación al ver al hombre, del que se suponía que era amante, en dicho espacio. No es que fuera una joven totalmente inocente teniendo en cuenta la cantidad de escenas que le había tocado presenciar y vivir todos aquellos años, pero tampoco estaba acostumbrada a esa familiaridad con su jefe.

En realidad nunca habían tenido ninguna.

—Señorita Graham, necesito que hablemos.

La mujer lo miró boquiabierta.

No solo por verlo entrar con tal descaro en su habitación, sino por la forma en la que se presentó ante ella. Tragó saliva al ver la indumentaria de este.

Apenas iba vestido.

Melbourne solo llevaba encima una fina camisa de un color blanco impoluto desabotonada hasta la mitad del pecho, y unos sencillos pantalones que se ajustaban a sus muslos y nalgas tan

perfectamente que nadie hubiera dudado que hubiera nacido con ellos puestos.

De nuevo aquella sensación recorriéndole la columna vertebral.

¿Qué demonios estaba pasando?

Lo observó con interés femenino sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

«Seguramente esto es lo que pretendes, hacerme sentir débil frente a ti».

No, debía estar equivocada, él nunca había dado muestras de ningún tipo de interés, que no fuera el estrictamente profesional, hacia ella.

—¿Ahora? —su voz sonó como un graznido.

«¿Esa he sido yo?».

¡Ay, Dios mío!

Él la miró extrañado al ver el estado de incipiente conmoción de la mujer.

—Necesito que aclaremos algunos puntos. Y cuanto antes mejor. Y no me mire así, que no voy a atacarla, estamos trabajando en esto juntos.

—Por supuesto —casi se ahoga.

Melbourne se acercó a ella consiguiendo que se estremeciera.

Esa cercanía constante la estaba afectando sin que pudiera hacer nada por evitarlo y solo ella era conocedora del motivo.

—El rumor de mi nueva amante ya está en boca de todos —la miraba fijamente mientras hablaba—, otros agentes se han encargado de hacerla parecer como una mujer extraordinaria y muy bella, así que todos están ansiosos por vernos aparecer juntos y poder comprobar por sí mismos de quién está tan prendado uno de los más firmes candidatos a ocupar el ministerio.

—¿No es muy pronto? —preguntó apenas sin voz—. ¿No debemos prepararnos antes para conseguir que el marqués se interese por nuestra relación? —Violet estaba cada vez más inquieta.

Howard la miró enigmático al notar aquel nerviosismo por parte de la otra.

—No, querida, la única forma de llamar la atención de Lothian es despertar su interés y, en cuanto la vea, el mismo estará

garantizado.

—Veo que está muy seguro de ello.

El hombre sonrió enigmáticamente ya que conocía la razón por la que el marqués sentiría curiosidad por ella.

—Limítese a hacer su trabajo y todo saldrá a la perfección.

—Lo haré —asintió escéptica.

«Ni siquiera puedo dar una opinión, siempre hay que hacer lo que ordena».

—Se llamará Vivian Brookes, y he hecho correr el rumor de que es la hija bastarda de un marqués —le indicó.

—¿No está apuntando demasiado alto? No sé comportarme como una aristócrata. Además, no soy ninguna beldad. Usted confía demasiado en mis posibilidades.

Él se inclinó un poco más hacia ella, observándola detenidamente. Fijándose en las pocas pecas sueltas que tenía en sus pómulos, altos, prominentes; en su delgado cuello, desvelado gracias a la abotonadura abierta; en su carnoso labio inferior; y, cómo pasarlo por alto, en sus enormes ojos violetas. Aquellos que llamarían la atención del noble irremediablemente.

—Solo debe saber comportarse como una amante —susurró.

¡¿Qué?!

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó sin poder contenerse.

Melbourne sonrió ante aquella invitación que estaba seguro que no quiso lanzarle.

—Deseándome más que a cualquier otra persona o cosa que anhele.

—Deseándole —repitió como una autómata.

—¿Sabrá hacerlo?

¿Melbourne estaba jugando con ella?

El hombre se inclinó un poco más.

—Puedo intentarlo.

—Tendrá que besarme apasionadamente en alguna ocasión, para que todos crean que estamos carnalmente unidos.

«Carnalmente…», se repitió.

«Está divirtiéndose a mi costa, me está poniendo en evidencia por lo de Frances».

Y lo estaba consiguiendo, de eso podía dar fe.

—Descuide —Violet miró la boca del hombre, esta vez lo hizo a conciencia. Ella también podía jugar a eso—, no le decepcionaré.

Aquel comentario lo tomó por sorpresa y la diversión que había empezado como un escarmiento por haberlo obligado a aceptar a la criminal de su hermana en la casa, se le fue de las manos.

¿Aquella insensata estaba intentando seducirlo?

Bien, le atraía la idea.

Sin poder contener el impulso la tomó por la cintura y la acercó a él de forma posesiva.

—¿No lo hará?

La mujer no se apartó, cosa que hubiera hecho cualquier otra dama que se sintiera atacada, sino que lo miró a su vez, aceptando el reto.

—Quise decir que actuaré como se espera que lo haga una amante… cuando la situación lo requiera.

A pesar de esa incipiente avidez que parecía haberse apoderado de ella desde que entró en aquella casa, no era ninguna estúpida, y se había dado cuenta de la treta de Melbourne, así que decidió participar de la misma y darle una lección.

Ella también podía ponerlo en una posición embarazosa.

—¿Qué situación, según mi estimada señorita Graham, requeriría ese acercamiento?

Violet se humedeció los labios, coqueta.

No era ninguna ingenua y sabía perfectamente cuáles eran los mensajes que entendían los hombres.

—Una en la que el caballero deba desear tanto a su amante que haría cualquier cosa por poseerla.

Melbourne inspiró hondo y la soltó, intentando recuperar el control que por un momento desapareció de su vida.

Sintió el ataque como una bofetada.

«Muy astuta».

—Lo hará muy bien —le dijo volviendo a su frialdad habitual—. No me caben dudas al respecto.

—Le agradezco la confianza —ambos habían vuelto a su trato ordinario aunque el ambiente continuaba cargado de tensión.

La sensualidad había cargado el ambiente de la habitación, volviéndolo sofocante.

—Mañana por la mañana llegarán algunas de las prendas que le ha hecho la modista, le recomiendo que empiece a utilizarlas. Debe vestir acorde a su situación actual.

—Supongo que la modista solo ha tenido que hacer algunos arreglos en lo que ya tenía hecho.

—Eso no importa. El caso es que mañana al mediodía iremos a pasear por Park Lane, necesito que nos vean. Y en la tarde acudiremos a nuestra primera recepción juntos. Es una velada musical sin gran relevancia, pero a la que acudirán algunas de las aristócratas más chismosas de Londres, eso bastará.

—¿Y cómo me presentará? No puede ir por ahí diciéndoles a las damas que soy su amante, hasta yo sé que eso no se hace. No es correcto.

—Será presentada como *mi prima*.

—¿Su prima? —Casi le da un ataque, casi.

Violet se alejó de él para pensar con claridad, acercándose a la enorme ventana que coronaba su habitación. Por lo visto en aquella casa había enormes ventanas por todas partes.

—Exactamente. Nadie pondrá objeciones a que acompañe a mi lejana prima, hija bastarda de un marqués, a algún que otro evento social.

La mujer asintió con la cabeza, fingiendo estar de acuerdo.

—Si ya ha terminado, necesito descansar un poco. Ha sido un día agotador.

Él la observó durante unos segundos antes de dirigirse a la puerta, pero no a la de la habitación, sino a la que conectaba sus dormitorios y que ella no había visto hasta ese momento.

—Hágalo —le dijo sin mirarla—, lo necesitará.

A solas en su cuarto, Violet se desnudó y se metió en la cama.

No podía dormir. El ser consciente de Melbourne haciendo ruidos en la habitación anexa a la suya la tenía en vilo solo de pensar en lo que podría estar haciendo.

¿Le gustaría dormir desnudo como a ella? Seguramente que sí, un hombre acostumbrado a las tramas como aquel, que había tenido numerosas amantes según había oído decir a otros agentes; que se movía entre personas de alta y baja alcurnia; y que controlaba los asuntos más importantes del país, debía de ser todo un depredador sexual.

«Olvídalo, Violet».

Nunca había anhelado tener ningún tipo de acercamiento con su jefe, pero claro, nunca se había visto en aquella situación, y este nunca había mostrado ningún interés en ella que no fuera el de que le hiciera de espía.

Y, no era ninguna niña, tenía sus deseos como cualquier otra muchacha de su edad, aunque siempre hubiera reprimido la atracción que pudiera sentir por un hombre, sobre todo por ese hombre que estaba ocupando una cama enorme en la habitación contigua.

De nuevo se dispuso a contar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Decidió concentrarse en el dormitorio.

La habitación era bonita, aunque demasiado exagerada para su gusto con tanta cortina roja, diván tapizado de terciopelo rojo y colcha a juego. Sentía que dicho color no hacía más que insuflar su anhelo de ser besada, acariciada y poseída.

¡Córcholis!

¡Tenía veintitrés años y sentía curiosidad por saber lo que se sentía al estar con un hombre!

¿Acaso no lo estaría cualquier mujer de su edad? Nunca se había interesado por ninguno, exclusivamente había estado pendiente de los trabajos que Melbourne le encargaba y de ejecutarlos lo mejor posible, para así conseguir su respeto y agradarle.

«Pues en este momento en lo último que pienso es en que me respete».

Golpeó la almohada y se colocó bocabajo, en un intento de conciliar el sueño que no acudió por mucho que lo invocara.

Estaba desesperada por acabar cuanto antes con aquella estúpida misión. Todos esos años guardando las distancias con su jefe,

evitando que se notase cuánto lo admiraba, para que acabara representando el papel de su amante.

¡Ay, por última vez esa noche!

Se puso a contar ovejas, pero no sirvió de nada.

Así que decidió soñar que era una joven dama cortejada por un joven y apuesto caballero con quien mantenía un romance clandestino.

Y se durmió.

Capítulo 4

Melbourne observaba a Violet desde la distancia entre admirado y contrariado.

Estaba apostado en una de las vastas columnas que rodeaban la enorme sala de música, observando como al descuido todo a su alrededor, acechándola sin dejar de darle vueltas a una pregunta en su cabeza.

¿Cómo había conseguido pasar desapercibida para él aquella belleza durante todos esos años?

Por más que lo intentaba no conseguía encontrar una explicación que lo dejara satisfecho, más aún cuando era un hombre que se caracterizaba por no dejar que se le escapase el mínimo detalle ante cualquier situación.

Incomprensible.

Frunció el ceño, incómodo.

Siempre había considerado que las facciones de la muchacha eran bonitas, aunque nunca hubiera imaginado que pudiera verse tan hermosamente arrebatadora. ¿Qué diantres le había pasado para no darse cuenta de lo que se ocultaba ante sí, a un hombre como él, acostumbrado a tenerlo todo bajo control?

La vio acomodada en las elegantes sillas tapizadas con los diseños de la época, dispuestas en torno a las jóvenes sobrinas de lady Vermont, quienes, en ese instante, se encontraban interpretando la *Quinta sinfonía* de Beethoven, que más que una deliciosa pieza musical parecía un sonido sacado del mismísimo infierno. Algo habitual, pensó desapasionado, tornando la vista hacia las tres

anodinas muchachas que parecían no ser conscientes de su falta de dotes, al igual que su imponente tía, quien, por el contrario, parecía disfrutar organizando los famosos eventos ante las miradas compasivas de los asistentes.

Una lástima.

Dirigiendo nuevamente la vista hacia su supuesta prima, entrecerró los ojos.

Le estaba resultando toda una proeza apartar la mirada de la extraordinaria mujer que lo había acompañado a aquella velada y eso era toda una novedad para Howard. Dejar de contemplar la perfección de su rostro, de su silueta, no era algo que su mente estuviera dispuesta a aceptar, como tampoco su cuerpo, se reconvino para disgusto de sí mismo.

Resultaba inquietante ser consciente de aquella repentina necesidad de colmar sus sentidos observándola. Violet tenía toda la apariencia de una verdadera aristócrata, moviéndose con tal gracia que, sin duda, podría pasar perfectamente por una de ellos. Cualquiera hubiera podido llegar a creer que los superaba en rango observando el porte arrogante, innato, de su barbilla, al observar al resto.

Una ironía, pensó con cinismo.

Tomó un poco de la copa que un criado le había traído momentos antes al tener aquel pensamiento. «¿Remordimientos?», se preguntó incrédulo.

Después de todo el verdadero origen de aquella mujer no era el que todos parecían conocer y él no estaba dispuesto a revelarlo, por el momento. Desechó cualquier sentimiento de culpa que pudiera sentir por ella con una simple orden. El verdadero responsable de su triste destino no era Howard, él simplemente le ofreció una salida más digna que la vida que le esperaba y ella la aceptó sin pensárselo mucho.

Así que se encogió de hombros, desechando cualquier sentimiento al respecto.

«No es nadie, simplemente mi agente. Trabaja para mí, Nada más».

«Y, demonios, tengo que conseguir esas cartas».

Al salir de su estudio aquella tarde y encontrársela al pie de la escalera, esperándolo, con el abrigo de piel de color violeta, a juego con sus extraordinarios ojos rasgados, ya le pareció que estaba despampanante. Sin embargo, nada lo preparó para la visión que se materializó ante él cuando la vio sin la prenda.

Se le reveló una mujer delgada pero bien formada, esbelta. El delicado vestido que Cossette había confeccionado para ella con tan poco tiempo, le sentaba como un guante, mostrando sus delicados hombros. Dejando a la vista de cualquiera una piel cremosa salpicada por diminutas pecas color bronce, como pinceladas de estrellas brillantes, donde el comienzo de sus pechos atraían las miradas masculinas, como la suya misma, de forma inconsciente. La prenda, de un par de tonos más claros que el sobretodo, se ajustaba a su cuerpo a la perfección, y la delgada y fina tela se adaptaba a cada ligero movimiento de forma sinuosa, atrevida.

Para su sorpresa, Howard se descubrió deseándola.

Se preguntó cómo sería un acercamiento con Violet. ¿Estaría dispuesta a aceptar sus avances? Y, si lo hacía, ¿hasta dónde le permitiría llegar? ¿Habría tenido algún amante? ¿Alguien de quien estuviera secretamente enamorada?

Apretó la mandíbula, preso de la frustración, al no poder contener esos pensamientos llenos de lujuria y curiosidad por la mujer, temiendo que con ello sufriera una ligera desviación en su objetivo. Se dio cuenta de que, en realidad, no sabía nada de ella, y eso era perturbador, porque sí quería saber. Quería conocer sus secretos, quería saber de sus anhelos, explorar su cuerpo, descubrir qué lugares ocultos estarían salpicados del polvo de hadas de sus pecas.

Desde la noche que entró en el dormitorio que ocupaba esta, que tantas veces antes había ocupado su amante de turno, con la intención de darle una lección por imponerle a la joven criminal, no podía apartar tales pensamientos de su cabeza. Lo había hecho porque era consciente de que Violet se tensaba cuando se le acercaba, y por eso quiso atormentarla.

«No debí cruzar esa raya».

Volvió a tomar de su copa clavando aún más la mirada en aquella nunca, como si pudiera acariciarla.

En ese instante la mujer giró la cabeza en su dirección, quizás hubiera presentido su intenso escrutinio, pero a él le pareció que se sorprendió ante lo que vio. No obstante y para regocijo de Melbourne, no se amedrentó, sino que lo saludó con un leve gesto de la cabeza invitándolo con una fingida sonrisa a que la acompañara.

Algo se despertó en Howard ante aquel gesto.

«¿Eres una coqueta, Violet?».

Inmediatamente se dio cuenta de lo que su rostro revelaba y compuso la expresión.

«Recuerda que ella está representando el papel que le has asignado, no tiene interés alguno en ti».

Inspiró hondo y le devolvió el saludo de forma cortés, sin dejar que su cuerpo diera señales del deseo abrasador que había despertado en él con una simple sonrisa.

Entonces, Violet volvió a prestar atención al espectáculo que se desarrollaba ante sí, como si nunca lo hubiera mirado, como si no lo hubiera invitado a acercarse a ella de forma tentadora.

A unirse a ella.

«Debo detenerme y recordar que todo esto es una farsa».

«Y que ella es mi agente».

«Y recordar cuál es mi objetivo».

Rechinando los dientes, se tomó lo que quedaba en su copa de un trago antes de dirigirse al lugar donde se encontraba la mujer. ¿Que para qué?

Para continuar con la misión, por supuesto, ¿para qué si no?

Violet sintió el aliento del hombre en su nuca y el vello se le erizó. Sabía exactamente de quién se trataba, no necesitaba volverse para comprobar que era él. Demasiados años observándolo, aprendiendo cosas de Melbourne y absorbiendo su esencia de forma discreta, como para no identificarlo.

Inspiró hondo, intentando controlar el impulso de apartarse cual cierva asustada. Así que se volvió con una seductora sonrisa.

«Debo recordar por qué estoy aquí y cuál es mi papel».

«Y debo hacerlo por mi libertad y la de Frances».

—Querido, Melbourne —lo saludó coqueta—: Había llegado a creer que mi compañía te estaba resultando tediosa.

Este le dirigió una mirada escéptica, parecía divertido.

—Me hieres en lo más hondo, jamás podría dejar de pasar un segundo en tan adorable compañía.

Le tomó la delicada y delgada mano, enfundada en el carísimo guante, sin dejar de observarla de forma inquietante, para acto seguido llevársela a los labios con gentileza y demasiada familiaridad, asegurándose de que algunos de los asistentes contemplasen la escena. Cuando estuvo convencido de que incluso Kerr los miraba intrigado, se detuvo y giró la muñeca de la mujer propinándole un tierno beso.

Violet se sobresaltó ante el contacto y él lo percibió, pero se abstuvo de protestar, después de todo, estaban allí para eso, se recordó.

Su objetivo era convencer al marqués de que eran amantes y que Melbourne estaba tan encaprichado de ella, que incluso la hacía pasar por un miembro de su notable familia, para conseguir llevarla a algunas veladas de la sociedad con la excusa de su parentesco.

Sería esa falta de contención lo que los ayudaría a atraer la atención del marqués.

—No dudes que pueda llegar a la conclusión de que eres un ser malvado —le reprochó soltando su mano con reticencia simulada—, dejar abandonado a un miembro de tu familia de forma tan descortés. Me he sentido perdida en esos instantes en los que has decidido escapar de mí.

Sabía que tenía que permitir algún que otro roce, incluido un beso si fuere menester, pero una cosa era aceptarlo y otra muy distinta que no le costara hacerlo.

No después de todos aquellos años de simulada indiferencia.

—Me pareció que disfrutabas de tan melodiosa velada y quise permitirte unos instantes de privacidad.

Alguien soltó una risita.

Otra persona tosió con censura.

—Sabes que mi tranquilidad y disfrute están al lado de mi familia.

El hombre la contemplaba complacido por aquella actuación que parecía tan convincente que llegó a creer que la mujer podría manifestar realmente algún tipo de interés por él.

¿Podría?

—Tal reproche saliendo de esos labios es un dardo directo a mi corazón.

Parecía tan real la escena que Violet se sintió verdaderamente el objeto de atención del hombre. Aun así no se dejó engañar, su jefe jamás había mostrado el más mínimo interés por ella. Jamás la había mirado con admiración en todos aquellos años bajo sus órdenes. Y, eso, no había cambiado. Debía recordar que su inusitado interés por ella no era más que una fingida atracción para lograr el éxito de su misión.

La dama sentada a la derecha de Violet, una matrona entrada en años que asistía acompañada de su solterona hija mediana, quien ocupaba el asiento junto a ella, resopló con indignación ante el descarado intercambio de cumplidos y miradas penetrantes entre los que se suponía que eran primos. Con toda seguridad, pensó la joven, iría sin dilación a contar, a quien quisiera oírla, el desvergonzado comportamiento de la aparecida hija bastarda de un desconocido marqués.

No podía identificar la causa, pero saberse en el punto de mira de los comentarios malintencionados de aquella jauría le dejaba un regusto amargo. No obstante, no tenía elección, debía seguir con la farsa que habían puesto en marcha y ese era uno de los costes de aquella, por lo que ignoró los exagerados aspavientos de la mujer y continuó con lo que había empezado.

No se detuvo.

No podría teniendo en cuenta que ese era su plan.

«Pero no me agrada».

—Creo que me costará perdonar tal falta de atención, considero necesario un resarcimiento por ser el causante de mi desdicha.

—Espero ser capaz de poder subsanar mi falta puesto que mi paz depende de tu buena disposición.

Esta vez las insinuaciones hicieron saltar a la dama.

La mujer abrió los ojos escandalizada y Violet se dio cuenta de que aquello tal vez estaba yendo demasiado lejos. Hizo una leve gesto con la cabeza a Howard. Por lo que a ella concernía, su plan estaba saliendo a la perfección. Así que se preguntó si no deberían actuar de forma menos descarada, menos atrevida.

Desde luego, pensó, muy pocas personas de las asistentes a aquella cita pondrían en duda que su aparecida prima podría ser alguien relacionado con el funcionario de una forma más íntima que la estrictamente fraternal.

—Podrás, puesto que mamá estará esperando recibir noticias sobre el buen comportamiento de su amado sobrino.

Violet lo miró interrogante, él podía coger el guante de una salida airosa para ambos en caso de que se hubieran sobrepasado ciertos límites con su actuación. Tampoco les convenía ser el centro de un gran escándalo, sino simplemente de pequeños rumores sobre la identidad de Violet y del verdadero papel que representaba en la vida del considerado caballero.

Si empezaban a preguntar sobre su verdadera procedencia, al final podría resultar contraproducente.

Melbourne la miró con detenimiento para, acto seguido, hacer un imperceptible gesto de asentimiento.

Pareció estar de acuerdo con ella.

—Cierto, mi curiosidad sobre mi añorada tía Margaret podría competir con la suya propia. ¿Podría acompañarte a tomar un pequeño refrigerio mientras me cuentas cosas sobre ella?

—Realmente me encantaría. —Levantándose delicadamente de su asiento, tomó el brazo que le ofrecía.

—Entonces creo que este será un buen momento para resarcirme por mi desafortunado comportamiento.

Ella lo miró sonriente y fingiendo estar ofendida con el hombre mientras se incorporaba pidiendo disculpas a aquella dama que no les quitaba la vista de encima, entre intrigada y airada, para que le facilitara el paso.

Violet paseaba por el saloncito anexo a la sala de música, el cual habían pertrechado con viandas para deleite de los asistentes, con una copa de ponche en la mano. Intentaba parecer inmune a las miradas recelosas que las mujeres allí presentes, jóvenes y no tan jóvenes, le dirigían con una mezcla de intriga y censura a la vez, mientras hacían comentarios malintencionados a su paso.

—¿No cree que nuestra actuación está siendo demasiado evidente? No hay sutileza en nuestro comportamiento, dudo que alguno de los presentes crea realmente que entre nosotros solo existe una relación fraternal. Apostaría a que casi todos ponen en cuestión que efectivamente seamos parientes.

Howard la acompañaba en su paseo saludando a cuantos se encontraban y presentándola como a su querida prima Vivian. Les contó que esta moraba en una pequeña mansión en el campo y acababa de llegar a Londres para una visita fugaz a su familia materna, así como arreglar algunos documentos en relación con sus extensas propiedades. Lo de las extensas propiedades fue clave para que dudaran en si debían desairarla o esperar un poco más.

—Teniendo en cuenta que ese era nuestro cometido, estoy bastante satisfecho.

—No me cabe la menor duda —murmuró.

Él la miró con media sonrisa al percibir un leve encono en su tono.

—¿Molesta por algo?

Violet no le devolvió la mirada sino que continuó paseando a su lado.

—¿Debería?

—No.

—Por supuesto —volvió a murmurar entre dientes—, ¿por qué estarlo?

Esta vez Howard sonrió ampliamente.

—Efectivamente. —Era consciente de que algo la había contrariado. El problema sería averiguar el qué y, desde luego, le resultaba refrescante aquel arranque de mal genio, al menos en su presencia. Por lo visto, bajo aquella obediencia fingida se escondía una mujer con un temperamento que estaba deseando conocer.

—Aunque…

—¿Sí, querida? —le preguntó con burla.

—Nada, olvídelo, en realidad no cambia las cosas —se arrepintió.

Melbourne le apretó suavemente la mano.

—No la consideraba una cobarde.

—No lo soy, pero soy consciente de que no voy a conseguir nada poniendo voz a mis pensamientos.

—Puede complacerme.

¿En sus palabras había algo más que lo que había dicho?

Hubiera jurado que sí.

—No ardo en deseos de hacerlo.

«¿De verdad he dicho eso?».

Él sonrió de forma siniestra.

—Puedo tomarme eso como un reto. —Al ver que contenía el aliento ante sus palabras decidió no seguir jugando con ella, mejor tenerla dispuesta a ayudarlo a cazar a Kerr que indisponerla contra él. Al menos, por el momento—. Ya que ha empezado, no me deje con la curiosidad. Deseo saber qué le preocupa.

Ella sí que se detuvo esta vez, mirándolo de reojo.

«¿Se está burlando de mí?».

Primero jugaba a seducirla para más tarde actuar como si las palabras pronunciadas con aquella ardiente expresión nunca hubieran salido de su boca. No sabía por qué, pero las ganas de abofetear su arrogante cara y borrarle aquella expresión de superioridad, estaban haciéndose fuertes dentro de su alma.

«Ve con cuidado, Violet, tú mejor que nadie sabes lo peligroso y mujeriego que es».

Decidió ignorar aquel intercambio de palabras cargadas de insinuaciones y conducirse de forma más cauta, más profesional.

—Verá.

—¿Sí? —la animó consciente de que a ella no le resultaba fácil sacar el tema, el que fuera que la enfadaba; y, para qué negarlo, lo estaba disfrutando.

—Es que considero que no es justo en absoluto —una vez que comenzó no se detuvo. No iba a hacerlo—, no me parece coherente que tan solo unos cuantos comentarios por parte de un caballero y un par de miradas atrevidas destruyan el buen nombre de una

dama. Ella terminará rechazada, vilipendiada y despreciada por la sociedad, sin más, sin siquiera poder defenderse. Sin que nadie le dé la oportunidad de explicarse. Por el contrario, para un caballero…

—Espero que no se esté refiriendo a usted —la interrumpió sin poder contenerse preso de la incredulidad.

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no, yo solo represento un papel, y por supuesto que no soy una dama.

Howard se sintió un poco incómodo al oírla definirse de tal forma.

—Cierto, porque no lo es.

Violet ahogó la exclamación y contuvo la bofetada que le hubiera gustado darle.

—Aun así, no me parece de justicia que a usted solo vayan a darle algunas palmaditas en la espalda la mayoría de los caballeros, seguramente también habrá quien lo amoneste levemente; mientras que a mí, con independencia de que me encuentre representando un papel —aclaró muy seria—, que por cierto todo el mundo desconoce, me tratarán como a una apestada. Me harán comentarios viles y soeces para humillarme.

—Es el mundo en el que nos movemos —convino él con toda la naturalidad.

—Pues creo fervientemente que es un mundo infame para las mujeres, y cambiará algún día —soltó con total convicción.

Él no pudo evitar sentir cierta admiración por aquella inesperada joven. Se quedó mirándola durante algunos segundos, como si quisiera descifrarla, después de todo, y precisamente él, era hijo de una mujer a la que habían enjuiciado sin piedad. Sin embargo su padre seguía viviendo una vida llena de privilegios y excesos y siendo admirado por la mayoría, al menos en su presencia.

—Yo también lo espero —le dijo sorprendiéndola, a la vez que le clavaba la mirada—. Además, en nuestro caso, no solo es nuestra actuación de hoy la causa de que todos piensen que *somos amantes.*

¿Había suavizado el tono al pronunciar aquellas palabras? Empezó a sentir de nuevo aquella corriente recorrer su cuerpo.

—¿Hay algo más? —apenas le salía la voz al sentirse tan expuesta ante él.

Melbourne dirigió su mirada su boca.

—No solo son comentarios.

—Y ¿qué más ha ocurrido entonces, sino unas pocas palabras y miradas, para que den por hecho que hay una relación íntima entre nosotros?

—¿En serio está preguntándome eso? —fingió sentirse ofendido—. Supongo que es una burla.

La mujer no podía soportar que la mirase de aquella forma, desde hacía un par de noches su jefe la miraba de forma diferente, y eso la asustaba.

—¿Burlarme? ¿Cómo podría? —ironizó.

Melbourne se acercó a ella con intención de hacerla retroceder, quería imponerle su presencia, que sintiera lo que podía ocurrir entre ellos y que ella no hacía más que alentar.

—Sabe tan bien como yo que su actuación ha ayudado mucho a que se inclinen a pensar que podemos ser amantes. Sus miradas incitantes, su sonrisa.

De nuevo aquella palabra: amantes.

Su cuerpo tembló por las connotaciones que tenía, por las que ella le confería.

—Represento un papel.

El hombre decidió que no podía más con aquella lid. Tenía que sacarla un momento del salón y demostrarle que aquel juego era peligroso.

—Acompáñeme —le ordenó con una mirada ardiente.

—Estimado, Melbourne —la voz del marqués al que querían cazar evitó que le pidiera a la joven que saliese con él a tomar el fresco de la tarde para demostrarle cómo de bien podrían ser representado sus personajes—. Creo que va siendo hora de que me presente a esta encantadora joven.

Y, por fin, vieron su objetivo cumplido.

Lord Kerr, marqués de Lothian, se había despedido de Violet con un educado saludo y una mirada penetrante, como si mirándola intensamente pudiera averiguar todos sus secretos, y, a ella, dicho

interés no le pasó desapercibido. El marqués no era ningún estúpido y fue consciente de que aquella mujer era mucho más inteligente de lo que aparentaba. Igualmente percibió como ella, supo al instante, que había despertado su interés. Lo cierto era que la joven había llamado su atención más de lo que hubiera estado dispuesto a admitir, y no porque fuera despampanante, puesto que a lo largo de su desenfrenada existencia había conocido las suficientes mujeres como para no dejarse impresionar por una cara bonita. Había sido otra cosa la que lo atrajo como un imán hacia ella, algo en esa chica le resultaba familiar. Un interés se despertó en él cuando la miró y contempló sus delicados rasgos, que no supo muy bien con quién identificar. ¿Podría ser interés en la dama en cuestión para un momento íntimo? ¿O tal vez era curiosidad? También llegó a pensar que quizás, su fascinación por ella, únicamente estaba motivada por lo harto que lo tenía Melbourne, y aquello no era sino otra razón más para contrariar al joven político.

Entrecerrando los ojos con una pérfida sonrisa, pensó que fuera lo que fuera lo que había llamado su atención de la joven, lo cierto era que había encontrado un modo de divertirse en las próximas semanas.

Y lo haría gracias a aquel par.

Los observó marcharse de la velada, desde la oscuridad que le proporcionaba uno de los ventanales que daban al jardín, consciente de que sus encuentros con aquellos dos no habían hecho nada más que empezar.

Dio una calada a su cigarro y volvió a sonreír.

Para alguien como él, que bajó hacía mucho tiempo hasta los infiernos y se había acomodado allí con todos los lujos y prerrogativas que ello conllevaba, el físico de una mujer no significaba gran cosa, no obstante, la esencia que solía captar en ellas, sí lo hacía. Y, en aquella joven, había detectado algo que lo hacía querer permanecer cerca y descubrir quién era realmente, porque de lo que estaba seguro, y su instinto no solía errar, era de que aquella mujer era mucho más de lo que aparentaba. Algo en la señorita Brookes, suponiendo que ese fuera su verdadero nombre, lo

atraía sin remedio hacia ella, obligándolo a no dejarla marchar hasta averiguar a qué se debía dicho interés.

Así que decidió que descubriría sus secretos.

¿Por qué no?

En ese momento de su vida todo le provocaba hastío, era muy difícil que algo o alguien captara su atención. Vivía de un desenfreno a otro, de escándalo tras escándalo, sin que nada le reportara verdadera diversión. Sin embargo, algo le decía que era más que probable que aquel par lo sacara de su aburrimiento. Sí, iba a divertirse, y mucho, provocando al funcionario y arrebatándole a la joven que lo tenía subyugado de aquella forma.

En un principio se acercó a ellos impulsado por la curiosidad.

Melbourne no era dado a andar perdiendo la cabeza por ninguna mujer, por lo que decidió conocer a la cautivadora joven de la que hablaban todos. Había oído acerca de la aparecida *prima* del funcionario, y le hizo gracia la osadía de este. Presentar a su nueva amante como a alguien de su familia, para introducirla en algunas de aquellas reuniones, por supuesto no las más selectas, que organizaba la aristocracia, era toda una audacia. Alguien le comentó que se decía que la muchacha era toda una belleza y que el caballero estaba totalmente obsesionado con ella. Sin embargo, como conocía los tejemanejes del muchacho desde hacía mucho, no estuvo seguro de si aquello era un ardid con algún fin cuestionable o, sencillamente, el hombre se había topado con una mujer que había conseguido cautivarlo. Esto último lo podía poner en duda puesto que conocía su frialdad y capacidad para manipular cualquier situación en su provecho. Sí, pensó, lo conocía bien, puesto que era íntimo de su padre y siempre se mantuvo al tanto de sus andanzas por petición paterna.

Pero ¿acaso esa joven le importaba hasta el punto de hacer algo que no tuviera que ver con sus intereses?

No lo creía capaz, pero todo era posible.

Él también perdió la cabeza por una muchacha en su juventud, aunque pronto recuperó el sentido, pero no por ello dejaba de recordarla a veces. Sobre todo en aquellos momentos en que

pensaba que podría haber tenido hijos pero que el accidente sufrido poco después de abandonarla lo incapacitó para ello.

Apagó su cigarro y salió de aquella velada en dirección a una recepción más íntima y de su agrado, sonriendo al comprender que el otro deseaba verdaderamente a la chica.

Lo comprobó esa noche al estudiarlos desde la distancia, mucho antes de acercarse hasta ellos con el objetivo de intercambiar unas palabras con la dama y poder hacerse una idea sobre el carácter de esta. Entre aquella pareja había una química que se palpaba en el ambiente, y él era un experto en aquello. Pudo percibir esa electricidad que conectaba a los amantes y que, para alguien de su experiencia, no había pasado desapercibida. Por ese motivo se les aproximó con sigilo, interrumpiendo posiblemente una escapada romántica donde habrían dado rienda suelta a sus anhelos. Lo que no esperaba encontrar, y fue todo un descubrimiento, era el interés que se despertó en su propia persona al conocerla.

«Vivian Brookes».

Precioso nombre, aunque verdaderamente no le hacía justicia, él le hubiera puesto el nombre de una flor, una bonita flor que la identificara.

Además, había algo en ella que lo obligaba a querer saber sobre su vida, sobre su identidad. Aquel rostro le resultaba vagamente familiar y sería un reto descubrir todo sobre ella y así poder jugar. ¿Acaso no sería divertido robarle la conquista a Melbourne delante de sus propias narices?

Profundizó su sonrisa.

Después de todo, llevaba perdonándole muchas a ese entrometido muchacho por deferencia a sus orígenes y a la estrecha amistad y lealtad que lo unía con su padre, sin embargo, un escarmiento de vez en cuando no le vendría mal para recordarle con quién no debía jugar, y cuál de los dos podía resultar ser el más poderoso y despiadado.

No iba a privarse de darle una lección.

Cuando llegó a su destino, decidió que ese era el momento idóneo para organizar una reunión campestre en la casa familiar, nada que pudiera cuestionar sus buenas intenciones con Melbourne y su

familiar. Sería algo dentro de los límites que marcaba el decoro, al menos en apariencia, por supuesto.

¿Cómo iba a ser de otra forma tratándose de él?

Sonrió nuevamente al pensar en lo que iba a divertirse en los próximos días y decidió organizar de inmediato dicha reunión.

Capítulo 5

¿Así de fácil?

Apenas podía creer su buena suerte, aunque con ese pérfido de Kerr había que andarse con mil ojos, aquello era lo que había pretendido desde un primer momento: tener acceso a la propiedad ancestral del marquesado, donde, con toda probabilidad, este guardaría sus secretos y los ajenos. Y esos secretos que no le pertenecían al marqués eran los que él andaba buscando. Necesitaba apoderarse de los documentos que este tenía en su poder y que eran la prueba documental que necesitaba.

Y desde luego que lo haría.

Y su querida agente era una pieza fundamental en aquella partida.

Estaba sentado detrás de su enorme escritorio leyendo triunfal la invitación del marqués de Lothian a pasar unos días en su casa de campo con un grupo reducido de personas. Ni siquiera él mismo hubiera creído tener tanta fortuna. Por lo visto, el otro no había perdido el tiempo. Se regocijó pensando en cómo su objetivo lo había orquestado todo en apenas unas horas, muestra evidente del interés que Violet había despertado en él, tal como había previsto. La tarde anterior había conocido a Violet y ya, esa mañana, tenía la tarjeta encima de su escritorio.

Necesitaba celebrarlo.

Nada podría haber salido mejor.

Tamborileó, contento, con los dedos sobre la madera mientras cavilaba sobre su siguiente movimiento, puesto que su objetivo estaba cada vez más cerca. Esta vez sí que conseguiría hacerse con

aquellas cartas y no tendría que pagar las consecuencias de su robo, porque para eso la tenía a ella.

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

El intruso, o más bien, la intrusa, atrajo su atención al adentrarse en su espacio personal sin pedir permiso, como si realmente tuviera derecho a hacerlo, así que se reclinó en el mullido asiento, observando qué intenciones traía consigo.

—Señor —lo saludó la mujer.

Él se repantingó y la observó fingiendo un desinterés que no sentía.

Desde la noche anterior, podía aseverar sin inmutarse, que no era desinterés lo que despertaba aquella criatura en él. Ocultó una sonrisa depredadora al pensar en ello, consciente de que no era el momento de incomodarla y seguro de que si ella lo permitía, accedería con gusto a su cuerpo para deleitarse con los placeres que ambos podrían compartir.

Deseaba saborear todo lo que ella estuviera dispuesta a ofrecer.

«No todo. Un corazón, no, desde luego».

Aunque no se preocupaba respecto a ello, porque su agente nunca había dado muestras de ser alguien sentimental.

Sí, ella podría verlo como lo hacía él, como una transacción entre ambos.

—Vaya, es usted —le indicó con un gesto que se sentara—. Por favor, ya que estás aquí, necesito decirte algo.

Aquello más bien era una orden, así que Violet obedeció, aunque ocupó un lugar lo más alejada posible del hombre. No quería estar muy cerca de este si no era necesario, había decidido evitarlo todo lo que fuera posible cuando no fuera menester estar junto a él: por el bien de la misión.

—Me ha dicho Frances que quería hablar conmigo.

Se sentía incómoda, después de la noche pasada no sabía cómo actuar en presencia de Melbourne. Habían estado coqueteando y, ese coqueteo, había trascendido a algo más que podía dar lugar a una situación que ella debía evitar a toda costa.

Tras estar en vela hasta altas horas de la madrugada, recordando cada segundo de la tarde anterior en aquella velada, era más que

consciente de que si no los hubiera interrumpido el marqués, en esos momentos posiblemente estaría de forma irremediable en los brazos de su jefe, cosa que no podía permitirse.

Y, estaba segura, porque ella había deseado caer rendida a sus pies, aunque actuara como si solo se tratase de una nueva empresa el hecho de que, esta vez, su papel implicara un trato tan cercano y personal con Melbourne.

Le estaba suponiendo un gran esfuerzo actuar como si solo se tratase de un hombre al que la unía únicamente una relación profesional. Por suerte, tras la velada del día anterior, él se marchó después de escoltarla hasta la puerta de la casa. ¿Dónde fue? Lo desconocía, pero agradecía que se hubiera marchado para no tener que seguir hablando con él en los términos en los que lo estuvieron haciendo, en un ambiente más íntimo.

«¡Oh, vamos!», se reprendió. «No puedo dejar de pensar que me hubiera gustado que hubiese ocurrido algo».

Llevaba años anhelando que la viera con otro tipo de interés que el meramente laboral. Había necesitado que el hombre la mirara como a una mujer deseable, exactamente como lo había estado haciendo últimamente.

No, no podía pensar en ello.

Desechó aquel pensamiento por resultar totalmente perturbador.

—Acabo de recibir una invitación de nuestro objetivo —le dijo sin rodeos mostrándole la misiva desde la distancia, observándola sin disimulo.

Violet tragó saliva.

Realmente era muy apuesto, y esa mirada desvergonzada no hacía sino acrecentar su atractivo.

Empezó a sentirse inquieta sin saber por qué, segura de que aquello no acabaría bien para ella, no si recordaba los últimos acontecimientos.

—¿Cómo? —preguntó al percatarse de que estaba esperando una respuesta y ella no había prestado atención a su pregunta.

Howard entrecerró los ojos y la observó con más intensidad, consiguiendo con ello que la mujer se sintiera acalorada.

—¿Qué le ocurre?

¡Ay, Dios!

Le iba a dar un sofoco si mantenía su empeño de mirarla fijamente. Se humedeció los labios de forma inconsciente y el hombre no pudo evitar dirigir la mirada hacia su boca.

—¿Ha suspirado? —preguntó sin dejar de observarla.

Violet no pudo evitar ruborizarse.

¿Lo había hecho?

—¿Lo he hecho?

—Sí, y ardo en deseos de conocer qué puede provocar tal agitación.

¡Ay, ay, ay!

«Esta misión se me está yendo de las manos, no puedo seguir así».

Tenía que pensar en algo rápido, cambiar de tema, intentar que dejara de observarla de aquella forma atrevida, pecaminosa. Sí, eso tenía que hacer, intentar reconducir aquella conversación a algo más neutral, y ¿qué único asunto los unía sino el marqués?

—¿Tenía que contarme algo acerca de nuestro encuentro de ayer con lord Kerr?

Howard la miró admirado y sorprendido.

«Muy lista».

Era muy astuta, pero eso él ya lo sabía, por eso era una de sus mejores agentes.

—Naturalmente, ¿acaso tenemos otro marqués al que robar?

Howard se levantó de su asiento con una sonrisa que no presagiaba nada bueno, y se dirigió hacia ella.

—Tenga —le enseñó la invitación—: léala.

Se inclinó desde atrás y habló muy cerca de su oído mientras la rodeaba con el brazo, sin tocarla, obligándola a tomar el papel que le ofrecía, ocupando todo el espacio que quedaba libre a su alrededor.

Violet aguantó la respiración al sentir aquella presencia masculina envolverla por completo.

Tan cerca.

—Gracias —musitó.

La tomó fingiendo una tranquilidad que no sentía y empezó a leerla sin poder comprender el contenido de la misma, la cercanía del hombre le hacía imposible hacerlo.

—Nos invita a su casa de campo, está en Kent —la informó el otro.

—Tenemos que ir a Kent —dijo como una autómata.

—Exactamente, pasaremos unos días allí.

Violet sentía su aliento cada vez más próximo.

Hubiera jurado que sus labios la estaban rozando y un estremecimiento la recorrió, como venía ocurriendo ya demasiadas veces desde que empezó con aquello.

«No pienses, no sientas».

—¿No le parece extraño que haya despertado su interés tan rápido?

A Violet desde luego que sí se lo parecía.

Teniendo en cuenta lo peligroso que era su objetivo, mejor sopesar cualquier posible contratiempo antes de actuar precipitadamente. Su cuerpo ya tenía suficientes marcas de disparos como para exponerse a recibir alguno más y que esta vez no pudiera contarlo.

Dos eran más que suficientes.

«Aunque hay uno del que sí que no me repondría nunca si llegara a tocarme».

—Lo cierto —susurró junto a su mejilla colocando cada una de sus manos sobre los reposabrazos del sillón que ocupaba la mujer—, es que lo realmente incomprensible hubiera sido que no se sintiera intrigado por mi amante.

«Y, en este momento, es cuando me desmayo».

—Señor…

Tenía que poner fin a aquello por su propia seguridad, por su propio bienestar personal.

«No debí aceptar este encargo, nunca debí hacerlo».

Tragó saliva.

Sin embargo, no pudo evitar girar el rostro hacia el del hombre para acercarse a su boca. Fue algo sin premeditación, sin pensar, un impulso. Su cuerpo reaccionó a su cercanía como si lo correcto fuera

que se tocaran. Cerró los ojos justo en el instante en el que iba a besarlo cuando la puerta se abrió de golpe y volvió a la realidad.

—¿Nos vamos a Kent!

Melbourne se giró bruscamente hacia la dueña de aquella voz, gritona y exaltada, y frunció el ceño cuando vio allí, de pie, con la puerta abierta de par en par, a aquella intrépida jovencita.

«Frances».

Acabaría matándola, eso seguro.

—Tú no vas a ninguna parte —espetó saliendo de la sala con cara de pocos amigos dejando atrás a una exhausta Violet y a una hermana pequeña con cara de satisfacción.

En cuanto él se marchó la joven miró a su hermana mayor muy seria.

—Tú eres la que no vas a ir con él a ninguna parte.

Violet, que parecía haberse recuperado rápidamente de aquel acalorado encuentro, miró a la ingobernable joven con cara de pocos amigos.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—Ajá —respondió la otra cruzando los brazos sobre el pecho.

Ante tal descaro no pudo evitar sonreír hasta que finalmente acabó soltando una carcajada.

—Perfecto.

—No vas a ir con él —repitió convencida de ello.

—Por supuesto que lo haré —la contradijo con aire de superioridad—, aunque necesitaré que mi estimada doncella me acompañe.

Acto seguido le guiñó un ojo.

Frances la miró seria antes de comprender a qué se refería y, a continuación, asintió.

—Será lo más sensato —murmuró—. ¿Cuándo nos vamos?

—Creo que mañana mismo.

—Entonces voy a preparar todo tu equipaje —sonrió ilusionada—. Por cierto —dijo antes de girarse para salir de la estancia—, voy a vigilaros.

Y se marchó dejando a una enmudecida Violet tras de sí.

¿Qué había querido decir?

¡Ay, Dios!
Ahora su hermana pensaba que tenía un interés en el hombre.

Capítulo 6

El marqués no fue a recibirlos.

Fue un desaire que Melbourne decidió no tomar en cuenta considerando lo poco convencional del comportamiento de este y que estaban allí por algo mucho más importante que el sentirse agasajados. Si lord Kerr se hubiera comportado como era de esperar debido a su posición, hubiera sido toda una sorpresa. Por el contrario, quien los esperaba a la entrada de la inmensa mansión era el futuro marqués: el codiciado heredero. El hombre tendría poco más de veinticinco años y, siendo el único hijo de la hermana mayor de Kerr, sumado al hecho de que este no tuviera descendientes, era, por así decirlo, quien tenía todas las papeletas para suceder a su tío. Todos los ojos estaban puestos en el joven conde para ver si sería capaz de devolverle el esplendor, a efectos de respetabilidad por supuesto, al maltrecho, pero importante, título. Según sus fuentes, el futuro marqués apuntaba a ser todo lo contrario que su tío: no bebía en exceso, no despilfarraba su fortuna de forma imprudente en salas de juegos, sus relaciones con las mujeres solían ser discretas y, por supuesto, estaba más que bien considerado entre las grandes matronas de Almack's.

Por lo tanto, no era tan descabellado y resultaba lo más lógico que fuera él quien los atendiera subsanando las faltas de su tío. El conde resultó ser, según los personajes más influyentes de la época, lo que aquella noble familia necesitaba para devolverle el brillo al ancestral título que ostentaban y que el actual marqués parecía empeñado en desmerecer.

—Querida, déjame que te presente a lord Frederic Ronan Whaley, actual conde de Durham y futuro marqués de Kerr.

Melbourne se apresuró a hacer las presentaciones y Violet saludó al hombre con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, sin poder evitar admirar la elegancia del conde al tomarle la mano y obsequiarla con un formal saludo. Disimuló su sorpresa ante la altura y corpulencia de este, puesto que no esperaba encontrarse a un joven lord de complexión atlética y piel bronceada, y pensó que debía pasarse numerosas horas expuesto al sol. Y, al igual que le ocurriera con el marqués cuando lo conoció, tenía una especie de magnetismo varonil que provocaba que le costase apartar la mirada de él; y decidió que aquel hombre le gustaba.

—Encantado de conocerla al fin, señorita Brookes, mi tío me ha hablado de usted. Por lo visto, le ha causado una fuerte impresión —le confió a modo de secreto sin soltarle la mano—: no muchos lo consiguen.

Violet acentuó su sonrisa y Ronan la observó con interés, tanto que la hizo sentir un poco incómoda. Pareció darse cuenta de que su mirada la estaba poniendo nerviosa por lo que cambió de expresión, consiguiendo que ella dudara de si se había imaginado la atención que le había prestado momentos antes.

—No sé si sentirme halagada —le dijo retirando su mano con disimulo.

El hombre la dejó ir pero había algo en su inteligente mirada que no le pasó desapercibido a Violet. ¿Sospecharía de ella? Compuso una sonrisa fingiendo que estaba encantada con la situación de ser recibidos en la finca y ocultando su nerviosismo ante el escrutinio de este.

—Desde luego, es un cumplido, uno realmente pobre para lo que merece —le dirigió una pícara sonrisa y Violet supo que no solo su atractivo resultaba peligroso, también su impecable galantería.

—¿Seguro que no intenta que me sonroje, lord Durham?

—Créame que no es esa mi intención —se disculpó sin dejar de observarla con cierto misterio—, deseamos que su estancia en nuestro hogar sea lo más placentera posible. Siéntase como en casa, por favor.

Howard observaba la situación con una actitud distante, como si el hecho de que el hombre mostrase tal interés en su supuesta amante no le supusiera ningún problema. Sin embargo, ninguno de los presentes era conocedor de por qué para él no suponía ningún problema que aquellos dos congeniaran.

—Mi tío me ha pedido que me disculpe en su nombre —le dijo a Melbourne mientras dirigía su mirada hacia él—, le ha surgido un contratiempo, por lo que seré su anfitrión por el momento.

—Su compañía es de agradecer.

En realidad, conocer personalmente al hombre era algo que no tenía previsto, pero que pensaba aprovechar en su beneficio, después de todo, tenía una gran influencia entre los miembros del Parlamento.

—Sin duda podremos entablar una buena conversación, señor Melbourne, he oído que es usted un hombre muy preciado a nivel político y me gustaría conocer sus impresiones sobre ciertos temas que me preocupan.

—Estoy deseando conocer su punto de vista sobre dichas cuestiones.

Ambos sabían que Ronan estaba empeñado en conseguir mejoras para los huérfanos de los que se hacía cargo el Estado y cuyas condiciones, en la mayoría de los casos, rozaba la indigencia si no la esclavitud.

—Después de todo, creo que he salido ganando con la ausencia del marqués, así que espero que mi presencia pueda compensar su demora.

—No le quepa la menor duda, lord Durham. No debe preocuparse, soy consciente de todas las actividades que realiza en beneficio de nuestra exigente sociedad su excelencia.

Touché.

Ronan abrió mucho los ojos ante el comentario del funcionario y, a pesar de que estuvo a punto de soltar una estruendosa carcajada, se contuvo. Desde luego que este debía de estar al tanto, como la mayoría de los hombres con algo de poder, de las actividades en las que su tío andaba envuelto, así como de la falta de decoro que

mostraba continuamente. Y, con muy buen gusto, había hecho ver la falta cometida por Lothian al no recibir a sus invitados en persona.

—Estoy pensando que usted y yo vamos a llevarnos muy bien, estimado Melbourne.

—Créame que consideraría todo un privilegio poder contar con su amistad.

El conde lo observó unos segundos.

—Pueden llamarme Ronan, y, si no tienen inconveniente, prescindiré del trato formal hacia ustedes.

Howard se sorprendió ante la petición, pero aceptó, después de todo no había tanta diferencia de edad entre ellos y algún día sería el marqués de Lothian, por lo que su influencia podría serle de gran utilidad en un futuro.

—Es usted muy amable —intervino Violet.

—No crea, querida —se excusó—, es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta la desaparición inesperada de la persona que ha cursado la invitación. La señora Belford —señaló a una mujer redonda y con cara amable—, es el ama de llaves, ella se ocupará de que se instalen según las indicaciones de mi tío; aunque podría decirse que ella es quien, realmente, dirige esta propiedad.

Violet vio el cariño con el que el conde se dirigía a la mujer y como esta lo miraba con adoración.

—Estoy segura de que lord Kerr no habrá dejado ningún detalle al azar, me pareció un hombre muy meticuloso —le dijo.

Ronan evitó reír de nuevo ante aquella observación, desde luego que lo era, y muchas más cosas que aquella pareja no querría experimentar por sí misma.

—Ahora, si me disculpan, debo atender unos asuntos de la finca que requieren mi atención, les dejo en las mejores manos.

—Vamos, querida. —Melbourne le ofreció el brazo a Violet y la miró a los ojos con malicia, retándola a que rehusara tomarlo. Ella le devolvió la mirada con una fingida sonrisa, no sin antes tragar saliva, consciente de su papel y de que desde ese instante, su comportamiento no debía dejar lugar a dudas sobre el tipo de relación que los unía.

Ambos entraron en la mansión acompañados por la señora Belford y el mayordomo, quien se presentó de inmediato y se unió a la comitiva, mientras Ronan los observaba pensativo. Si le extrañó que su tío le pidiera que los recibiera mientras él ultimaba unos asuntos relacionados con la velada de la noche, no dijo nada. Pero, al ver a la mujer, empezaba a comprender por qué ese repentino interés en entablar relaciones con aquel par.

Resultó perturbador ver ese rostro que le era tan familiar.

¿Podría ser casualidad que Lothian se tomara tantas molestias en hospedar a una mujer cuyos ojos eran extraordinariamente parecidos a los de la mayoría de los miembros de su familia, e, incluso, que su rostro resultase ser casi una copia exacta al de la marquesa viuda en su juventud? Casi pierde el habla ante el impacto de aquellas facciones que le resultaban tan queridas en una persona ajena a su familia, por lo que empezaba a pensar que su tío podría albergar motivos ocultos al cursar aquella invitación a la pareja.

Entrecerró los ojos, observando sin ver la entrada de la casa por la que ambos habían desaparecido. En cierto modo, aquel fin de semana prometía mucho más de lo que en un principio pensó que no sería más que otra de las indecentes bacanales de su tío.

Un repentino golpe lo distrajo.

Alguien había tropezado detrás de él soltando un juramento, consiguiendo sacarlo de sus cavilaciones, por lo que se giró con lentitud para comprobar de quién se trataba, hasta que vio a una joven criada intentar cargar con una enorme maleta de espaldas a él.

Volviendo a tropezarse, esta vez con su torso.

Alzó una ceja por aquella situación y sonrió ante el espectáculo.

—¡Puñetas!

Exclamó la muchacha mientras alzaba la mirada hacia él, quien la tenía sujeta por los hombros en un intento de evitar que acabara con sus posaderas en el suelo o encima de la valija que intentaba arrastrar. Ronan la observó con interés, no conocía a esta criada y él conocía perfectamente a cada miembro de su personal, por lo que dedujo que debía de estar al servicio de alguna de sus visitas.

¿De la señorita Brookes, quizás?

—Debería mirar por dónde camina —le dijo con ese aire de superioridad del que se vanagloriaban los de su clase y del que a veces hacía gala sin darse cuenta de ello.

Frances miró a la persona de la que habían salido aquellas palabras, primero, con sorpresa, a continuación, con cierta admiración.

Parpadeó.

Era un hombre muy apuesto.

Guapo, sí, pero algo estúpido al fin y al cabo, podría haberse limitado a ayudarla y no a regañarla.

¿De dónde había salido?

—Y usted debería ser un poco más considerado, ¿podría soltarme? —intentó forcejear para desasirse de su presión, pero este acentuó su agarre con firmeza, impidiéndoselo.

La miró con curiosidad.

¿Desde cuándo el servicio se dirigía de esa forma al señor de la casa?

Increíble lo de aquella mocosa.

—Podría —dijo en un susurro sin dejar de observarla.

Le gustaba lo que tenía ante sí y, desde luego, ese atisbo de rebeldía en la mirada de la muchacha le resultaba intrigante. ¿Sabría quién era él?

«Apuesto a que no lo sabes».

Frances intentó de nuevo, sin mucho éxito, que la soltara.

«Maldita sea».

Decidió que le daría una lección en otro momento, ya que, por lo pronto, su prioridad era pasar desapercibida en aquella mansión, y solo podía hacerlo como miembro del servicio. Y estos solían ser invisibles para aquellos a quienes prestaban sus servicios y sus invitados, y este, por su atuendo, debía de pertenecer al segundo grupo. Lo miró con frustración mientras decidía cuál era la forma más rápida de salir de aquella situación sin armar mucho revuelo y que Violet no optara por mandarla de vuelta a Londres. De repente, se le ocurrió la forma de conseguir que aquel hombre la dejara ir. Sí, sabía que no era lo más adecuado, pero tenía que salir de allí antes de que la situación se complicara y su hermana se enfadara.

Eso es lo que haría.

Fingió que se plegaba a los deseos de aquel dejando de forcejear y lanzándole una mirada dulce, adoptando una actitud de sumisión total, nada acorde con su carácter rebelde y audaz. Él pareció complacido con su cambio y, de forma inesperada, se inclinó un poco hacia ella, como si intentara aspirar su aroma. Frances le permitió acercarse, consciente de que seguramente sería uno de tantos caballeros que no pondría ninguna objeción en seducir a una criada, así que sus buenas intenciones para con este se desvanecieron. Ella simplemente había decidido actuar de forma servil para conseguir que la dejara marchar, pero al parecer el noble había malinterpretado su actitud porque parecía interesado en ella. Ladeó un poco el cuello con el fin de facilitarse el acceso a este antes de darle su merecido.

Y fue en ese momento, en el que lo tenía absolutamente concentrado en lo que estaba haciendo, que aprovechó para propinarle un fuerte pisotón que lo pilló completamente desprevenido, consiguiendo que aflojara su agarre.

Frances no dejó pasar la oportunidad y forcejeó con todas sus fuerzas, hasta desprenderse del tenaz abrazo, pero sin tener en cuenta la situación del bulto que momentos antes había intentado arrastrar. Así que sucedió lo que el conde había intentado evitar un momento antes: perdió el equilibrio y terminó sobre la enorme maleta, totalmente despatarrada.

«¡Muy bien, Frances, lo has hecho *requetemuybien*!».

¿Este era el merecido que pretendía darle por abusón?

Ronan soltó un juramento en el momento en el que ella lo agredió, sujetándose de forma muy poco digna el lastimado pie, enfundado en sus caras botas hechas a medida. Luego, dirigió su mirada hacia su agresora, contemplando divertido cómo había acabado aquella insensata.

—Se lo tiene merecido.

—Asno —murmuró la joven desde su poco digno lugar, mientras lo miraba con inquina.

—¿Habla en serio? —preguntó escandalizado.

—Re-asno.

—Necesita usted una lección, señorita.

—No será por su parte —dijo intentando incorporarse sin mucho éxito. Aquellas ropas le dificultaban bastante la tarea.

—¿Me está desafiando? —preguntó divertido pero había determinación en su mirada.

Frances, por una vez, contuvo su lengua y decidió actuar con cautela.

«Recuerda la misión».

—No —dijo entre dientes.

—¿Está segura? Porque me parece que sí lo está haciendo.

—Solo márchese y déjeme en paz.

Ronan estuvo a punto de decirle con quien estaba hablando, sin embargo le gustó que la chica no lo reconociera y actuara con naturalidad. Le gustó mucho. Así que hizo como si no hubiese escuchado ese último comentario y dio media vuelta, marchándose de allí sin ofrecerle ningún tipo de socorro ni de información.

—Volveremos a vernos —dijo sonriendo con superioridad mientras se dirigía hacia las caballerizas cojeando y sin volver la vista atrás.

—Ni lo sueñe —soltó entre dientes observándolo mientras desaparecía poco a poco en la distancia y, aunque sin querer, apreciando su escultural figura.

¿Podía ser un hombre tan apuesto y varonil a la vez?

En cuanto perdieron de vista al conde, un par de lacayos, que habían estado observando aquella inusual situación como si no fuese algo totalmente anormal en relación con el joven conde, acudieron prestos en su ayuda.

—Vamos, muchacha —le dijo un hombre que aparentaba tener unos cuarenta y tantos años—, cógeme la mano e intenta ponerte de pie.

Frances lo miró agradecida mientras seguía sus instrucciones y trataba de incorporarse sin volver a tropezar con el enorme baúl de su hermana.

Lo miró sonriente.

—Gracias por su ayuda. ¿Quién era ese engreído? —preguntó mientras se sacudía la incómoda falda del disfraz que se veía obligada a llevar.

El más joven, que la miraba de reojo mientras se hacía cargo del equipaje que ella había intentado arrastrar sin mucho éxito, soltó una risilla maliciosa.

—El señor.

Frances parpadeó ante las implicaciones de dicha información y un regusto amargo le subió por la boca del estómago, así que, agarrando, rauda, la manga del joven, lo obligó a mirarla.

—¿Ese es… es… el marqués?

Ni siquiera lograba articular las palabras ante lo que aquello podía significar. Ella pensaba que el noble era una persona de más edad, mucha más. Nunca hubiera podido llegar a pensar que era un hombre joven y apuesto.

Y un asno, eso también.

«Cuando Violet se entere me va a matar».

Claro que lo iba a hacer, y con toda la razón. Su misión era pasar totalmente desapercibida, como si se tratara de un fantasma, para conseguir toda la información posible por parte del personal de servicio respecto de los habitantes de la casa.

—¡Por Dios, no! —exclamó el más mayor y que tenía cara de ser buena persona—. Vamos, Brian, no martirices a la chica.

El tal Brian la miró con picardía hasta que finalmente decidió sacarla de su error.

—Es el joven conde, lord Durham.

Frances seguía sin comprender; se suponía que el único señor allí sería el marqués.

—Es el heredero de lord Kerr: el futuro marqués —la informó el hombre mayor.

—Albert, no hace falta darle tanta información, se supone que debe conocer en casa de quién se hospeda su señora.

—Pues no parece que lo sepa —lo regañó para luego dirigirse a ella con ternura—, debe ser tu primer trabajo, ¿verdad, muchachita?

Frances no tardó más que unos minutos en recomponerse de la sorpresa al descubrir que la persona a la cual había decidido darle un escarmiento más adelante, y a la que había golpeado, no era otra que el futuro marqués.

«Violet me mata, seguro».

Disimuló su contrariedad con una tímida sonrisa dirigida al tal Albert, pensando que lo más inteligente sería sacar provecho de aquel tropiezo.

Gracias al encontronazo con el hijo de lord Kerr, había tenido su primer acercamiento al personal de la casa y no debía desaprovechar la oportunidad de entablar una relación con ellos. Miró al hombre mayor con su sonrisa más dulce e inocente, esa con la que solía engatusar a aquellos de los que necesitaba conseguir algo. Tenía que hacerle sentir que ella era su responsabilidad.

—Es cierto, señor, es mi primer trabajo —bajó los ojos con angustia—. Lo único que sé es que veníamos a la casa de campo del marqués a pasar el fin de semana, no sabía que tenía un hijo. En realidad no sé mucho.

—¿Hijo? —Brian estaba a punto de volver a burlarse de ella, pero, debió pensar que no era buena idea al ver la cara del otro, y se contuvo.

—Es el joven conde, el hijo de la hermana de su excelencia, la condesa viuda —la corrigió Albert.

—Y, tú, criatura, acabas de cantarle las cuarenta a uno de los nobles más influyentes de Londres —Brian la miraba con incredulidad.

Frances se mordió la lengua, porque junto con aquella descripción, el lacayo podría haber utilizado también la palabra «engreído».

—Ahora no es momento para lamentarse, lo hecho, hecho está.

—Si tú lo dices —apostilló el joven—. Aunque creo que lo que se merece es una buena reprimenda y no dulces palabras: no en vano ha agredido a nuestro señor. En cualquier otra propiedad recibiría un castigo ejemplar.

Albert lo miró con una expresión rabiosa, no le estaba gustando nada que no tuviera compasión de aquella pobre muchacha.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —le preguntó a ella.

—Frances.

Miró al hombre como si fuese un conejito asustado.

—Bueno, Frances, supongo que eres la doncella de la invitada del marqués, la señorita Brookes.

—Así es.

—Bien, te ayudaremos en todo lo que podamos, no vamos a permitir que pierdas tu primer trabajo.

—El conde tomará represalias; el marqués lo haría —volvió a apostillar el otro, quien empezaba a caerle muy mal.

—El joven lord no es como su tío.

Brian la observó de arriba abajo, alzando una ceja, para finalmente acercarse y susurrarle al oído.

—Vas a recibir un castigo, puedes estar segura —Ella lo miró sin decir nada, fingiendo una congoja que no sentía—. Deberías suplicar para que lo único que te suceda sea que pierdas tu trabajo.

Frances olvidó por un segundo el papel que había decidió representar, tenía ganas de golpear aquel rostro pecoso que no dejaba de intentar asustarla.

—El próximo puntapié te lo voy a dar a ti como no dejes de molestarme.

Brian abrió mucho los ojos ante aquella amenaza.

Enmudeció por la sorpresa de ver a alguien que parecía tan frágil segundos antes, hablarle con tanta fuerza y dureza, un momento después. No se hubiera esperado ese arranque de genio, viendo como había adoptado aquella aptitud de perro apaleado para ganarse su simpatía. Decididamente no se lo esperaba. Se quedó sin saber cómo actuar ya que él solo había querido molestarla un poco con el fin de hacerle pasar un mal rato y que temiera un posible castigo. Un castigo que sin duda se merecía. Sin embargo, algo en su interior le decía que aquella mocosa cumpliría con su amenaza, y que no debía fiarse de ella, por lo que decidió que era mejor no incordiarla mucho ni entablar trato con ella. Después de todo, ya le daría su merecido el conde por no saber cuál era su lugar.

—Vamos a ayudarte a llevar el equipaje de tu señora a sus aposentos. Así sabrás cuáles son y podrás ponerte a trabajar de inmediato. No queremos que te vayan a regañar, y mucho menos que pierdas tu sustento.

—Desde luego que no queremos —refunfuñó Brian que se contrajo cuando esta lo volvió a mirar con encono.

Capítulo 7

—Me alegra saber que se han acomodado perfectamente.

El marqués observaba a Howard como si quisiera descubrir algo mientras lo invitaba a una copa de jerez que este rehusó con elegancia.

—Quería agradecerle su hospitalidad —le dijo en un intento de cortesía.

—Supongo que para alguien como usted es demasiado temprano para empezar a beber —lo ignoró el otro mientras volvía a llenar su copa.

—Supone demasiado —tomó asiento junto a la enorme chimenea de aquella sobria estancia.

Lothian contuvo una sonrisa, en realidad le gustaba aquel muchacho de tan altas aspiraciones y gesto arrogante, se parecía mucho a su padre.

—¿Son los aposentos de la señorita Brookes de su agrado? Me he ocupado personalmente de la distribución de las habitaciones.

Había un mensaje implícito en aquella frase.

—Mi prima está encantada, me ha pedido que le agradezca por tantas atenciones, por supuesto, yo también se las doy.

El marqués alzó una ceja ante el título fraternal, ambos sabían que la muchacha podría ser de todo menos familia del hombre, de ahí que les hubiera asignado habitaciones comunicadas para sus encuentros nocturnos.

—Me encantaría serle de utilidad a la dama en todo lo que necesite, dígale que es para mí un inmenso placer tener la

posibilidad de poder conocerla un poco más a fondo.

Howard debería sentirse satisfecho de que Lothian se mostrara tan abiertamente interesado en ella, no obstante, no acababa de fiarse del todo de él. ¿Tramaría algo?

—Sin duda —asintió fingiendo una cortesía que no sentía—, podrá hacerlo usted mismo en la cena de esta noche.

Lothian lo miró ufano.

—Creí que *su prima* le había comentado que la he invitado a dar un paseo, me gustaría enseñarle los jardines antes de la cena —lo miró por encima de su copa—, estoy seguro de que le encantarán a una joven tan deliciosa.

Howard fingió desinterés.

¿Cómo que habían quedado en dar un paseo a sus espaldas?

—Será un encuentro encantador, se lo aseguro —sentía como podían romperse sus dientes de apretar tanto la mandíbula debido a la rabia—, Vivian es una mujer muy especial.

La iba a estrangular, ¿cómo que no le había dicho que tenía planes con su objetivo?

—Me agrada que no se sienta ofendido por haberme atrevido a invitarla sin usted.

—¿Acaso las reuniones en su casa deberían ajustarse a los convencionalismos?

Lothian soltó una carcajada, desde luego, había esperado molestarlo con su invitación.

—Cierto, muchacho.

—Con toda seguridad, mi prima me hablará de su invitación en cuanto nos veamos, no debe preocuparse por ello, lord Kerr.

Lothian soltó la copa, no sin antes apurar el contenido de un trago.

—Entonces, si le parece bien, creo que iré a reunirme con la dama.

—Diviértanse —lo animó con indulgencia.

Lothian era consciente de que había enfadado a su invitado por mucho que este hubiera intentado disimularlo, y se marchó silbando, para molestarlo aún más.

En cuanto el marqués se fue, Melbourne soltó un juramento y salió disparado en busca de su supuesta amante, la cual se suponía que estaba en sus aposentos, preparándose para su paseo.

—Me va a oír.

Abrió la puerta sin llamar y entró muy enfadado, sorprendiéndola mientras esta colocaba en su sitio la lazada del pequeño sombrero de color amarillo a juego con su vestido.

—¿Cómo es eso de que vas a dar un paseo con Kerr? —le preguntó agarrándola bruscamente del brazo, consiguiendo que se girara hacia él.

Violet no pudo evitar sorprenderse ante aquella muestra de mal carácter en alguien tan frío como Melbourne.

Una novedad.

Varias, últimamente.

—Suélteme —le ordenó tensa.

Él lo hizo cuando, sorprendido por su pérdida momentánea de control, se dio cuenta de que aún la mantenía sujeta.

—Entonces, cuéntame —le dijo cruzándose de brazos volviendo a su tono neutro—. Porque al parecer me he perdido algo, ¿estás actuando por tu cuenta?

Violet se humedeció los labios antes de responder. Aquella última misión estaba resultando más dura de lo que hubiera podido imaginar. Tenía que acabar cuanto antes y poner distancia entre ellos, sobre todo por ella misma.

—Estoy siguiendo el plan.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Qué plan, seducir al marqués?

Si estuvo a punto de abofetearlo, se contuvo.

—Lo que sea necesario.

—Seré yo quien decida si hace falta que te amancebes con él —rumió.

Ella abrió los ojos presa de la indignación. ¿Qué demonios le pasaba? Aquel ataque resultaba inesperado, ¿acaso estaba celoso?

«Olvídalo, Violet».

«Pues parecen celos».

«Este hombre jamás sentiría nada por alguien que no fuera él mismo o sus objetivos».

Suspiró.

—Creía que teníamos que conseguir las dichosas cartas.

—Cierto, tenemos que hacerlo.

—Entonces, no le entiendo, en eso estoy —le explicó molesta mientras terminaba de arreglarse—. Trato de ganarme la confianza del marqués, en realidad cumplo con mi cometido al pie de la letra, y lo hago, porque cuanto antes obtengamos lo que buscamos, antes podré ser libre. Así que haré lo que sea necesario, si tengo que dormir con él; que así sea.

«Quiero quedar libre de ti».

Ella tenía razón, sin embargo, esa tenacidad en conseguir su propósito y hacer lo necesario para lograrlo, como siempre hacían sus agentes, le molestaba.

Lo enardecía.

Era la primera vez que no estaba conforme.

—Veo que te tomas muy en serio tu cometido.

¿Qué estoy diciendo? ¿Acaso no es eso lo que quiero?

«Idiota», se dijo.

—Desde luego que sí —espetó ofendida acercándose a él—. ¿Cuándo no lo he hecho?

—Violet —la advirtió.

—Estoy esperando su respuesta, ¿cuándo no he hecho todo lo posible por cumplir con lo que me ha encomendado?

Howard la miró apretando los labios.

En un gesto que sorprendió a ambos, la tomó con fuerza de los hombros y la acercó a su cuerpo.

—Siempre.

Ese «siempre» llevaba una carga emocional conectada a sus sílabas que sintió como se erizaba su piel bajo el tacto de aquellas fuertes manos y ese sonido.

—Naturalmente —susurró.

¿Por qué, de repente, sentía que su encono se esfumaba solo con tener aquel varonil rostro tan cerca del suyo, mirándola de aquella forma que la hacía sentirse tan vulnerable?

«¡Ay, Dios mío, que esto se me va de las manos!».

—Pues si quieres que esto funcione, empieza por llamarme Howard de una maldita vez.

Ella sintió que las fuerzas la abandonaban y su cuerpo le pedía acercarse más al de él.

—Ya lo hago —su voz apenas era audible.

—Hazlo en la intimidad.

—¿Cómo?

No podía querer decir lo que ella había entendido.

—Necesito que lo hagas a todas horas, no solo delante de Lothian o de extraños, quiero que me tutees. Siempre —sentenció.

A Violet ese autoritarismo ya empezaba a molestarla.

Y se enfadó nuevamente.

Mucho.

Demasiado, y deseó tener la valentía para golpearlo.

—No lo haré.

Se sacudió de su agarre con fuerza para que la soltara.

—Por supuesto que lo harás —bramó, aunque la dejó ir.

—Está muy seguro de todo, ¿no es así?

Aquellos ojos violetas ardían de furia.

—¿De verdad me estás retando, Violet? —Howard estaba encandilado por ese carácter que se estaba descubriendo ante él en aquellos días—. Porque no te lo recomiendo.

—Váyanse al infierno usted y sus recomendaciones.

Aquel estallido de cólera lo tomó por sorpresa y la mujer pudo ver en los ojos que la observaban cierta admiración y, algo más.

¿Interés? ¿Determinación? Sí, pero ¿para qué? ¿Acaso iba a cumplir su amenaza y denunciar a Frances?

—Te ordeno que no permitas que ponga sus manos sobre ti.

—Haré lo que haga falta para terminar con esto lo antes posible. Incluido convertirme en la amante de ese hombre.

—Violet, recuerda que tu preciosa hermanita está en mis manos —parecía furioso—, como descubra que el marqués te ha tocado…

Ella pareció dudar si seguir enfrentándose a él, pero al cabo de un instante decidió claudicar. Por mucho que deseara retarlo y hacerlo enojar, no iba a poner en riesgo su única posibilidad de escapar de

todo junto a Frances y empezar una nueva vida al otro lado del océano. Así que, sin pensárselo dos veces, decidió que tenía que huir cuanto antes de allí y evitar cualquier acto del que más tarde acabaran arrepintiéndose. Lo rodeó veloz y salió de la habitación con rapidez, cerrando la puerta tras de sí, dejando a un encolerizado futuro ministro dentro de ella.

—Está bien, no me tocará —dijo antes de marcharse.

Melbourne se quedó observando la estancia vacía sin comprender muy bien qué era lo que había ocurrido. ¿Desde cuándo lograba sacarlo de quicio esa maldita muchacha? ¿Y desde cuándo se había vuelto tan voluntariosa? Aún no se explicaba la razón de su encono al enterarse que esta saldría a pasear con Lothian, ella tenía razón. Ese era el plan. ¿No?

«Soy un idiota. En realidad no quiero que intimen por otra razón, no son celos. No, no lo son».

«¡Maldita sea!».

Capítulo 8

Ronan sonrió al comprobar quien acababa de entrar tan temprano en la salita donde a él le gustaba tomar un refrigerio, un lugar que no solía estar muy transitado, mucho menos a esa hora de la tarde.

—Vaya, vaya —dijo desde su asiento en la cabecera de la mesa—, si es la bonita criada.

Después de todo, aquella velada cada vez se le hacía más interesante. A pesar de que no le gustaban esas reuniones en la casa familiar, esta vez se sentía intrigado con algunos de sus huéspedes, en especial, con la supuesta prima de Melbourne. Miró a la muchacha y pensó que, tal vez, su doncella podría facilitarle alguna información.

Frances lo miró sorprendida al darse cuenta de que no estaba sola en la estancia. ¡Maldición! En su prisa por dar con alguna criada con la que cotillear un poco para enterarse de los secretos del lugar, no había sido consciente de que podría encontrarse con el conde. Se giró hacia él y le hizo una exagerada reverencia, como si del mismísimo rey se tratara, a la vez que alzaba una oscura y bien delineada ceja, en señal de desafío.

—Milord —lo corrigió—, soy la doncella personal de la señorita Brookes, no su criada.

Ronan entrecerró los ojos observándola con interés. Allí había algo que le resultaba incomprensible, y era el descaro de alguien que ocupaba tan ínfimo lugar en su casa. Demasiado insolente para ser la doncella de nadie.

—¿Realmente lo eres?

La miraba con demasiada confianza en sí mismo reclinado en la enorme silla, que le venía un poco justa a un hombre de su tamaño.

—Se lo estoy diciendo —respondió arrogante sin poder evitar admirar nuevamente la apostura de aquel noble.

«Recuerda que es un asno engreído».

Ronan ladeó la cabeza en un atractivo gesto.

—¿Muy personal? —Hubo en sus palabras un toque íntimo, seductor, solo dirigido a ella. Y una sensación, hasta hacía muy poco desconocida para la joven, empezó a bullir en su interior. Se sintió vulnerable ante aquella voz seductora. Así que tosió para disimular su desazón antes de responder sin apartar los ojos de aquella candente mirada.

—Mucho.

No sabía qué estaba haciendo respondiendo aquello cuando ambos estaban hablando de otra cosa, ¿o no? ¿Estaba seduciéndola?

«Soy demasiado inexperta en estos menesteres», se dijo enfadada a la vez que hipnotizada por aquellos ojos que la observaban con tal deseo y descaro, que no pudo hacer otra cosa que esperar anhelante el próximo comentario de aquel hombre.

Este no fue el que ella esperaba.

—Entonces, sirves a alguien, por lo que no he errado en mi juicio. Eres una criada, o sirvienta, como prefieras llamarte —sentenció dando por finalizada la conversación a la vez que sonreía de aquella forma perversa. Sabía que la había sorprendido y molestado, pero lo estaba disfrutando mucho, realmente lo hacía. Aquella muchacha lo divertía.

Frances se quedó sin palabras ante tales comentarios, bueno, en realidad sí que le venía una a la mente, pero no sería sensato decirla en voz alta.

«Contente, es el futuro marqués, y el sobrino de nuestro objetivo».

Después de todo, no era más que personal de servicio en aquella casa, o al menos representaba ese papel para poder obtener información y acceder a los documentos que le darían la libertad a Violet, a ambas.

—¿Cómo puedo no sentirme abrumada por tanta inteligencia? —murmuró sin poder contenerse.

Enseguida se percató de su error, había hablado en voz alta.

«Bocazas, eso es lo que soy».

—Sé valiente.

Frances alzó la vista hacia él.

—¿Perdón, milord? —preguntó con fingida inocencia.

¿Se estaba burlando de él una simple criada?

—Te ordeno que seas valiente y repitas en voz alta lo que acabas de murmurar.

Ronan entrecerró los ojos. Allí solo había uno que pudiera jugar con alguien, y no era ella precisamente, así que decidió darle una lección.

—Me recriminaba a mí misma, señor, siento haberos importunado.

No lo engañaba su falsa sumisión. Observándola con ironía, tomó la servilleta de lino de la mesa y la tiró al suelo, a sus pies, luego la miró.

—Sirvienta —la llamó con altivez ignorando la cara de sorpresa de la otra ante su actitud—, recógela y ponla en mi regazo.

Frances lo miró perpleja ante su acción.

—¿Qué? —su voz fue un graznido.

No, ni hablar.

No se movió de su sitio.

¡Maldito engreído!

—¿Tengo que volver a repetirlo? —el hombre alzó una poblada ceja oscura mientras sonreía mínimamente, como si estuviera esperando a que ella se negara.

Como si realmente fuera lo que deseaba.

«¡Sinvergüenza!».

—No, milord —negó sin que su voz desvelara su total desagrado.

«Hazlo por la misión», se repitió una vez y otra mientras se dirigía a realizar el mandado.

—Estás en mi casa, así que obedece: hazlo.

Frances apretó los puños con encono, antes de ceder.

No podía permitirse enojar a ese noble y que decidiera echarla.

Cuando llegó hasta Ronan, le dio la espalda mientras inclinada su torso hasta el suelo para recoger el paño, colocando sus posaderas justo frente al hombre, quien podía apreciar el redondeado trasero a través de la tosca tela del uniforme de la joven. Se irguió de forma insinuante hasta colocarse frente a él para luego colocar delicadamente el paño sobre el regazo de este, con demasiada lentitud, lo estaba provocando de forma deliberada.

Ronan la miraba entre divertido e incrédulo, lo había dejado sin palabras.

No habló, no pudo, solo la contemplaba con un ansia que, de haber sido Frances alguien más prudente, hubiera temido. El conde no pudo contener la necesidad de tocarla que se había apoderado de él en el momento en que la vio avanzar hacia donde estaba con tal descaro, mucho menos después de lo que aquella imprudente acababa de hacer.

—¡Ven aquí!

Agarrándola de la mano con la que esta acababa de alisar la servilleta sobre su regazo, la acercó a él decidido a saborearla para darle la lección que se merecía, mientras ella forcejeaba por soltarse.

—Siento interrumpir tan tierna escena, pero mi querida prima está buscando a su *doncella* —dijo Melbourne, quien acababa de hacer acto de presencia en la salita. Frances vio que tenía cara de pocos amigos—. Le sugiero, querida, que acuda de inmediato a cumplir con sus obligaciones o nos sentiremos inclinados a prescindir de sus servicios y enviarla de vuelta a la ciudad.

Frances no supo reaccionar.

Aún estaba conmocionada por lo que el otro había intentado hacer.

Pareció darse cuenta en ese momento de lo que había estado a punto de suceder y tiró con fuerza del brazo del que la tenía sujeta el conde. Dudó, durante un breve periodo de tiempo, en si debía poner en su lugar a aquel maldito o salir de allí de inmediato. Así que, fulminando con la mirada a este, que la contemplaba divertido, salió como alma que llevara el diablo, mientras murmuraba una retahíla de improperios.

Este la observó salir de la estancia con el deseo todavía impreso en su rostro. Dirigiéndole, a continuación, una mirada inocente al otro hombre, se defendió.

—Es una descarada, necesitaba una lección.

—No lo dudo —asintió este—, pero esa descarada está bajo mi protección.

Melbourne se preguntó por qué diantres se sentía obligado a defender a aquella delincuente. Ronan torció el gesto, contrariado por aquella improvisada llamada de atención.

—¿Acaso me está reprendiendo en mi propia casa?

Melbourne lo miró fijamente, impertérrito.

—Un consejo a tiempo puede evitar males mayores —respondió—. Manténgase alejado de la doncella de Vivian, no quiero problemas por su causa puesto que la tiene en gran estima.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Muy en serio.

—¿Me está diciendo que sería capaz de enemistarse conmigo por una simple criada? Increíble.

Howard se acercó al joven con seriedad y le habló en un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Por cualquier mujer.

Ronan decidió que no valía la pena granjearse el encono del hombre, después de todo, no iba a ir tras ella. Solo era una sirvienta, simplemente, es que lo divertía, además de que lo atraía sin remedio su descarado.

—Muy bien —aceptó—. En realidad no suelo mezclarme con la servidumbre, mucho menos seducir a doncellas. Su corderito está a salvo de depravados como yo.

—No es ningún corderito, en realidad lo protejo a usted.

—¿En serio? —A Ronan aquello le resultó divertido—. ¿Acaso cree que esa muchachita supondría un peligro para mi vida?

Melbourne asintió.

—Lo creo realmente —sonrió.

—Querido Melbourne, me sorprende usted, pero si es tan importante para la señorita Brookes, tiene mi palabra. No perseguiré a ese *peligro* de muchacha.

—Tengo su palabra —aceptó.

—La tiene.

Y luego se marchó a donde quiera que iba antes de pelearse con Violet y encontrarse a su hermana pequeña en brazos del puñetero sobrino de Kerr.

¿Algo podía salir mal allí?

TODO.

Capítulo 9

—Gracias por sus atenciones, lord Kerr, es usted un anfitrión muy gentil y considerado.

Estaban paseando por el espectacular jardín trasero de la enorme mansión, iba tomada del brazo del hombre, intentando actuar como si ese fuera su mundo, como si estuviera acostumbrada a las cortesías que recibiría cualquier dama.

«Lo cierto es que se me da bien, podría acostumbrarme a esta vida con facilidad».

«¿Y quién no?», pensó.

Sí, y también podría acostumbrarse al trato con el marqués, el caballero le agradaba. ¿Cómo era posible que se dijeran tantas atrocidades sobre él y que fuera tan amable con ella?

—A decir verdad, soy yo quien le está agradecido, señorita Brookes —le colocó la mano sobre la suya—, créame, su presencia aquí lo hace todo mucho más… interesante.

El hombre se mostraba solícito con ella, y eso la desconcertaba.

¿Sospecharía algo?

¿De su jefe, quizás?

—No sé cómo podría ocurrir tal cosa, soy una simple mujer sin nada especial, cualquier dama de las que asistirán al baile de esta noche resultarán mucho más interesantes que la prima lejana de sir Melbourne.

El hombre esbozó un amago de sonrisa que le daba un toque atractivo a su avezado rostro.

—No se infravalore, querida —le acarició la mano con galantería y demasiada confianza—. No todos los días se tiene a la bastarda de un marqués entre los invitados, además de a una que se ha granjeado el favor de alguien tan influyente como su… —la miró con intención— primo.

—Es usted una persona muy sagaz, sin duda.

Lothian conocía los rumores de que eran amantes, de ahí su invitación.

Y Violet tenía que fingir que no sabía que el hombre lo sabía, a pesar de que su plan era que lo supiese. Muy enrevesado, sí, pero así se desarrollaban casi todas las tramas de su jefe.

—Intento serlo —la miró—, sobre todo cuando alguien me resulta fascinante.

Violet evitó devolverle la mirada, así que fijó la vista en la distancia. No quería tener que mentirle al hombre tan abiertamente.

—Está siendo usted galante —volteó la cara hacia él con una pícara sonrisa—, pero, por ahora —tenía que cambiar de tema con rapidez—, dígame si hay alguna temática para la fiesta de disfraces de esta noche.

Lothian aceptó de buen grado su intento de evitar su coqueteo. La señorita Vivian Brookes se le hacía por momentos más atractiva, aunque no había despertado en él deseos de ninguna clase, lo intrigaba. Curioso, pensó. Hacía demasiado tiempo que el sexo opuesto no le resultaba embriagador, pero aquella mujer tenía algo que lo empujaba a conocerla, a saber sobre su pasado.

Desde luego sus facciones lo tenían intrigado, necesitaba conocer su procedencia, realmente le urgía.

—Por el momento no le diré nada ya que espero sorprenderla —le confió—; recibirá instrucciones sobre la indumentaria que deberá llevar y las normas que rigen la velada, a su debido tiempo. Eso sí, le estaría eternamente agradecido si acepta el obsequio así como someterse a las reglas del juego.

Violet se detuvo en seco.

¿Reglas?

¿Juego?

Conociendo la famosa reputación del hombre no sabía si estaba jugándose demasiado en aquella misión.

—No me dirá que ha organizado una fiesta poco convencional.

Estaba aterrada solo de pensar dónde se iba a meter.

Lothian le sonrió con misterio.

—Si buscamos una definición concreta para dicha palabra… Más o menos, querida, más o menos.

El hombre percibió la incomodidad mal disimulada de la joven, lo que solo consiguió divertirlo.

¿Sería Melbourne un amante celoso? Estaba deseando descubrirlo para poder jugar mejor.

—Está siendo misterioso, señor.

—Desde luego que si hay algún misterio aquí no es por cuenta mía, querida, aunque sé ser paciente —la miró con curiosidad—. Debe saber que lo descubriré de una u otra forma, y, entonces, podremos ser sinceros el uno con el otro. ¿No le parece?

Pues la verdad era que no le parecía, pero para qué sacar al noble de su error.

—Desde luego.

¿Qué más podía decir?

—Ahora, si me disculpa, la acompañaré para que se reúna con las otras damas mientras termino de supervisar algunos detalles de nuestro baile.

Y así lo hizo.

Pero Violet, lejos de quedarse en la citada estancia, se disculpó con las mujeres allí presentes y salió en busca de su hermana. Tenían que trazar un plan para conseguir las dichosas cartas cuanto antes.

Observaba el vestido, si podía llamarse así, con desagrado e indignación. No podía pretender que fuera así vestida al baile. De ninguna manera.

—Esto es totalmente indecente —murmuró.

—Pues las instrucciones están claras.

Miró a su hermana con cara de querer estrangularla.

—Sé que lo están, pero no por eso debo estar saltando de alegría —lo tomó con poca delicadeza—. ¿Me vas a decir que esto es normal?

Frances se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta en casa de quien estamos, lo que se dice de sus celebraciones privadas, y de que estás aquí, como casi todas las demás, en calidad de amante de alguien —la miró haciendo muecas —, no entiendo de qué te sorprendes. ¿Acaso pensabas que venías a dar largos paseos acompañada por algún caballero que te recitaría poesía e intentaría robarte un beso a la luz de luna?

Violet le lanzó la prenda sin muchos miramientos y la otra la cogió al vuelo.

—Tenemos que encontrar esos dichosos papeles, cuanto antes lo hagamos, antes acabará todo esto. ¿Has podido descubrir algo?

Su hermana se sentó en la enorme cama con muy poca dignidad.

—He estado hablando con un par de criadas y un lacayo. Al parecer el marqués tiene una especie de caja de acero en su vestidor cerrada con una llave que siempre lleva consigo.

Violet la miró sorprendida.

—Veo que has descubierto más cosas que yo —se sentó junto a ella, apesadumbrada—. Lord Kerr parece tener cierto interés en mí y no me ha dejado mucho espacio desde que hemos llegado, y teniendo en cuenta que nos marcharemos pasado mañana…

—Puedes aprovechar para quitarle la llave esta noche, durante el baile, seguro que la lleva consigo.

Violet se quedó callada durante unos minutos.

Desde que se despidiera esa tarde de forma brusca de Melbourne no había vuelto a verle, pero le había enviado una nota donde le daba instrucciones para que estuviera lista a las siete, momento en el que pasaría a recogerla para ir juntos a la sala de baile, donde se daría la cena, que sería de pie. Así que no sabía si él había descubierto más de lo que había conseguido su hermana.

—Sí —dijo más para sí misma que para la otra.

—¿Y cómo lo vas a hacer, porque no creo que tu jefe esté haciendo mucho por la misión? —se quejó.

—Lo haremos nosotras.

A Frances se le iluminaron los ojos al verse incluida, sin que tuviera que insistir, en los planes de su hermana para lograr encontrar esos documentos.

—¡Estoy a sus órdenes, mi capitana! —exclamó poniéndose de pie al instante—, solo ordene que yo obedezco.

La observó un segundo y no pudo evitar sonreír y sentirse orgullosa de ella.

—Tendrás que aparecer por el baile tú también, por suerte hay que llevar máscaras —Frances iba a decir algo pero Violet la cortó—. En cuanto empiece la fiesta te vas a la habitación del marqués e intentas encontrar la llave, si no la encuentras tendrás que aparecer en el salón y hacerme alguna indicación. Tal vez la lleve encima y entonces yo me acercaré a él para apoderarme de ella. Luego te la daré para que vayas de nuevo a sus aposentos y abras la caja. Los documentos tienen que estar ahí.

—Todo suena muy bien, pero supongo que tendrá más papeles aparte de los que buscamos, ¿cómo los identifico?

«Buena pregunta», pensó Violet.

—Son unas cartas antiguas —le indicó—, tendrás que usar tu intuición.

Si Frances no estaba muy de acuerdo con el plan, mantuvo la boca cerrada por esta vez. Lo único que quería era marcharse de allí cuanto antes, le preocupaba tener que volver a encontrarse con el conde.

—Pues es hora de que te preparemos para la gran noche, yo me haré con uno de los uniformes de las criadas que atenderán a los invitados.

—¿En serio? Pues no quiero ni pensar en qué consistirá su atuendo viendo el mío.

—Mejor que no —murmuró la otra con una sonrisa.

Estaban tocando a la puerta que conectaba su dormitorio con el de su jefe.

Suspiró para tranquilizarse.

Tenía que ser él.

«Ya es la hora».

Tragando saliva se colocó bien la máscara.

Solo esperaba estar preparada para enfrentarlo en esas extrañas circunstancias. Ni en sus mejores sueños hubiera podido imaginar verse en aquella situación junto a él. Tan…, tan…, bufó, no sabía ni cómo calificarla.

«No mientas, claro que lo sabes».

Sí, pero no quería tener que reconocerlo ante nadie, llevaba demasiados años con ese sentimiento escondido en lo más profundo de su ser. No iba a descubrirse ahora sabiendo que no la llevaría a ninguna parte.

Inspiró para calmarse.

Ese no era el momento para tontos sentimentalismos, tenía que terminar de una vez con aquello y poner distancia. Así que desechó cualquier pensamiento sobre él, sobre ellos, y abrió.

Y enmudeció. ¿Melbourne?

¡Ay!: una vez.

Aquello no iba a salir bien.

—Señor… Melbourne —no podía articular palabra debido a la impresión. ¿Qué llevaba puesto?

Él le echó un rápido vistazo y frunció el ceño.

—Tutéame.

—Pero…

—Tutéame por el amor de Dios —murmuró entre dientes.

¡Ay!: dos veces.

Intentó serenarse ante la imagen que se presentaba a sus ojos. Y pensar que se sintió totalmente expuesta con el atuendo que llevaba, de haber sabido como iría el hombre no se hubiera atrevido siquiera a acudir a la fiesta. No, no podía salir bien.

—Vamos, no es tan difícil —le ordenó.

Violet asintió.

—Howard —accedió por fin.

Él le lanzó una sonrisa siniestra.

—¿Ves como no era tan complicado? Bien —la observó sin demostrar el mínimo interés—, veo que también has recibido las instrucciones de Lothian junto con el atuendo para la velada.

Asintió evitando mirar el pecho desnudo del hombre. Bueno, la parte que quedaba a la vista. ¿Cómo era posible que él ni estuviera afectado por su vestimenta cuando ella apenas podía respirar mientras lo observaba?

«Porque eres tú la que tienes interés en él».

—Es la hora —se limitó a decir.

Howard entró en el dormitorio de la mujer, colocó la mano en su espalda y la empujó hacia la puerta. Violet dio un pequeño respingo ante su leve contacto aunque intentó mantenerse firme.

«Esto va a ser de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida».

—¿Has conseguido algo?

—¿Qué? —preguntó aturdida aún por la situación, mientras bajaban las enormes escaleras de mármol que conducían al salón.

Él la miró, pero enseguida tornó la vista al frente.

—Yo no he podido descubrir mucho, únicamente que tiene una caja en su dormitorio donde guarda documentos importantes. Ese maldito de Lothian me ha tenido entretenido toda la tarde para que no pudiera ir por ahí husmeando mientras él se divertía contigo.

¿Percibía cierta censura en su tono?

No, no podía ser. Ella estaba allí para eso precisamente: entretener al marqués.

Violet se humedeció los labios antes de darle la información que su hermana había conseguido.

—Frances ha descubierto que dicha caja de seguridad se encuentra en su vestidor y que la llave que la abre la lleva siempre consigo. Hemos ideado un plan para hacernos con ella esta noche, mi hermana se encargará de buscar los documentos.

Melbourne se detuvo un momento para volverse a mirarla, entre sorprendido y admirado.

—Sabía que eras la idónea para este plan, y tu hermana ha resultado ser toda una espía, aunque no por ello deja de ser una delincuente.

—Olvídese de ella, por favor.

Él volvió a apretar los labios.

—Olvídate.

—¿Có-mo? —susurró.

—Que me tutees, mujer, no pienso volver a repetirlo —la amenazó —. Cada vez que te dirijas a mí de usted te besaré y lo haré sin importarme el lugar ni la audiencia. Así aprenderás a obedecerme.

Antes de que Violet pudiera replicarle, el hombre ya se había alejado de ella y caminaba por el salón en busca de lord Kerr, saludando a las personas que se iba cruzando a su paso, las cuales llevaban atuendos parecidos a los suyos.

Parpadeó sin comprender.

¿A qué había venido ese estallido de mal genio?

Lo observó alejarse y por fin pudo sentir que el aire volvía a llenar sus pulmones por completo. No se atrevería a hacerlo, no era más que una amenaza, intentó convencerse. Llevaba puesto un antifaz de color negro, como el de todos los asistentes, a excepción del anfitrión que lo llevaría blanco, y al igual que los demás, su vestimenta la componía una especie de bata. Bueno, parecía más un *khalat*, una especie de traje suelto de manga larga, de seda negra con hilos dorados, muy común en la India, con la excepcionalidad de que estaba abierto hasta la cintura y cerrado por un fajín del mismo color. Se preguntó si al igual que a ella le habrían recomendado no llevar nada debajo del disfraz. Le llegaba hasta las espinillas y debajo solo se podían apreciar sus botas.

¡Ay! Tres veces.

En el momento en que lo vio no se había atrevido a mirarlo más abajo de su pecho para ver su indumentaria al completo, se hubiera muerto de la vergüenza si este la hubiera descubierto observándolo. Sin embargo, la curiosidad era mucho más fuerte que cualquier sentimiento de pudor, y en ese instante lo estaba estudiando a placer. Destacaba su porte regio, su forma de moverse por la estancia, cual depredador, consciente de todos y de todo a su alrededor. Su apostura y su desapego natural por el mundo que lo rodeaba.

No podía dejar que la afectara.

No, no podía.

Mientras ella se entretenía observando al hombre, este pareció darse cuenta de su escrutinio porque giró el rostro en su dirección y

le hizo una leve inclinación con la cabeza, aunque no le sonrió. Simplemente la miró, y lo hizo durante un tiempo que a ella le pareció eterno, para luego volver a enfrascarse en la conversación que estaba manteniendo con el otro hombre.

Violet se sonrojó.

«Me ha descubierto».

Lo había hecho, sí, pero qué mujer no gozaría contemplando aquel ejemplar masculino cuya indiferencia no lo hacía sino más atractivo. Desde luego, ella, quien desde hacía mucho anhelaba en secreto ser el objeto de sus atenciones, no era una de las que obviarían disfrutarlo desde la distancia, con discreción y pasando desapercibida; como siempre había hecho.

Se sentía acalorada.

Sí, eso era, muy acalorada.

En realidad su agitación comenzó en el momento en que Melbourne acudió a su encuentro para escoltarla a aquel enorme salón y lo vio. Y, desde ese instante, su ardor no hizo más que ir en aumento debido a su comportamiento, pero ¿acaso no actuaba él siguiendo el papel que se había asignado? Ella no podía confundir lo que era fingido con lo que realmente deseaba su corazón. No, no podía hacerlo, pero desde luego hubiera estado dispuesta a oponerse a sus dictámenes con tal de comprobar si hubiera sido capaz de cumplir con su amenaza de besarla.

Miró su atuendo, parecido al de él pero adaptado al cuerpo femenino, y cuadró los hombros aventurándose a pasear por aquel salón.

Aquello tenía que terminar cuanto antes porque no estaba segura de poder continuar con aquella farsa, actuando como si su jefe le fuese totalmente indiferente, porque no lo era. Esa noche podría poner fin a su última aventura si Frances tenía suerte, así que esperaría a que su hermana apareciera antes de ir al encuentro del marqués.

Tragó saliva y tomó una copa de champán ante la mirada risueña de su anfitrión, que la saludó desde la distancia con una leve inclinación, mientras volvía a dirigir su mirada hacia otro de los asistentes al evento.

La velada iba a ser muy larga.

Capítulo 10

Frances se dirigió sigilosa por el pasillo que conducía a la habitación del marqués, tenía que darse prisa en localizar aquella llave. Entró y cerró la puerta con cuidado, afortunadamente el ayuda de cámara del noble estaba en las cocinas. Lo había dejado tomando una jarra de cerveza con uno de los lacayos y, a ambos, les había echado un poco de láudano en la bebida con el fin de adormecerlos durante un rato. Solo necesitaba tenerlos fuera de acción el tiempo suficiente para conseguir su objetivo sin que la molestasen. No tenía por qué resultar sospechoso, después de todo las criadas entraban y salían constantemente de las habitaciones de los señores para realizar las tareas domésticas.

Entrecerró los ojos, pensativa, paseando su mirada por la estancia, ¿dónde podría haberla guardado el marqués?

Sin detenerse mucho rebuscó con cuidado entre los cajones de la mesita de noche.

Ahí no estaba.

Luego se dirigió a un pequeño escritorio que había debajo del ventanal e hizo lo mismo, pero tampoco tuvo éxito.

Resopló frustrada intentando ponerse en el lugar del noble.

«Si fuera mía, ¿dónde la habría escondido para que nadie pudiera encontrarla?».

Tenía que darse prisa.

«Piensa, piensa».

Se miró y de repente se dio cuenta de que había sido una estúpida. Si ella tuviera que esconder la llave de algo tan importante

no la perdería de vista ni un segundo.

Lo lógico es que la llevara siempre consigo.

«Bien», pensó, «pero si no pudiera hacerlo, ¿dónde guardarla?».

No podía dejar pasar ninguna posibilidad y estaba segura de que lord Kerr ocultaba demasiados secretos, así que no podía llevarlos todos encima. Tornó la vista nuevamente hacia la enorme cama cubierta por ricos ropajes.

Y tuvo un presentimiento.

Agachándose con agilidad se introdujo debajo del enorme tálamo. Por suerte era de complexión pequeña y la ropa que había robado a una de las criadas que servirían en el evento le resultaba muy cómoda. Colocándose de cara, comenzó a palpar el colchón por la parte del cabecero segura de que allí encontraría algo, no sabía el motivo, pero lo sabía, después de todo, ¿quién no escondería algo debajo del cabecero de su cama?

«La gente como yo lo hace».

Palpó y palpó hasta que estuvo a punto de lanzar un grito de triunfo cuando se topó con un abultado sobre.

—¡Lo sabía! —exclamó eufórica.

Sonrió, pensando que, después de todo, no había sido tan difícil dar con lo que buscaba, el marqués había resultado ser muy predecible. Saliendo de debajo de la enorme cama con su pequeño botín bien sujeto entre los dedos, se dispuso a revelar su contenido.

No se detuvo demasiado a valorar si debía hacerlo o no, simplemente lo hizo.

Estaba convencida de que su hermana estaría de acuerdo con ella en que toda la información que pudieran obtener sería de vital importancia para ellas, para su camino hacia la libertad. Así que no tuvo ningún reparo en manosear el sobre en busca de la llave antes de abrirlo.

Sin embargo, no estaba allí.

Miró desolada el sobre pensando que habría sido demasiado fácil, después de todo lord Kerr no era tan estúpido. Soltó un gruñido al percatarse de que allí no había ninguna llave ni nada que se le pareciera, mientras se sentaba sin recato en el mullido colchón. Miró el sobre de nuevo, y con un encogimiento de hombros decidió volcar

su contenido con la esperanza, aunque nimia, de que tal vez fuesen las cartas que andaban buscando.

Gimió.

No lo eran.

Allí solo había viejas fotografías.

¿Era demasiado pedir que en su primera incursión dieran con su objetivo?

Sí, lo era.

Decidió volver a meterlas en el sobre y dejarlas en su lugar antes de que alguien la descubriera, luego podría seguir registrándolo todo. Casi acababa de terminar de introducir las viejas imágenes en el sobre cuando una de ellas llamó su atención. Se la acercó para estudiarla con más detenimiento, presa de la incredulidad, por lo que tuvo que parpadear varias veces antes de aceptar haber reconocido a la persona de la miniatura.

¿Qué hacía el marqués con aquella fotografía escondida debajo del cabecero de su cama?

¿Qué significaba aquello?

La mujer de la fotografía era…

No, negó, no podía ser.

Imposible.

La miró una vez más, acercándose a la exigua luz que alumbraba la habitación.

—Mamá —susurró casi sin aliento.

De repente, unos pasos acercándose la sobresaltaron, por lo que corrió a meterse debajo de la cama nuevamente para guardar el sobre donde lo había encontrado, aunque guardándose la fotografía entre las ropas.

Después de todo, no estaba robando, aquella imagen era de su madre.

Consciente de que aquellos pasos estaban muy cerca decidió permanecer en su escondite y esperar hasta que, quienquiera que fuese la persona que había distraído su camino de la fiesta que se celebraba en la planta inferior, se marchara.

Al cabo de un buen rato, cuando estuvo segura de que la persona que anduvo cerca ya se había dirigido hacia otro lugar, decidió salir

de allí cuanto antes. No podía permanecer escondida toda la noche teniendo una misión que cumplir.

Más tarde hablaría con Violet de su inesperado descubrimiento, tal vez ella supiera algo del pasado de su madre que explicara su conexión con aquel noble, pero, por el momento, no podía pararse a pensar ni a sacar conjeturas. Lo primero era encontrar la dichosa llave, o mejor, esos malditos documentos.

Se incorporó con muy poca elegancia y observó de nuevo aquella estancia, no había nada que le indicara un lugar donde el hombre pudiera haberla escondido.

Miró la enorme pintura del marqués que coronaba la enorme cama.

«Menudo engreído narcisista que tiene su propio retrato donde duerme».

Observando el cuadro se rascó la cabeza, pensativa.

Extraño.

Y si…

Entrecerró los ojos ante la idea que acababa de ocurrírsele.

¿Y si al igual que guardaba aquellas fotografías antiguas debajo del colchón guardase otra cosa más importante detrás de la pintura?

Decidió que no perdía nada con probar, además aún era temprano, la fiesta apenas estaba comenzando.

—Tengo tiempo —se animó.

Sin pensarlo se subió a la cama y empezó a tantear el marco por los bordes totalmente concentrada en su búsqueda.

No encontró nada.

Se estaba impacientando por momentos, así que lo separó un poco de la pared por si pudiera haber algo pegado a este en el interior, aunque sin mucha confianza en su empresa, hasta que se topó con algo.

No quiso ilusionarse nuevamente así que tocó con cuidado aquello con lo que se encontró hasta que estuvo segura de que eran documentos.

Ahí había un manojo de cartas antiguas.

—Por favor, por favor, por favor, que sea lo que buscamos.

No era una llave, pero podrían ser las cartas que Melbourne necesitaba.

Las tomó eufórica, había al menos cinco y todas estaban dirigidas al marqués, y eran de…

—¡Oh, no!

Pensó que desde luego aquello si era algo de lo que Melbourne querría apoderarse.

En realidad, este y cualquier otra persona con la audacia suficiente para utilizar la información que estas contenían y que ella, en una reacción totalmente contraria a su naturaleza, decidió que prefería no conocer.

No se atrevió a leer el contenido, aquello tenía que ser algo muy serio teniendo en cuenta quien era el remitente. Sin embargo, pensó nerviosa, no podía llevarse aquellos documentos y no dejar nada en su lugar por si al marqués se le ocurría mirar.

—Piensa, Frances.

De nuevo pasos, y risas, y esta vez estaban más cerca.

Posiblemente alguna de las parejas invitadas ese fin de semana allí había decidido terminar la diversión en otra parte.

No tenía tiempo que perder.

Tenía que salir de allí cuanto antes e ir en busca de Violet, debía avisarla de que tenía lo que buscaban, y tenía que hacerlo sin que nadie se percatase, ni siquiera Melbourne. Él quería esas cartas y ellas las tenían en su poder, podrían entablar una nueva negociación. Serían ellas quienes fijaran los términos de su acuerdo.

«Eso es, esta vez no nos manipulará tan fácilmente».

Asintió segura de que tenían una mano ganadora.

Salió del dormitorio con el mismo sigilo con el que había entrado, no sin antes haberse asegurado de que tanto la cama como el cuadro parecieran intactos; se arregló un poco la ropa y bajó las escaleras en dirección al salón donde se celebraba la fiesta. Tomaría el camino de la enorme galería y esperaría agazapada en una esquina hasta introducirse en el baile y poder acercarse a Violet.

Estaba eufórica.

Su hermana no se creería su buena suerte.

Ronan cogió su libro y salió de la biblioteca pensativo. No dejaba de darle vueltas al extraño parecido de la amante de Melbourne con su abuela y su propia madre. Incluso podría decirse que se parecía a su tío por muy increíble que le resultara. Por supuesto, este también debió haberlo notado, después de todo ese tipo de ojos era un rasgo característico de su familia y el parecido de la señorita Brookes con los miembros femeninos de su casa era, cuando menos, curioso.

¿Sería esa la razón por la que Lothian había invitado a la pareja a pasar el fin de semana en la mansión campestre de su familia?

¿Acaso estaba interesado en la mujer?

¿O tal vez solo había despertado su curiosidad el exagerado parecido?

Hizo una mueca, pensando que su tío debía de tener algún propósito en mente. Lothian no parecía tener en gran estima al funcionario, y dudaba que, de buenas a primeras, hubiera empezado a mostrar simpatía por él. Siempre había estado convencido de que Melbourne no era de su agrado, por lo que el interés de su tío debía de estar dirigido hacia la señorita Brookes.

Sí, esa teoría le resultaba mucho más creíble.

Tomó el camino de la enorme galería donde estaban colgados los retratos de todos los miembros ilustres de la familia, incluido él mismo. Aunque, siendo sincero, no había mucho de ilustre en su existencia de no ser porque había heredado el título de su padre y era el heredero del marquesado.

Había decidido no acudir a la bacanal orquestada por su tío puesto que, a diferencia del marqués, a Ronan no le atraían aquellas fiestas totalmente desenfrenadas, ni las actividades oscuras y al margen de la ley de este. Y no era porque fuera un santurrón, ni mucho menos, sino simplemente porque prefería vivir dentro de unas mínimas normas de decoro de las que Lothian prescindía por completo en sus selectas y privadas festividades. Por lo que había acudido a la biblioteca en busca de alguna lectura interesante antes de dirigirse a su habitación mientras se desarrollaba el festín.

Adoraba a su tío, eso era incuestionable, lo respetaba, pero no por ello estaba de acuerdo con sus actividades ni con la forma en que

había logrado que su apellido siempre llevase aparejado escándalo tras escándalo. Le disgustaba que el ancestral título familiar estuviera continuamente conectado a ciertas actividades nada honorables, no en vano el marqués era considerado alguien muy peligroso y despiadado. Ronan estaba convencido que de no ser por la estrecha relación que lo unía al monarca, desde hacía tiempo le habrían negado el acceso a determinados círculos.

Pero, sorprendentemente, no había sido así.

Abrió una de las puertas ocultas de la enorme galería que lo conduciría a la planta superior sin tener que dejarse ver. De esta forma, no se vería obligado a tener que dar explicaciones sobre su malestar por aquellas reuniones en la casa de su familia. Sin embargo, cuando se dispuso a traspasarla, alguien llamó su atención.

Entrecerró los ojos intentando discernir de quién se trataba puesto que, a pesar de que la mujer, porque era evidente que se trataba de una fémina, iba vestida como las criadas contratadas expresamente para la velada, no era una de ellas. La joven no era una de las experimentadas meseras de la casa de madame Belle, escogidas específicamente por su tío para servir en su impúdica velada.

Sí, estaba seguro de ello, sobre todo cuando la observó un poco más y la pudo reconocer.

No podía ser.

¿De verdad esa muchacha estaba participando en la fiesta?

La noche empezaba a ponerse interesante.

Ya no le parecía tan aburrida la velada como pensó en un principio.

Una sonrisa se dibujó en su atractivo rostro y su premura por regresar a sus aposentos pasó a un segundo nivel. Esto sí que era una sorpresa, así que aquella desvergonzada muchacha actuaría esa noche.

Fantástico.

Se humedeció los labios.

Nunca lo hubiera imaginado, pero dio gracias de que fuera así. Salió a su encuentro preso de la anticipación, eufórico, porque finalmente su noche no se presentaba tan anodina como pensó en

un primer momento, puesto que él no pensaba rehusar pasarla en tan seductora compañía. Sobre todo ahora que sabía que ella participaba en aquellos juegos de forma voluntaria.

Ni que lo apuntaran con un arma pensaba regresar solo a su dormitorio.

Ya empezaba a entender por qué ese Melbourne quiso apartarlo de ella, por lo visto la reservaba para otros menesteres.

—¿Te has perdido?

Se interpuso en su camino obligándola a retroceder hasta una de las paredes del largo y estrecho corredor, apoyando una mano sobre su cabeza.

Frances se sobresaltó al verse abordada de forma tan repentina.

¡Oh, no, la habían descubierto!

Comenzó a hiperventilar presa del miedo hasta que reconoció el rostro de su captor.

—No —susurró.

—¿No, qué, querida?

Ronan recorrió su cuerpo con la mirada carente de el más mínimo pudor, asimilando cada detalle de la figura enfundada en aquel traje, si podía llamarse así, masculino y femenino a la vez.

Todo un desafío a la decencia y una clara invitación a juegos más placenteros.

La joven llevaba puesta la misma ropa que las chicas de Belle, por lo que debió haber aceptado trabajar como una de ellas por esa noche.

¿O quizás lo había hecho en más ocasiones?

La observó con anhelo.

No le importaba.

Llevaba puesto un pantalón estrecho de color negro, tan ceñido como lo llevaban los caballeros, combinado con una levita del mismo color pero sin camisa debajo que lo identificara como apropiado. Eso sí, un corpiño de color blanco evitaba que el torso de ella quedara totalmente a la vista, aunque regalaba a quien quisiera mirar abundante piel nacarada y sedosa. El pelo castaño oscuro lo llevaba sujeto en lo alto de la cabeza, sin nada más. Bueno, sí, el típico pañuelo del atuendo masculino lo llevaba anudado al cuello.

Impresionante.

Deliciosa.

Provocadora.

¿Aceptaría aquella deslenguada sus avances de buen grado a cambio de un precio justo o tenía planes para esa noche?

¿Acaso Melbourne había comprometido sus favores en su nombre?

De ser así, tendría que negociar con el funcionario.

Desde luego que una transacción así lo atraía enormemente.

Lo enardecía.

La estudió, pensando que aunque había dado su palabra de no seducir a una inocente, por lo visto esta no lo parecía, por lo que nadie podría acusarle de faltar a la misma o de no hacer honor a lo prometido.

—No me he perdido —respondió con más seguridad aunque intimidada por la cercanía de aquel hombre que conseguía hacerle exhalar el aliento.

Ronan desvió la mirada en dirección al lugar que la llevaría a la sala donde se celebraba la fiesta para luego volver a clavar sus ojos en los de ella.

—¿No? —alzó una oscura ceja aquella endiablada sonrisa.

—No.

—Pues es un placer saberlo, no te imaginas cuánto —se excitaba solo con pensar en tenerla bajo su cuerpo en breve.

Ella no era ninguna cínica, así que no fingiría que no había captado el mensaje seductor del hombre.

—Iba en busca de la señorita Brookes —se apresuró a explicarse —, me había encomendado un recado.

Sentía que le faltaba el aliento, el conde se acercaba cada vez más y el espacio entre ellos parecía que iba desapareciendo por momentos, al igual que su serenidad, que en aquellos instantes se le hacía tan desconocida.

—Creo que nuestra estimada dama podrá esperar —le susurró acercando su boca peligrosamente a la de ella—, entretanto —apoyó su cuerpo contra el suyo sin presionar demasiado, consiguiendo con ello que ella contuviera el aliento—, tú y yo podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos.

El conde le pasó la punta de la lengua por el mentón.

Frances temblaba, pero no era de miedo, estaba segura de que aquello no era miedo, era una sensación diferente, como de anhelo, anticipación.

—Un acuerdo —repitió sin saber qué decir mientras Ronan quitaba la mano de la pared para colocarla en su cintura, agarrándola del talle.

—Uno muy provechoso.

Él siguió escalando hasta meterla dentro de su chaqueta y dejarla descansar sobre su pecho provocándole una descarga en el lugar exacto de piel que él estaba acariciando como al descuido, mientras clavaba su fogosa mirada en la de ella.

—Provechoso para usted, supongo.

Frances mantenía las manos detrás de la espalda, sujetando con fuerza los documentos robados, los cuales había escondido tras de sí en cuanto lo vio. Temiendo deshacerse en cualquier momento y dejarlos caer para asirse al hombre que la estaba subyugando, por lo que no se atrevió a empujarlo y dejar a la vista su botín, exponiéndose ante él.

—No solo para mí, pequeña descarada —le lamió con suavidad el lóbulo de la oreja—, prometo ser un amante considerado, un buen cliente. No permitiría que no disfrutaras de nuestro momento juntos.

Se apartó un poco de ella e intentó cogerle la mano que Frances mantenía tercamente tras su espalda.

—Sir Melbourne lo advirtió de que me dejara en paz —dijo recuperando un poco el control—, lo sé muy bien.

Ronan la miró entrecerrando los ojos.

—También me advirtió sobre ti, al parecer eres muy peligrosa. Melbourne pensó que a quien debía proteger no eras precisamente tú —al decir esto vio la indignación en los ojos de la mujer y esbozó una malvada sonrisa.

—Él es un… —se calló de golpe cuando se dio cuenta de que su papel no le permitía dirigirse al jefe de su hermana en los términos que se tenía merecido, pero le hubiera gustado gritarle que Melbourne era un imbécil.

Ronan soltó una carcajada al ver como contuvo la lengua.

—Eres toda una tentación —se lamió el labio superior, consiguiendo que ella mirase aquel gesto subyugada, preguntándose por qué le resultaba a él tan fácil someterla—, pero por supuesto que lo sabes.

Ronan se extrañó por el comportamiento de la chica, parecía incómoda con sus atenciones, incómoda y ansiosa, toda una contradicción, sin embargo no se apartó. Tampoco lo alentó, solo mantenía firmemente las manos en su espalda, y, entonces, un presentimiento se apoderó de él.

Y se enfureció.

Solo esperaba que no hubiera sido capaz de hacer lo que estaba pensando en su casa.

—¿Qué escondes ahí detrás? —le preguntó en un tono duro.

Ella se envaró ante la rudeza de este, recuperando un poco los sentidos que el hombre con su seducción había conseguido adormecer.

—Nada de su incumbencia, son asuntos de la señorita Brookes —se apresuró a explicar.

—¿En serio? —no la creía—. ¿No habrás robado algo? No me gustan las ladronas.

Ella abrió los ojos por la sorpresa, ¿cómo lo ha sabido?

Negó mentalmente.

Imposible.

—No me insulte.

—¿Acaso lo he hecho? —ironizó.

Ella alzo la barbilla, orgullosa.

—Lo ha hecho, y no tiene derecho a hacerlo lord… lord Crápula.

Ronan la miró sorprendido por tal descaro, sin saber si reír o darle una lección que le recordase su lugar en su sociedad, era demasiado orgullosa para ser una criada.

—¿Cómo me has llamado? —le preguntó en un susurro a la vez que la mano con la que la estaba tocando se aferró con fuerza a ella consiguiendo que la joven gimiera—. ¿En serio osas insultarme teniendo en cuenta —desvió la vista hacia su escote y luego volvió a mirarla a los ojos, alzando una ceja—, esto?

Frances no se arredró.

—Ya me ha oído —tenía que intentar desviar la atención de este de lo que ocultaba, y qué mejor que hacerlo enojar—. ¡Así que apártese de mi camino! Lo que tengo que hacer no es de su incumbencia, son asuntos personales de mi señora.

Ronan la aprisionó de nuevo con su cuerpo pero esta vez dejó caer su libro para poder tener ambas manos libres intentando apoderarse de aquello que le ocultaba.

—Ven aquí, pequeño demonio, estoy deseando descubrir los juegos que te traes entre manos.

—Déjeme en paz, malnacido —forcejeó—. Hijo de escorpión, canalla estúpido, crápula, indecente…

Frances luchaba con todas sus fuerzas, luchaba todo lo que podía, no obstante el hombre era mucho más corpulento y fuerte, por lo que decidió que sería mejor utilizar su inteligencia. Por la fuerza no iba a conseguir ganarle la partida. Fingió que se desvanecía y cuando él reaccionó como lo haría un caballero, aunque no daba muestras de serlo en lo concerniente a su comportamiento con ella, le propinó una enorme patada que lo tomó por sorpresa.

Y echó a correr.

El conde soltó una maldición.

La vio huir, incrédulo, mientras se tocaba la dolorida espinilla. ¿En serio acababa de golpearlo aquella diminuta muchacha una segunda vez? Negó con la cabeza preso del asombro, y luego soltó una sonora carcajada que resonó por toda la galería.

Increíble.

Capítulo 11

Violet se encontraba de pie en mitad del salón con su copa de champán en la mano, sin saber hacia dónde ir; fingiendo que bebía de ella cuando en realidad buscaba entre aquellas personas, inclinadas a romper las reglas del decoro y la decencia, a su objetivo. Su escaso atuendo, similar al de Melbourne, y al del resto de los asistentes, la hacía sentirse totalmente expuesta.

¿Alguna vez se había encontrado en una situación como aquella?

No, nunca.

Sus papeles se habían limitado a actuar desde la oscuridad, en un segundo plano. Su código de conducta siempre había sido el de no llamar la atención mientras obtenía lo que necesitaba para alcanzar su objetivo, pero jamás había sido protagonista, como en esta ocasión. Y no era agradable sentirse exhibida como si estuviera en una exposición para que otros la admirasen, la criticasen o la abordasen; pero, ahí estaba, siendo el centro de todas las miradas, el eje central de aquel plan. Simulando ser la codiciada amante de uno de los hombres más influyentes del país. Despertando la curiosidad de aquellos a los que sorprendió que Melbourne llevara consigo a tantos eventos sociales a su amante. A la que, con total descaro, hacía pasar por una prima lejana y paseaba entre las grandes damas de la nobleza.

Inspiró profundamente.

«Cálmate y cuenta: Uno, dos, tres, cuatro…».

Acomodándose bien su *khalat* recorrió el salón de nuevo con la mirada. Primero localizó a Melbourne y, como solía ocurrirle, su

corazón se aceleró al verlo. Por regla general, había mantenido sus sentimientos bajo control en todos sus encuentros a lo largo de los años pero, últimamente, ese dominio había empezado a resquebrajarse. ¿La causa? No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que era por el repentino interés que este le dispensaba. Que hubiera empezado a fijarse en su persona no era algo fácil de gestionar para una mujer enamorada que había sido ignorada, por años, por el hombre que amaba.

Intentaba disimular la atracción que este le provocaba actuando como si no tuviera ningún efecto sobre ella. Hecho que cada vez le resultaba más difícil, sobre todo desde el instante en que empezó a actuar como si verdaderamente fueran amantes, pero más aún, desde que acudió a su habitación para acompañarla a la fiesta y lo vio con aquella escasa indumentaria. Suspiró al recordar como tuvo que disimular una repentina tos para ahogar el gemido que no pudo reprimir al ser consciente de que iba a tener que usar toda su fuerza de voluntad para que no descubriera cuánto lo deseaba.

Estaba impresionante.

Aquella vestimenta lo hacía parecer más salvaje, acentuando ya de por sí su exagerado atractivo.

Su ropa no hacía sino resaltar su ya imponente masculinidad.

Sin embargo, y para su congoja, a él no pareció afectarle de ninguna manera verla con aquella sensual vestimenta, parecida a la suya, puesto que al verla no hizo el menor comentario ni dio muestras de sentirse sorprendido.

No vio en sus ojos ningún atisbo de aprecio a lo que ella ofrecía a la vista de cualquiera.

Y eso, tuvo que reconocer, le dolió.

Sin embargo, estaba más que habituada a esconder sus sentimientos hacia el hombre, por lo que no le costó conducirse como de costumbre en su presencia: con total indiferencia. Su relación se limitaba a ser profesional, y no debía olvidarlo.

Hizo una mueca fingiendo beber de su copa, cuando advirtió la mirada escrutadora del marqués sobre ella, desde el lugar en el que se encontraba apostado, controlando cómo se iba desarrollando la

velada. Violet fue consciente de la mirada de aprobación del hombre, que la obsequió con una astuta sonrisa.

Sintió un escalofrío, más porque la hubiera descubierto admirando a Melbourne desde la distancia que por otra cosa, así que le animó, con un leve gesto, a que se uniera a ella. A pesar de lo que todos pensaban de ese hombre, y de lo que todos conocían de él, ella no se sentía amenazada en su presencia; incómoda, quizás, pero no amenazada.

Tal vez, se debía al hecho de que en todo momento, su comportamiento hacia ella había sido ejemplar y encantador, incluido el paseo que dieron juntos por los jardines.

Tal vez, se debía a que, a pesar de que la había acosado con preguntas sobre su familia, en todo momento fue gentil.

Tal vez, se debía al hecho de que nunca había despertado el interés de nadie; pero el caso era que no la disgustaba.

Y, tal vez, estaba siendo una ingenua, porque ese noble tenía fama de astuto y solo intentaba congraciarse con ella para utilizarla contra Melbourne.

—Señorita Brookes, estoy impresionado —Lothian la contemplaba maravillado, aunque ella pudo percibir que había algo más en la forma en que la observaba.

Era como si quisiera descubrirla, como si estuviera deseoso de que ella cometiera cualquier desliz que la delatara. No cabía duda de que estaba intrigado con su procedencia. Lo intuyó durante su paseo juntos, donde la sometió a un minucioso interrogatorio sobre su pasado. ¿El motivo? Podría ser cualquier cosa, teniendo en cuenta que lord Kerr estaba considerado un hombre astuto, inteligente y despiadado. Sin embargo, tanto ella como Melbourne, tenían preparadas todas las respuestas ante posibles preguntas sobre su origen, incluidas las más incisivas. Las habían preparado y estudiado de forma minuciosa por si el marqués sospechaba. Pero, entonces, ¿por qué tenía esa sensación de que el hombre pudiera leer más allá de la superficie y descubrir todos sus secretos? Incluido el que albergaba escondido en lo más profundo de su corazón.

«Él no puede saber nada».

—Me halaga.

El hombre estaba junto a ella, observándola, se había acercado como un cazador. La estaba evaluando, midiéndola.

Aunque no percibió nada lascivo en su mirada, era más bien otra cosa, algo que no podía identificar.

—Si en realidad le digo lo que me viene a la mente al verla, podría escandalizarse —le susurró como si tuviera un secreto.

—Después de cómo ha organizado esta reunión —lo miró coqueta, intentando ganarse su confianza—, creo que nada de lo que diga podría sorprenderme.

Era el único que no iba ataviado con aquella extraña vestimenta, el marqués vestía como lo haría cualquier aristócrata en un baile.

Curioso.

—Suena a desafío, y sepa que me encantan, podría tomarme muy a pecho el organizar algo mucho más… llamativo.

Violet pensó que la palabra correcta sería escandaloso.

—Creo que me está asustando —le sonrió mientras lo observaba con disimulo, intentando adivinar si llevaría la llave encima.

No debía olvidar cuál era el objetivo de aquel encuentro.

—Pues déjeme decirle que representa usted, a la perfección, la imagen que todo hombre alberga en su mente sobre la…

—Escoja bien sus palabras, querido amigo —de repente Melbourne apareció, tomándola por sorpresa—: podría darme cuenta de que realmente soy un hombre celoso.

Violet habría podido jurar que segundos antes estaba en el extremo opuesto de la enorme estancia.

¿Cómo se había acercado tan rápido y sin que ella lo hubiera notado?

Howard posó su mano, como al descuido, en la parte baja de su espalda, consiguiendo que contuviera el aliento. Lo cierto era que la desconcertó ese contacto íntimo en presencia del resto de las personas que había en aquella reunión. No estaba habituada a esa familiaridad, a esos acercamientos. Llevaba tanto tiempo anhelando que diera muestras de verla como a una mujer y no como a un simple peón, que no podía acostumbrarse a que realmente estuviera sucediendo.

Le dirigió una sonrisa deslumbrante a su falso amante, fingiendo estar más que acostumbrada a su cercanía. Aunque todo aquello no fuera más que un engaño, iba a disfrutar de cada instante.

¿Por qué no podía hacerlo?

Solo en sus sueños más oscuros y perversos se permitía creer que él la deseaba como ella llevaba años haciéndolo. Que la acariciaba y le dedicaba miradas cargadas de anhelo. Solo en esos momentos se permitía dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Querido primo, lord Kerr solo está siendo amable.

Lothian miró a su jefe con los ojos entrecerrados y una sonrisa siniestra, como sopesando la forma de darle un escarmiento, o al menos eso le pareció.

—¿Realmente?

—¿Piensa usted lo contrario, Melbourne?

—No me reprochará que cuide a mi hermosa acompañante —intentó sonar cordial pero se percibía el sarcasmo.

—Actitud inteligente, al *intentar* protegerla de personas como yo —su sonrisa se volvió más tétrica.

—Caballeros —medió Violet—, creo que deberíamos brindar por esta velada tan agradable —les sonrió a los dos, esperando que aceptaran el puente que acababa de tenderles.

Melbourne la acercó a él mientras le dirigía una sonrisa al marqués, que volvió a entrecerrar los ojos al verlo. Al parecer al hombre le disgustaba verlo tan cercano a ella.

—Es usted muy inteligente, además de bella, querida.

—Es uno de sus muchos atributos.

Sintió los dedos de su jefe apretarse contra ella, consiguiendo que esa conocida sensación la recorriera por todo el cuerpo.

¡Ay, Dios mío! Esta vez no fingió beber, sino que se tomó la copa de un trago, de forma muy poco delicada, consiguiendo que el noble la mirara sonriendo.

¿Qué demonios estaba haciendo Howard?

Se suponía que tenía que ganarse al marqués y surgía como un marido celoso destruyendo todo el terreno que ella se había esforzado en ganar aguantando la presencia del noble. Lord Kerr pareció haberse dado cuenta de lo que, en cierto modo, le ocurría al

otro caballero, por lo que su malvada sonrisa se acentuó, provocando que Melbourne lo mirase con desafío, como retándolo a… a…

¿A qué, por todos los santos?

Si estaban ahí para engatusarlo y robarle.

—No lo pongo en duda —asintió—. Ahora, si no tiene inconveniente, me gustaría que me permitiese acompañar a su *prima* para presentarle a algunos de mis invitados, creo que están deseando conocerla.

Melbourne fue a responderle cuando Violet intervino.

—Eso sería maravilloso —se apresuró a aceptar antes de que el otro terminase de estropear lo conseguido. Vio como apretaba la mandíbula, extraño en un hombre que nunca mostraba sus emociones, pero no le importó.

—Adelante —se limitó a decir con el rostro pétreo.

—No se preocupe, se la devolveré sana y salva.

—Estoy convencida de ello —dijo ella con una sonrisa pero odiando tener que acompañarlo.

El marqués le tendió el brazo para que lo tomara con la intención de conducirla hacia donde se encontraban aquellos desconocidos a los que no tenía ningún interés en ser presentada.

—Señorita —la interrumpieron en el momento en el que fue a coger el brazo del hombre—, ¿puedo hablar con usted un momento?

Se volvió para ver a su hermana, quien llevaba el mismo atuendo que las criadas que servían en la velada, que la miraba con una sonrisa en los ojos. Disimuló su sorpresa al verla, ya que no esperaba que apareciera allí y menos tan pronto, pero estuvo segura de que Frances tenía un buen motivo para llegar al extremo de entrometerse así cuando ya tenía a lord Kerr en sus manos.

Traía noticias, estaba segura, y, por su mirada triunfante, podría confirmar que eran buenas.

Frances mantenía una actitud servil, cumpliendo el papel que tenía asignado, esperando a que ella la acompañara. Violet le dirigió una mirada de disculpa al noble, quien le hizo un gesto de asentimiento y luego se fijó en que Melbourne miraba la escena con socarronería, ufano, inmensamente satisfecho con la interrupción.

Le hubiera dado una colleja.

Estaba convencida de que era la primera vez que lo veía tan contento de ver a Frances. Se mordió la lengua ante el inapropiado comentario que estaba a punto de soltarle, por su poco racional comportamiento.

—Discúlpenme, por favor, enseguida vuelvo.

Se dirigió a la puerta por la que había entrado momentos antes, seguida por su hermana, dejando tras de sí a los dos hombres, quienes no dudaron un segundo en dispersase con alguna excusa poco creíble.

Era demasiado evidente que no se soportaban.

Una vez que estuvieron en el enorme vestíbulo y estuvo segura de que nadie podía oírlas, detuvo el paso girándose hacia Frances.

—¿Has encontrado algo, verdad?

Esta asintió, con una gran sonrisa.

—Lo he hecho, y no vas a creer lo que he encontrado.

—Creería cualquier cosa que nos permita irnos de una vez de aquí, y de Inglaterra.

—Creo que esto puede ser lo que está buscando Melbourne.

Sacó unos documentos del bolsillo oculto en sus ropas y se los mostró. Violet los contempló un momento antes de tomarlos, apenas podía creer en su buena suerte. ¿Sería posible que su hermana hubiera dado con aquello que los había traído allí tan fácilmente?

«Por favor, por favor, por favor».

—¿Los has leído? —preguntó asustada cuando vio quién era el remitente.

—No me ha dado tiempo —murmuró.

Miró a su hermana ocultando una sonrisa.

—¿No? —Violet era incapaz de creer que Frances no hubiera metido las narices en aquella correspondencia.

—Aunque no lo creas, aún me considero una persona con cierto grado de prudencia, y —miró a su hermana muy seria—, no creo que deba conocer los asuntos privados de esa persona. Creo que mi cabeza me lo agradecerá en el futuro.

—Eres demasiado inteligente para lo joven que eres.

—Y astuta —dijo con arrogancia.

—Eso también —asintió contemplando aquellos documentos.

Ella tampoco pensaba descubrir cuál era su contenido, al menos no lo haría si no era absolutamente necesario.

«Y espero que no lo sea».

—Podemos irnos mañana mismo, ya tenemos lo que quiere Melbourne, aunque no creo que debamos darle lo que quiere hasta que estemos en Londres y cumpla por fin su palabra de dejarnos marchar. No tiene escrúpulos a la hora de utilizar a los demás para conseguir sus objetivos.

Violet guardó silencio un momento.

Frances tenía razón, Melbourne era impredecible, y su comportamiento de los últimos días con respecto a ella la tenía desconcertada.

—Creo que tienes razón, por el momento, los guardaré y ya mañana decidiremos.

—Entonces…

—Será mejor que te vayas a dormir, yo inventaré alguna excusa y me retiraré también en una hora, más o menos. Es mejor no levantar sospechas, así que tendré que quedarme en la fiesta un poco más. Se guardó los documentos en el bolsillo oculto de su traje.

—Violet, creo que deberías saber… —le dijo su hermana llamando de nuevo su atención—, esto…, he encontrado algo más.

Violet se dio cuenta de que Frances estaba agitada, podría decir que incluso insegura. La miró, esperando que le dijera qué pudiera haber visto para tenerla en ese estado de agitación.

—Dime.

—Había una fotografía.

—Señorita Brookes —la llamó el marqués—, he salido a su encuentro porque la estaba echando de menos.

Frances no pudo decirle aquello que la preocupaba.

—Me retiraré entonces, señorita.

—Lord Kerr —fingió una sonrisa ignorando a la otra, como cabría esperar de alguien de su supuesta ascendencia—, estaba deseando regresar junto a usted.

Tomando el brazo que le tendía el hombre le lanzó una mirada a Frances que quiso decir: corre a tu cuarto y espera allí.

¿Cuánto había bebido ya?

Había perdido la cuenta, no mucho, pero lo suficiente para sentirse algo desinhibida. Lo cierto era que estaba más que relajada debido a la confianza que le daba haber logrado su objetivo. Y todo gracias a la entrometida y audaz de su hermana

¡Ay, Dios!

Por primera vez se estaba divirtiendo de verdad y lo hacía gracias al marqués. Tenía que reconocerlo: le gustaba. Y estaba convencida de que él también sentía esa simpatía hacia ella, presentía que ese sentimiento era mutuo. Le sonrió sinceramente, en ningún momento su trato había sido el de un libertino. No fue descortés, no intentó sobrepasarse a pesar de su fama e, incluso, actuaba como si la cuidara. La incluía en sus bromas, y le hacía comentarios inteligentes, consciente de que ella captaba los dobles sentidos en sus frases cuando hablaban con alguno de los invitados. Y, sí, si tuviera que describir como era su comportamiento con respecto a ella, podría decirse que era hasta protector.

Le presentó a sus conocidos pero no permitió ninguna falta de respeto, ni abuso sobre ella. Violet dudaba de que fuera por una especie de sentimiento de lealtad hacia Melbourne, ese respeto se lo otorgaba a ella. A su jefe, estaba casi segura de que si el noble hubiese podido, lo hubiera echado de su propiedad a patadas.

Aguantó la sonrisa.

La imagen del marqués corriendo a patadas al funcionario le pareció muy divertida.

Pero no pudo aguantar más y rio por lo bajo, provocando con ello que se marcaran sus hoyuelos, mientras tomaba otro sorbo de champán. En realidad le resultaba cómico presenciar cómo, el marqués y Melbourne, hacían grandes esfuerzos por tolerarse cuando era evidente que sus sentimientos distaban mucho de la simpatía.

Capítulo 12

Howard no podía evitar mirarla.

Algo lo atraía irremediablemente hacia ella.

¿El qué? No lo sabía, pero estaba totalmente subyugado por la imagen tan sensual que Violet representaba y, algo muy parecido a los celos, se había apoderado de él cuando fue a recogerla con la intención de acompañarla a la sala donde se celebraba aquella fiesta infernal. Verla con ese revelador atuendo le provocó un regusto amargo al ser consciente de que no sería el único en apreciar tanta belleza. En el instante en que vio como sus sinuosas curvas se marcaban con aquella prenda infernal, parecida a la suya, la hubiera devuelto al dormitorio de un empujón y lanzado sobre la cama para abalanzase sobre ella. La hubiera besado hasta que sus besos la dejaran sin sentido y hubiera puesto todo su empeño en que ella consintiese en ser suya.

Únicamente suya.

Sí, lo hubiera hecho, pero no lo hizo.

¿Por qué?

Porque él era un hombre inteligente que no permitía que lo dominaran sus emociones, y tenía un objetivo, y ese no era sucumbir a los innumerables encantos de su subordinada. Sin embargo, no era ningún hipócrita, por lo que no podía negar esa consciencia de que cada vez se sentía más atraído por la mujer y no llegaba a comprender el motivo de esa repentina fuerza que lo arrastraba hacia ella. Desde siempre la había tratado como a otra más de sus agentes, alguien de quien conseguir algo, alguien

reemplazable que se limitaba a obedecerlo y, únicamente, en aquello había consistido su interés. Pero, contra todo pronóstico, desde que dio comienzo aquella misión y esta intentó rebelarse y escapar a su autoridad, ese interés se había convertido en fascinación. Era como si, por primera vez, se hubiera fijado en ella, en quién era realmente. Sentía que lo había hechizado de alguna forma, y no dejaba de observarla, subyugado, preguntándose quién era en realidad Violet Graham.

Pero él ya lo sabía, solo que no había querido verlo hasta ese momento, y no lo había hecho porque nunca le pasó por la cabeza que ella lo abandonaría: Violet era una mujer deseable, tremendamente hermosa, inteligente y cautivadora.

Y que sabía disparar.

Y, a pesar de que en aquellos momentos hubiera deseado hacerla suya de todas las formas posibles, no lo hizo.

Actuó con total desapego, como siempre hacía con todos y con todo, actuó como si estuviera acostumbrado a verla con aquella vestimenta tan provocadora, que no hacía más que acrecentar su ardiente deseo. Sí, eso hizo, actuó como un hipócrita, fingiendo que ella no tenía ningún efecto sobre él.

Se tomó su bebida de un trago.

Ni siquiera le gustaba, pero mucho menos esa bebida sin sustancia como lo era el champán. Y, como necesitaba embotar sus sentidos para dejar de pensar en las mil y una formas de llevarse a su agente al dormitorio para hacerla suya, ya llevaba tres.

Y, justo en ese momento, la oyó reír por algo que solo ella debía saber y, él, estuvo perdido.

Aquella risa lo conquistó de forma letal.

¿Cuándo la había visto sonreír de aquella forma? No lo recordaba.

Y ¿cuándo le habían salido aquellos sensuales hoyuelos? ¿Por qué nunca los había visto?

Era un imbécil, ella siempre había estado ahí, a su alcance, y solo cuando había decidido abandonarlo, él se había dado cuenta de que no quería que lo hiciera.

—Un penique por tus pensamientos.

Howard apareció de la nada, tomándola por sorpresa, consiguiendo que su cuerpo se tensara y diera un respingo. Le puso una mano en la cintura, en un acto inequívoco de posesión, frente a los dos hombres con los que estaba interactuando en aquel momento. Su mensaje era claro y directo: era suya. Por supuesto, Violet no se hizo falsas ilusiones, por lo que pensó que dicho proceder por parte de Melbourne no era sino parte de su puesta en escena.

—No querrá saberlo —dijo en un susurro volviendo a tomar un sorbo de su bebida.

Y contuvo las ganas de sonreír de nuevo, esa imagen que se había formado en su cabeza entre Melbourne y el marqués, tardaría tiempo en desaparecer.

—Puedo darte dos.

—¿Dos, qué?

¡Por todos los santos! ¿De qué estaban hablando? Se dio cuenta de que había perdido el hilo de la conversación. Y ¿por qué tenía que ser tan exageradamente atractivo?

Y esa noche, además, desprendía un magnetismo animal que ella no conseguía ignorar.

—Dos peniques —le dijo juguetón, acercando la boca a su oído.

Violet lo miró despacio y, luego, tragó saliva, estaba tan cerca.

—No va a conseguir que se lo diga —susurró.

Y sonrió de nuevo.

Howard apretó más su agarre al ver cómo se volvían marcar esos hoyuelos que, para su consternación, lo tenían fuera de sí.

—Te dije que pasaría si no me tuteabas —la amenazó, como al descuido, cambiando de tema, pero sin apartarse de ella.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, presa de un anhelo que por segundos se iba haciendo más fuerte. ¡Por todos los santos! Se dio cuenta de que no pensaba con claridad, no lo estaba haciendo, sobre todo al visualizar en su mente el castigo con el que Melbourne la había amenazado si no lo obedecía.

Se preguntó si sería capaz de cumplir con su amenaza.

Tal vez fuese la bebida, aunque no había bebido mucho; o, quizás fuera el hecho de saber que, por fin, era libre ya que había conseguido aquello para lo que él la necesitaba; o, pudiera ser que, simplemente, estaba tan relajada y llevaba tanto tiempo deseando a aquel hombre desde las sombras que, esa noche, no iba actuar como siempre lo había hecho.

Se sentía audaz.

«¿Quieres jugar, Howard?».

—No creo que su advertencia vaya a tener ningún tipo de consecuencia en medio de este salón —le volvió a sonreír—. Estamos rodeados, así que no pienso obedecerle.

Los ojos del hombre la miraron y, por una vez, ella pudo ver un atisbo de algo en ellos. ¿Sorpresa? ¿Interés, tal vez? ¿Deseo? Sí, por supuesto, se dijo, ya le gustaría que fuera un deseo ardiente y abrasador como el que ella temía que acabara por consumirla.

«Como el que yo siento por él».

—¿Intentas acaso ganarte un beso?

—Puede tomarlo como quiera.

—Lo tomo como que quieres que te bese.

Violet se humedeció los labios como al descuido, pero no le dio una respuesta.

—Lo haces —le dijo sin más, volviendo a mirar a las personas que llenaban aquella sala. La soltó, como si hubiera recordado dónde estaban y quién era ella. Y, tuvo que reconocer que eso le dolió porque le recordó lo invisible que se sentía ante ese hombre.

—¿Has descubierto dónde pueden estar los documentos?

Ella se desinfló cuando él volvió al tema real que los unía.

Su voz estaba desprovista de cualquier emoción, como si lo ocurrido instantes antes lo hubiera imaginado. Sin embargo, estaba segura de que no lo había soñado, Melbourne había estado flirteando con ella, la había estado seduciendo. Sí, lo había hecho, y nadie podría convencerla de lo contrario. Y, ella, estaba dispuesta a llevarse ese beso antes de desaparecer de su vida, y lo haría esa misma noche.

—Sí —asintió sonriendo de nuevo, aunque esta vez su risa no llegó a sus ojos— y creo que será mejor que hablemos de ello por la

mañana, este no es el momento.

Melbourne la miró con aquella mirada inescrutable a la que llevaba años acostumbrada.

—Sabía que eras la indicada para este trabajo.

—No me dio opción a negarme.

—Eso ya no es importante.

—¿De verdad? Pues le aseguro que lo era para mí.

Él no dijo nada, no podía decirle por qué debía ser únicamente ella la que realizara la misión. En el supuesto, más que probable, de que Lothian se volviera peligroso, más de lo que normalmente era, solo ella podría salvar ese obstáculo.

—Y, ahora —le preguntó volviendo al tema que lo intrigaba—, ¿vas a decirme qué te hacía tanta gracia?

Violet se humedeció nuevamente los labios y Howard sintió como su cuerpo se tensaba.

—No creo que deba saberlo.

No iba a obedecerle, ya no, y si tanto lo enfurecía que ignorase sus órdenes, que la castigase. Sí, a decir verdad, le encantaría que lo hiciera.

—Estás jugando con fuego, Violet.

Sus ojos ardieron por un momento fugaz, eso pudo verlo.

—No se olvide de que soy Vivian para todos los presentes —le recordó.

Howard la miró contrariado, y luego apretó los dientes.

—Tutéame —le ordenó.

—No.

—Hazlo.

—No pienso hacerlo.

—Lo harás.

—Está muy seguro de ello, ¿no es cierto?

Quería que la besara y pensaba obligarlo a cumplir con su amenaza, así tuviera que volverlo loco.

—Te lo he advertido.

—Lo ha hecho —lo desafió de nuevo.

—Vas a asumir las consecuencias de tus actos —la miró intensamente, retándola. Howard se limitó a observarla, había algo

ardiente en su mirada que le puso el vello de punta.

Fue consciente de como, primero, se detuvo en sus ojos; luego, fue bajando lentamente hasta su boca, donde estuvo un tiempo demasiado largo para su tranquilidad; pero, no se detuvo ahí. Su mirada fue posándose poco a poco en su delgado cuello y deslizándose hacia el enorme escote, deteniéndose allí más de lo que la decencia exigía, mientras se relamía de forma totalmente descarada.

Violet soltó un jadeo y entonces él sonrió, levantó su copa hacia ella, se la bebió de un trago y se marchó, dejándola sola en el salón.

Sola, acalorada e insatisfecha, y, por supuesto, ansiosa.

Y sin su anhelado beso.

¿Algo podría haber salido peor?

Después de que Melbourne se marchara y la dejara sola a su suerte en aquel salón, no pudo aguantarse las ganas de salir corriendo de esa sala donde los presentes ya empezaban a mostrar sus inclinaciones decadentes. Así que decidió que lo mejor que podía hacer era retirarse de forma discreta. Disculpándose con el marqués, se marchó a su habitación, donde se encontraba en aquellos momentos: sola y sin su beso.

«Un beso, yo solo quería un maldito beso».

Ni siquiera eso fue capaz de darle el muy bellaco.

Estaba frustrada, por qué no reconocerlo.

Nunca volvería a encontrarse en un ambiente con tal tendencia al desenfreno como el que vivió en aquella velada, y si ni siquiera en tales circunstancias la había visto como una opción para pasar una noche de pasión, es que todo estaba perdido para ella en cuanto a su necesidad de ser besada por él.

Miró la puerta que conectaba con el dormitorio de Melbourne y suspiró.

Había perdido su oportunidad, estaba segura de ello. Él no tenía ninguna intención de besarla, no pensaba en ella como en una mujer que pudiera atraerle, seducirle, y todo lo que ella había creído ver en él como un cambio, tuvo que deberse a la desesperación que

sentía por ese hombre. Un hombre a quien se había visto más unida que nunca en los últimos días debido al papel que representaban. Un hombre que con su sola presencia conseguía que ella enmudeciera.

Sin embargo, lo que los unía era una mentira, solo era un papel, se recordó intentando convencerse de ello.

Pero, lo deseaba, eso no era fingido.

Se sentó en la cama, descalza, pero con su atuendo aún puesto. El alcohol, las ropas que llevaba, la música, el ambiente de lujuria que se respiraba, no habían hecho sino enardecer su ansia de poder ser amada por ese hombre, de ser amada en toda la plenitud de la palabra.

Gimió.

Se sentía frustrada, frustrada e insatisfecha.

Se sentía impúdica.

Licenciosa.

Miró de nuevo la puerta que conectaba sus dormitorios y resopló.

Tumbándose mirando al techo, dejó sus piernas al descubierto, dobladas, y empezó a acariciar lentamente su propio cuerpo imaginando que eran las manos de Melbourne las que la exploraban, como tantas veces había hecho en la oscuridad de su habitación. Como tantas veces había anhelado. Una pequeña luz iluminaba su dormitorio pero decidió mantenerla; aquello, sin saber el motivo, la hizo sentirse aún más atrevida.

Se mordió el labio inferior.

Pensó que su falta de pudor hubiera podido sonrojar al más avezado amante, pero era tanta su necesidad de alivio que se sentía temeraria, resuelta a obtener parte de lo que ansiaba, su desahogo. Colocando una de sus manos justo en el centro de su feminidad, cerró los ojos, y se dejó llevar por las sensaciones, intensificando su mordisco, presa de aquella sensualidad que la consumía.

Y, de repente, se quedó paralizada cuando lo escuchó.

—Creo que he llegado en el momento oportuno para ejecutar tu castigo.

¡Ay, Dios!

Capítulo 13

Se había marchado del salón directo a la biblioteca en un intento de mantener el escaso control que le quedaba. Desde que la vio llevando aquella prenda, había permanecido en un continuo estado de excitación. La deseaba. Y lo hacía con un ansia descarnada, con un hambre que nunca había sentido por ninguna otra mujer. Sin embargo, optó por hacer lo que correspondía, mantener su desenfreno bajo un estricto autocontrol, consciente de que más tarde se arrepentiría.

Hasta que no pudo soportarlo más.

Ella no dejaba de provocarlo, de llevarlo al límite.

Violet lo había estado incitando hasta que él estuvo a punto de perder su férreo control y besarla allí mismo, claudicando a lo que ella le había desafiado a hacer y que se había negado. ¿Y por qué no la castigó como la amenazó que haría? Porque odiaba que lo obligaran a actuar de alguna manera concreta.

Él no era un hombre que cedía a sus anhelos, era un ser racional.

«Era», se dijo.

En aquel instante era de todo menos sensato, lógico, y la lógica le decía que ignorase sus ansias de hacerla suya. Así que se dirigió a su habitación decidido a calmarse como pudiera y en eso estaba hasta que la sintió volver a su dormitorio. Escuchó como cerró la puerta, como emitió aquel suspiro que solo podía indicar que estaba frustrada.

¿Acaso su desilusión tenía que ver con que él no la hubiera besado?

Cerró los ojos con fuerza, como si con ello pudiera ponerle freno a sus deseos.

Se mantuvo en silencio, como un adicto a cualquier sonido que aquella mujer pudiera hacer para saborearlo en su interior.

Ahora un gemido de placer.

¿Estaría sola?

¿Acaso había decidido intimar con alguno de los invitados a la velada y cubrir sus necesidades?

Apretó los puños con fuerza.

Ella no lo haría, no se iría a dormir con otro hombre que no fuera él, eran amantes.

«Amantes de nada».

De nuevo aquel quejido.

Se acabó, ella era suya, de nadie más, aunque solo lo fueran de mentira. Aunque no lo deseara como él se deshacía por ella, iba a entrar en ese dormitorio y que Dios no quisiera que estuviera traicionándolo porque se desataría el infierno. En un momento de intimidad ella podría decir algo que no debía, por eso lo hacía.

Por su bien y el de todos.

Solo lo hacía por la misión.

Abrió la puerta que conectaba ambas habitaciones y la imagen que se presentó ante él no hizo sino enardecerlo aún más. Violet era la representación misma del placer. Allí tumbada, con su cuerpo semidesnudo y los ojos cerrados mientras se exploraba con decisión, llegando a los puntos más recónditos de su cuerpo, intentando calmar ese deseo que ella también debía de sentir.

Sintió el tirón en su cuerpo y tuvo que inspirar para calmarse pero no pudo evitar advertirla de lo que iba a ocurrir entre ellos. Ella tenía que aceptarlo porque de lo contrario moriría de deseo insatisfecho, pero se marcharía.

—Creo que he llegado en el momento oportuno para ejecutar tu castigo.

Violet abrió los ojos, vidriosos, llenos de necesidad, y lo miró.

—¿Vienes a besarme? —su voz era apena un susurro.

—¿Eso es lo que quieres?

Howard la contempló como quien está mirando el festín que está a punto de darse y ella gimió, apartando su mano de su centro y alzándola hacia él, invitándolo a unirse en su desesperación.

—Te necesito.

Esas fueron las únicas palabras que necesitó pronunciar para que Melbourne perdiera el escaso control que le quedaba y se despojara de aquella prenda india que tantos dolores de cabeza le estaba dando. Por suerte iba descalzo, ya que se había quitado las botas cuando regresó a su habitación y el pantalón que llevaba debajo de aquella prenda. Así que se quedó completamente desnudo, orgulloso en su virilidad.

Violet suspiró al ver como él iba a hacer mucho más de lo que ella había soñado, porque estaba segura de que aquel encuentro no terminaría con un simple beso y se incorporó lo suficiente para deshacerse ella también de su escasa vestimenta.

Inmediatamente el hombre se subió a la cama de un salto y la obligó a tumbarse, colocándose entre sus piernas.

—Ahora voy a darte ese beso que te mereces.

Se estiró sobre ella, dejando caer su cuerpo desnudo sobre el suyo, sintiendo cada centímetro de aquella sedosa piel nacarada salpicada de lluvia de estrellas debajo de él. Sintió sus senos aplastados bajo su torso, sintió su hombría, palpitante, apretarse justo en su vientre, y sintió los labios de aquella mujer que lo embriagaba hasta lo inimaginable rozarle la mandíbula. Una caricia suave, como las alas de una mariposa.

La observó contener el aliento cuando la miró a los ojos justo antes de apoderarse de su boca, y un gemido de satisfacción escapó de ella cuando la exploró con la lengua, sin compasión, sin miramientos.

Deliciosa.

Colocándole los brazos por encima de la cabeza por temor a que si lo exploraba con sus manos no podría controlarse, la sintió estremecerse y para su deleite le rodeó las caderas con aquellas interminables y bien formadas piernas.

—Tengo que hacerte mía en este momento —le dijo—, porque me vas a enloquecer si sigues moviéndote así.

—No solo quiero un beso —le pidió a la vez que le pasaba la lengua por la mandíbula—, lo quiero todo.

Él emitió un sonido gutural que le salió de lo más profundo de su alma y volvió a besarla pero esta vez soltó sus brazos para colocarse bien las piernas de ella alrededor de las caderas.

—Di mi nombre —le ordenó.

Viendo que ella lo miraba mientras continuaba moviéndose contra él en busca de la satisfacción que necesitaba, se detuvo.

—Dilo, Violet —volvió a decir.

Ella le lanzó aquella sonrisa enloquecedora llena de hoyuelos y volvió a restregarse contra él.

—Hazme tuya, Howard.

Melbourne no lo pensó un momento más.

La embistió con todas sus fuerzas, destruyendo la pequeña barrera que encontró a su paso y que en el fondo de su corazón sabía que existiría, pero no le importó.

Al igual que no le había importado a ella.

Eran dos personas adultas inmersas en una vorágine de sensaciones y dispuestas a saciar sus deseos más profundos. El hombre se movió dentro de ella con un baile ancestral al que todo ser humano llegaba alguna vez en su vida, deleitándose con cada embestida, absorbiendo el aroma de aquella mujer tan diferente a las demás.

Y pensó que esa mujer era suya.

¡Por todos los infiernos, no iba a permitir que lo abandonara!

Por su parte, Violet se hundió en un mar de enloquecedoras sensaciones, apenas podía controlar el éxtasis, las oleadas de placer que se desataban en su interior. Lo único que no quería era que aquella noche terminara nunca porque en esos momentos lo poseía, era su dueña.

Se mordió en labio cuando Howard le dio la última embestida antes de terminar dentro de ella y sintió como algo en su interior se abría paso, provocándole un sinfín de sensaciones gloriosas que jamás hubiera imaginado llegar a sentir. Sensaciones que la hicieron

pegar un grito de satisfacción tan fiero que, de no haber estado aquella fiesta en pleno apogeo en el piso inferior, hubiera tenido que lidiar con los curiosos que hubieran acudido a ver qué le ocurría.

Melbourne la miró, apartándole un mechón color trigueño del rostro con una ternura de la que ella nunca lo creyó capaz.

—Hola, bella dama —le dijo con mimo.

Violet se limitó a sonreír.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —susurró.

Inmediatamente Howard se levantó y desapareció en el baño, dándole una visión completa de su perfecta anatomía, consiguiendo que ella suspirase de plena satisfacción. Cuando regresó con un paño húmedo, ella lo miró con extrañeza y él se dio cuenta de su apuro cuando se dispuso a limpiar los rastros de su evidente inocencia.

—Necesito limpiarte, porque aún no he acabado contigo.

—¿En serio? —le preguntó entusiasmada.

—Por supuesto, aún tengo que darte el beso de castigo —le dijo mientras se colocaba de rodillas entre sus piernas y daba comienzo una nueva y placentera tortura.

Al cabo de unas horas se encontraba completamente relajada y exhausta.

Y feliz.

Observó en la penumbra el perfecto rostro del hombre que yacía a su lado y al que se sujetaba con fuerza por la cintura, mirándolo dichosa mientras se mordía el labio, aún saboreando las sensaciones que había hecho despertar en su cuerpo, el alivio que le había proporcionado.

Sin poder evitarlo le dio un suave beso en la mejilla y, segura de que estaba profundamente dormido, le dijo lo que nunca se atrevería a decirle de estar consciente.

—Te amo.

Tuvo la sensación de que él se movió, pero fue algo tan fugaz que desechó tal pensamiento.

Lo miró de nuevo, asegurándose de que dormía profundamente y, cuando estuvo completamente segura de que así era, suspiró y se durmió, sin ser consciente de que el marqués había descubierto que habían desaparecido los documentos que ahora obraban en su poder.

Capítulo 14

A la mañana siguiente al baile, Lothian irrumpió en la habitación de su sobrino con cara de muy pocos amigos. Deseaba poder ponerle las manos encima cuanto antes a ese truhan, así que no se detuvo a pensar siquiera en llamar antes. Directamente abrió el dormitorio de su heredero y se introdujo con impaciencia, obviando deliberadamente el gesto de desagrado del más joven.

La noche anterior se había dirigido a su dormitorio en cuanto vio como se marchaba la amante de Melbourne, siendo consciente de que momentos antes había desaparecido este, hecho que le extrañó, teniendo en cuenta lo que se decía de ellos: que estaban absortos el uno en el otro.

Sin poder evitarlo una sensación de que algo no iba bien se apoderó de él.

Un mal presentimiento hizo mella en su pecho y, la desconfianza, le hizo correr hasta su aposento para comprobar que todo seguía en su lugar. Esperaba que la idea que había ido tomando forma en su cabeza mientras se dirigía hacia allí no fuera más que eso, una idea descabellada.

Aunque no por ello improbable.

No en vano Melbourne ya había intentado apoderarse de aquellos documentos una vez, enviando a la actual lady Hastings a su casa, a robárselos. Y, aunque pudo recuperarlos antes de que este se apoderase de ellos, estuvo a punto de perderlos por muy poco.

Una vez dentro, se había dirigido directo al lugar donde se encontraba la correspondencia que había mantenido en su juventud

con su mejor amigo en relación con lady Bakery y el hijo que esta tuvo. Una información que afectaba de forma directa al monarca y que no debía caer en las manos inadecuadas.

Cuando movió la pintura que colgaba de la pared que daba al cabecero de su cama, soltó un juramento al comprobar que estos no estaban en su lugar. Y supo, sin la menor duda, que ese bribón, por fin, se había hecho con aquellos documentos que probaban su ascendencia real y que sin duda pensaba utilizar de la forma menos honorable.

Se había enfurecido tanto que fue al encuentro de su sobrino y lo obligó a salir en busca de Melbourne si no quería que lo hiciera él y se desatara el infierno, porque desde luego aquel ladrón se merecía que lo despellejara vivo. Y él no era un hombre que se anduviese con contemplaciones cuando se trataba de dar un escarmiento a quien fuera.

Al otro le había supuesto una gran proeza hacerlo entrar en razón en lo referente al funcionario, pero finalmente accedió a atraerlo hacia el despacho y apresarlo. Sin embargo, no parecía feliz con la encomienda que debía llevar a cabo, y él supo que lo haría para evitar males mayores, como por ejemplo: matarlo.

Debería haberlo hecho sin preguntar, de esa forma aquella información permanecería en el anonimato, nunca sería confirmada y no pasaría de ser un mero rumor.

—Espero que lo tengas —dijo sin rodeos, aunque fue más una afirmación que otra cosa.

El conde miró al hermano de su madre con cara de pocos amigos mientras continuaba secándose las manos en el fino paño de lino. Estaba molesto: primero, por la intromisión de su tío en su espacio personal sin haberlo invitado, y, segundo, por el cometido que había tenido que llevar a cabo para contentar al marqués, algo que no le había hecho ninguna gracia puesto que no era él quien se dedicaba a ese tipo de asuntos.

Apretó la mandíbula en un intento de controlar su genio.

Ronan era hombre de andar metido en aquel tipo de problemas, era un caballero, con todas las connotaciones que implicaba la palabra, y se tomaba muy a pecho actuar en este mundo como tal.

Y lo que su tío le había pedido que hiciera distaba mucho de lo que él entendía que debía ser el comportamiento de un hombre honesto.

Se tragó la cantidad de palabras malsonantes que le hubiera gustado dedicarle a Lothian, porque después de todo siempre acababa cediendo a los caprichos de este, pero estaba absolutamente convencido de que podrían solucionar aquella situación de otra forma. Una menos dramática.

«Este asunto no me gusta».

—Así es, lo tengo.

—Bien —asintió animado el marqués, deseando ponerle las manos encima al otro.

—¡¿Bien?! —preguntó el más joven arqueando una ceja en un gesto de desdeñosa superioridad—. ¿Es lo único que se te ocurre decirme después de lo que acabo de hacer por ti? —preguntó enfadado.

—¿No pretenderás que te obsequie con estúpidas alabanzas? —ironizó su tío—. No eres ninguna jovencita bobalicona que necesita continuos cumplidos para sentirse segura.

Ronan lo hubiera golpeado sin pensarlo.

—¡Por todos los infiernos! —maldijo entre dientes ya sin poder contenerse—. Acabo de secuestrar al más que probable futuro ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra. Eso es excesivo incluso para alguien como tú.

—¿Y?

Al ver que el otro lo miraba como si fuera una mujer histérica, intentó hacerlo entrar en razón.

—Cómo que ¿y*?* ¿No podríamos haberlo enfrentado sin más?

Su tío alzó una de sus tupidas cejas en un gesto de incredulidad.

—Enfrentarlo sin más, desde luego. Y según tú, ¿cómo debería haber actuado con ese intrigante que aprovecha mi hospitalidad para robarme quién sabe con qué fin?

Ronan dudó un segundo antes de responder.

—Un duelo —sugirió como si se le hubiera ocurrido de repente—. Hasta eso sería, cuando menos, más honorable que el secuestro.

—Los duelos son para imbéciles románticos que solo persiguen satisfacer el ego femenino y afianzar su propia masculinidad.

Lo miró con impotencia, era inútil hacerlo razonar cuando había señalado a alguien como un enemigo con el que había que ajustar cuentas.

—Tal vez yo sea uno de esos que prefieren enfrentar una ofensa en igualdad de condiciones y como un caballero, que aprovechar mi posición de poder gracias a la ayuda de terceros.

Miró a su tío consciente de que podría tomarse a mal su crítica, pero no le importó.

Alguien tenía que hacerle ver que una cosa eran sus actividades al margen de la ley con piratas y maleantes, y otra muy distinta privar de libertad a un caballero por meras sospechas o simplemente porque no lo toleraba. Sin embargo y, para su sorpresa, Lothian no hizo nada de aquello a lo que lo tenía acostumbrado: no rompió a decir palabras soeces, tampoco levantó la voz para imponer su punto de vista como era su costumbre, sino que, simplemente, se encogió de hombros.

—Me ha robado —sentenció con enfado cruzándose de brazos, como un niño pequeño con una rabieta que no pensaba ceder.

Ronan lo observó unos segundos antes de mover la cabeza con resignación y soltar una estrepitosa carcajada, cambiando su talante. En toda su vida nunca había logrado conseguir estar enojado con él por mucho tiempo, con independencia de lo que este hiciera, debido a aquella forma de ser del hombre, donde la terquedad sobresalía sobre el resto de sus cualidades.

Por supuesto que no le resultaba tan gracioso cuando lo arrastraba en sus desmanes, y así se lo hacía ver, pero finalmente el cariño que sentía por la persona que había hecho tantas veces del padre que perdió cuando solo era un muchacho, primaba sobre cualquier otra cuestión. Su tío estaba realmente furioso y ello se lo debían a su invitado y, la verdad, le resultaba gracioso, cómico incluso, que el famoso y temido marqués se anduviese con tantos miramientos en lo que a Melbourne concernía. Secuestrarlo para interrogarlo él mismo cuando podía haber enviado a sus habituales matones a cumplir dicha tarea era al menos, si se detenía a pensarlo, curioso.

—No quiero saber qué puedes tener que él desee tanto hasta el punto de robarte en tu propia casa —dijo como al descuido mientras se desabrochaba la camisa para cambiarse de ropa. Se había manchado en su misión de arrastrar el cuerpo de Melbourne hasta el lugar en el que decidieron dejarlo.

Él mismo se encargó de ello, quiso asegurarse de que el hombre no recibía más maltratos de los estrictamente necesarios por parte de los secuaces del marqués, porque, en realidad y en el fondo, apreciaba al tipo.

—Es lo más conveniente para ti, para todos, cuanto menos sepas mucho mejor. No obstante, ese mequetrefe ya ha cruzado la línea, y todo tiene un límite. Se merece una lección. No es la primera vez que me roba.

Su tío apretó el puño y Ronan le clavó una mirada astuta.

—Resulta más que evidente que entre ustedes hay algún asunto pendiente, algo que te impide matarlo como hubieras hecho con cualquier otro y que provoca que tú mismo te manches las manos dándole un escarmiento —lo miró como si fuera increíble—. Podría asegurar que incluso es sorprendente.

Lothian miró un pequeño retrato que había colgado en la pared antes de lanzar un profundo suspiro.

—En verdad, tiene agallas ese intrigante —dijo con renuencia y cierta admiración—, pero ha llegado la hora de que alguien le ponga freno, saca demasiado rédito de lo que no debe —endureció el semblante—. Ni su padre, ni nadie, van a impedirme que sea yo quien le aplique un correctivo, y, de paso, recupere lo que me pertenece.

Se contuvo antes de desvelar algo de lo que pudiera arrepentirse, conocía perfectamente a qué se dedicaba en realidad el joven, y lo cierto era que no se trataba de un simple político, como todos pensaban, sino que manejaba la red de espías más importante del país.

Y, si aquello no era suficiente, también su origen era un dato muy a tener en cuenta.

Apretó los dientes preso de la frustración.

Ciertamente ahí debía estar el meollo de todo, la razón por la que quiso robarle aquellos documentos. Estaba seguro de que pretendía obtener algo y por eso sus intentos de apoderarse de los documentos donde Jorge reconocía su paternidad. Seguramente querría chantajear a quien no debía y estaba seguro de que le agradecerían que le diera un toque de atención sobre con quién no debía jugar, por muchos lazos de sangre que tuviera.

Suspiró, y el conde vio que su tío se mostraba contrariado antes de abandonar la estancia, por lo que no pudo evitar sonreír de nuevo.

—Está bien, espérame en tu despacho, bajaré enseguida —murmuró aunque ya no había nadie en el dormitorio—. Melbourne está resultando ser un dolor de cabeza demasiado fuerte para ti.

Empezaba a sospechar que había algún tipo de relación entre su tío y el otro que impedía que este acabara con él de una vez por todas y, seguramente, Melbourne también estaba al tanto de lo que al marqués le impedía actuar contra él, porque parecía aprovechar esa ventaja cada vez que se le presentaba la ocasión. No obstante, por mucho que pensara en ello, no encontraba algo que pudiera unirles. Su tío era un hombre depravado, un noble con demasiada inclinación por el peligro, pendenciero y vengativo. Tenía hombres a su servicio que le facilitaban información de cosas que se le escapaban incluso al Gobierno. Su poder traspasaba la ciudad de Londres, aunque no iba mucho más allá, puesto que sus intereses se encontraban allí. Tenía participaciones en negocios totalmente inadmisibles para la sociedad en la que se movían, y por ello era temido, e incluso repudiado, aunque muchos más nobles de los que decían acudieran a él para obtener un poco de esa depravación de la que él hacía gala.

Y ahí estaba la peculiaridad de todo: que alguien como Kerr se detuviera a pensar antes de actuar con respecto al funcionario.

Cuando hubo terminado de vestirse, dirigió su mirada hacia la miniatura que había colgada en la pared y que instantes antes había captado la atención del marqués, pero descartó que la figura

dibujada en ella tuviera algo que ver en aquella *vendetta* personal por improbable. Después de todo, su majestad apenas tenía relación con Kerr, y de ahí que nunca había llegado a comprender el motivo por el cual no se deshacía de todos aquellos retratos repartidos entre las estancias principales de la mansión, como recordatorio de cuán insignificantes eran en comparación con el monarca.

Capítulo 15

Violet empezó a vestirse con rapidez, necesitaba hablar con Howard de lo que iban a hacer a partir de ese momento, pero se despertó sola en su cama. Se sonrojó al pensar en la noche anterior con aquel hombre, en como había hecho cosas que ni en sus mejores sueños hubiera imaginado. Sin embargo, también pensó que él no había tenido la delicadeza de despertarla para hablar de lo sucedido, y estuvo segura de que no había significado otra cosa que una noche con una mujer accesible para él, una mujer a la que no tenía en la misma consideración que a cualquier dama del círculo en el que se movía.

Pues bien, ella lo aceptaba, intentó convencerse.

No iba a echarse a llorar, no iba a hacer estúpidos reclamos que no la harían sino humillarse frente a él. Después de todo, lo había querido y no lo detuvo cuando pudo hacerlo, sino que le suplicó que no se detuviera.

Apretó los dientes.

A pesar de lo que le había dicho a su hermana, estaba decidida a hacer exactamente lo contrario. Frances tenía razón en lo referente a Melbourne, era una persona ambiciosa y sin escrúpulos, carente de cualquier atisbo de empatía hacia los demás. Que usaba a las personas según sus necesidades e intereses. Tantos años bajo sus órdenes, estudiándolo desde la distancia, le habían permitido hacerse una idea bastante acertada acerca de su carácter, y ese conocimiento era una ventaja sobre él.

Con independencia de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior, no podía dejarse cegar por sus emociones.

Y no lo haría.

El que tuviera esos sentimientos por el hombre desde hacía tantos años, no podía impedirle ver cómo era. Era cortés, sí, educado en extremo, eso también, cautivador, sin duda. Para ser un gran político había que tener esa mezcla de magnetismo que despertaba la simpatía y la admiración en los demás, pero insensible la mayoría del tiempo a los problemas ajenos. Se atrevería a decir incluso que nunca lo había visto mostrar misericordia, simplemente era lo suficientemente sagaz como para aceptar la derrota cuando era menester, lo cual no significaba que se hubiera plegado a los deseos de los demás ni que la empatía lo hubiera dominado por un instante.

Por suerte para ella, pensó jactanciosa, dicho egoísmo no lo llevaba consigo a la intimidad, y la verdad es que estaba agradecida por ello. Le había conocido un número considerable de amantes, las cuales lo adoraban y se mostraban felices de compartir los momentos que él decidiera obsequiarles, ya fuesen fugaces o duraderos. Melbourne era un amante experto, sabía satisfacer los deseos íntimos de sus parejas y, en ese asunto, parecía que sí anteponía las necesidades de sus compañeras a las suyas propias.

«Debería sentirme afortunada», pensó irónica al evocar la placentera noche que había pasado entre sus brazos debido a su vasta experiencia. No era ninguna ingenua y, era consciente de que su primera vez podría haber sido algo totalmente diferente; puesto que en su condición de espía en algunas de las casas de la buena sociedad, había sido testigo de desfloramientos que, aunque consentidos, resultaron para sus protagonistas femeninas totalmente decepcionantes y perturbadores.

Suspiró consciente de que, si bien su encuentro con el hombre había resultado inesperado y gratificante, no podía volver a repetirse por muy inclinada a ello que estuviera. Su jefe nunca había demostrado ningún tipo de interés hacia ella que no fuese profesional, y lo ocurrido la noche anterior no era más que el producto del clima de sensualidad que inundaba el ambiente propiciado por un anfitrión perverso con inclinaciones amorales.

Violet llevaba tantos años anhelando ese encuentro entre ambos, soñando con que la viera como una mujer deseable, hermosa, que nunca podría arrepentirse de lo sucedido. Sobre todo porque apenas opuso resistencia, podría llegar a aseverar sin problemas que incluso lo incitó a que ocurriera a causa de lo atrevida que se había sentido esa noche.

Sería fácil culpar a la bebida ingerida, al atuendo impuesto, al erotismo que lo embargaba todo, a la sugestiva indumentaria del hombre, pero sería una hipócrita si lo hacía.

Y ella no lo era.

Melbourne no llevaba nada diferente del resto de los hombres presentes en la velada, lo único que lo hacía destacar entre los demás para ella, era su inclinación hacia él que hacía que lo viera como el único hombre de la sala a quien merecía la pena mirar, a quien deseaba hacer suyo a cualquier precio.

Quizás el hecho de que para ella él era diferente al resto, que fuera el único hombre por el que sus rodillas flaqueaban y su corazón se aceleraba cada vez que se acercaba demasiado, era lo que lo hacía especial. Desde que él la encontrara y le ofreciera entrar a su servicio como espía, un sentimiento se fue despertando en ella hacia el hombre. Y, a fin de cuentas, debía agradecerle que la adiestrara para ese trabajo enseñándola a defenderse y a manejar las armas, dándole una oportunidad que no fuera la de acabar en las calles o casada con algún bestia que la maltratara.

Al poco de entrar a su servicio se descubrió observándolo con disimulo; soñando con ser la mujer en la que un día se fijara y de la que acabaría enamorándose. Se aprendió de memoria sus facciones, sus gestos, sus cambios de humor. Aunque había ocultado a todos sus sentimientos por el político, incluida a su propia hermana, ella sí que era consciente de lo que su corazón albergaba: un amor tan intenso y un deseo tan desesperado, que a veces le costaba horrores no abalanzarse sobre él. Ello explicaba esa actitud contraída que adoptaba en su presencia, donde nunca se permitía relajarse para no delatarse ante Howard, quien era una persona demasiado sagaz y astuta.

Un suspiro le salió desde lo más profundo del corazón cuando terminó de vestirse.

«Y aquí estoy, debatiéndome entre la lealtad que profeso al hombre que amo y mi supervivencia».

Melbourne no iba a permitir que su plan fracasara, y si para lograr su objetivo se veía obligado a sacrificarlas, no dudaría en hacerlo.

Y Violet lo sabía.

Su corazón le decía que sería así y por eso había tomado aquella decisión.

Haría lo más conveniente a sus intereses. Leería el contenido de aquellos documentos por los que estaba tan interesado que le habían hecho incluso formar parte de la operación; unos documentos por los que era capaz de arriesgarse tanto en casa del marqués.

Iba a saciar su curiosidad, y de esa forma tendría un as en la manga en caso de que se negara a dejarla ir nuevamente bajo la amenaza de tomar represalias contra Frances.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, decidida.

Utilizaría dicha información en su provecho, eso haría, por una vez iba a trabajar en su propio beneficio.

Sacando las cartas de donde las había guardado horas antes, tras su discusión con su hermana, se dispuso a leerlas. Eran tres, y por el aspecto que presentaban tenían bastantes años, debía de tratarse de una correspondencia antigua. Estuvo segura de que Melbourne las necesitaba para poder obligar a alguien a hacer algo, como había hecho con tantos.

Ella no juzgaba su trabajo, simplemente era algo que había que hacer en beneficio del Estado y alguien debía hacerlo. En estos casos: Howard. Y, ella, como tantos otros, trabajaba para él, cumpliendo sus órdenes para conseguir sus objetivos.

Sin embargo, esas cartas eran importantes por algo, y su instinto le decía que ese algo estaba relacionado con su propio jefe. Sí, él las necesitaba para utilizarlas con algún fin, y este debía de ser muy importante para arriesgarse tanto. Esa idea le rondaba continuamente por la mente. ¿Qué estaba en juego para que actuara de esa forma? Parecía mostrar demasiado interés en aquella

misión, no era como las veces anteriores, o al menos ella no lo sentía así. Su comportamiento era inusual, extraño.

«Incluido su repentino interés por mí».

Al pensar en ello un nudo se le formó en el estómago.

Violet no era ninguna estúpida, no, no lo era. En realidad era mucho más astuta que la mayoría de los hombres, de ahí su éxito en el noventa y nueve por ciento de sus misiones. La única vez que fracasó casi le cuesta la vida. Fue aquella ocasión en la que estuvo implicada la actual lady Aberry y que le valió acabar gravemente herida al haber permitido que el agrado que sentía por la joven influyera en su trabajo. Sin embargo, no se arrepentía y, gracias a ello, tenía una fiel aliada en una de las casas más importantes de Londres.

Sí, porque Rebeca de Vére, la imponente duquesa, era su amiga.

Abrió la primera carta de aquella correspondencia ajena, nerviosa por lo que pudiera descubrir. No obstante, cuando apenas había comenzado a sacar el papel del sobre, unos pasos corriendo por el corredor la alertaron de que alguien se dirigía a toda prisa a su dormitorio.

Quien quiera que fuese parecía huir de algo y eso la inquietó porque la única persona que correría a refugiarse en sus habitaciones sería Frances.

Inmediatamente volvió a esconder los documentos en el bolsillo de su falda antes de que nadie más descubriera que estaban en su poder, dirigiéndose presurosa a abrir la puerta, tocándose por inercia el arma que llevaba sujeta en el muslo derecho bajo la falda.

Iba a descubrir quién corría de aquella forma por el corredor.

En el instante en que se dispuso a abrir la puerta, una figura, que parecía venir volando debido a la velocidad con la que se dirigía, cayó con ímpetu sobre ella.

Apenas pudo sostenerse para no caer hacia atrás.

En cuanto estuvo segura de la identidad de su inesperada visita soltó un juramento presa de la impotencia.

—Frances —gruñó.

Esa manía que tenía su hermana de ir corriendo de un lado a otro resultaba de lo más irritante, teniendo en cuenta que la había

advertido en numerosas ocasiones que una doncella no se movía por la casa como si de una de las damas que se hospedaban allí se tratara.

Eso llamaría demasiado la atención.

—Violet, tenemos que hacer algo —dijo sin resuello mientras se inclinaba con una mano en el pecho intentando recuperar el aliento.

—No sé por qué pero, desde el momento en que alguien se ha abalanzado sobre mí, he sabido que solo podrías ser tú —la regañó sin que la otra le prestase mucha atención y continuase con su intento de que su hermana la escuchara.

—¡Lo tienen, tenemos que ayudarlo! —insistió ansiosa.

—Entra, estás llamando la atención y no quiero tener que sufrir un interrogatorio por parte de lord Kerr —le ordenó tomándola del brazo y arrastrándola al interior del dormitorio; intentando evitar que cualquier mirada curiosa se empezara a hacer preguntas acerca de la extraña relación que mantenían.

—Lo han golpeado y no sé qué van a hacer ahora —le reclamó desesperada—. Puede que lo maten.

Violet no entendía nada de lo que tenía a su hermana en ese estado. ¿De quién hablaba? ¿Matar a alguien?

—Me vas a decir en este instante por qué corrías de esa forma alocada cuando te he dicho cientos de veces que no lo hagas. ¿Acaso alguien te perseguía?

La interrogó mientras la soltaba y cerraba la puerta de un portazo ignorando lo que la otra intentaba decirle.

—Nadie sospecha de mí —negó impotente frotándose el brazo por el que Violet la había tenido fuertemente sujeta—, no soy yo quien corre peligro.

—Escúchame bien, te he dicho que tengas cuidado, el marqués es un hombre peligroso, no sé cómo hacértelo entender en esa mollera dura que tienes. Utiliza el sentido común de una vez, y ya de paso, el cerebro.

Violet estaba más asustada que enfadada, si algo le llegara a pasar a Frances por su culpa nunca podría perdonárselo. Sobre todo porque debido a su relación con Melbourne estaban metidas en

aquella misión suicida en casa de uno de los hombres más peligrosos que conocía.

Y conocía bastantes.

¡Córcholis!

Odiaba tener que angustiarse por otra cosa que no fuera la misión debido a que eso la desequilibraba, pero con Frances lo natural era preocuparse. Esta nunca actuaba como una esperaba que lo hiciera. Lo hacía según creía que debía por muchas indicaciones que le hubiera dado, y que esta hubiera aceptado obedecer.

«Cuenta: uno, dos, tres…».

—¡Violet! —volvió a insistir la más joven esta vez alzando la voz—. Deja de sermonearme de una vez y escucha: es importante.

Esta la observó durante unos segundos con los ojos entrecerrados, estudiándola, hasta que, finalmente, asintió. Frances pareció entender que por fin había captado totalmente su atención, así que inspiró hondo y soltó la bomba.

—Tienen a Melbourne y van a matarlo si no hacemos algo.

Eso sí que llamó su atención.

Y dejó de contar de golpe.

¡Oh, no! El marqués tenía que haberlos descubierto.

Capítulo 16

De nuevo sintió aquel aguijonazo que lo dejaba traspuesto.

Respiró lentamente con el objetivo de conseguir calmar un poco la sensación de ardor que lo consumía. No llegaba a encontrarle una explicación a aquella gravedad que sentía por haberse llevado un simple golpe, un regalo con el que lo había obsequiado el conde.

«Ronan».

Nunca hubiera imaginado que poseyera tal fuerza, aunque estaba seguro de que también se había golpeado con algo al caer. Recordó sentir que algo, duro como un martillo, lo golpeó desde atrás, provocándole un dolor inhumano. Le ardía el lugar exacto donde le había atizado el hombre. Las punzadas iban y venían, haciéndole creer que le iba a estallar la cabeza de un momento a otro; sin embargo, lo que más lo preocupaba era la sensación húmeda que le recorría el cuero cabelludo, un claro indicador de que estaba sangrando.

¡Diablos, con lo bien que iba todo hasta ese momento!

Se había descuidado demasiado con Kerr y eso era algo que nunca debió hacer.

El hombre era demasiado sagaz.

Estaba seguro de que el noble estaba tan intrigado con Violet que creyó que había descuidado la vigilancia que seguramente mantenía sobre él. Se equivocó. Sí, lo hizo, pero es que nunca hubiera imaginado que el joven conde participaría en los asuntos de su tío de forma tan activa.

«Soy un estúpido».

Se recriminó por su idiotez, aunque decidió que ese no era el momento para lamentarse. Lo más urgente era escapar de allí e ir en busca de sus compañeras para huir con los documentos. Violet le había dicho la noche anterior, durante la fiesta, que los había conseguido. Únicamente deseaba que la herida que tenía no le hiciera perder mucha sangre, debilitándolo, o al menos no tanta como para no poder salir con buen pie de allí.

Deseó con fuerza estar bien para poder escapar, pero también rezaba porque a ella no le hubiera ocurrido nada. Necesitaba saber que estaba a salvo de Lothian porque nunca se perdonaría que este tomara represalias contra ella.

«¿Qué demonios estoy pensando?».

Al darse cuenta del rumbo que habían tomado sus pensamientos estuvo a punto de darle un colapso.

«No, no, no».

No podía permitirse pensar en nadie más que en él mismo y en sus objetivos, en conseguir lo que se había propuesto. Nunca se había preocupado nada más que de sus propios intereses, y el haber mantenido aquella intimidad con la mujer no iba a suponer ningún cambio en la relación que mantenían.

Entonces, ¿de dónde diablos surgía aquella preocupación? Aquella no era más que otra de sus agentes. Alguien prescindible: alguien a quien utilizar cuando era necesario. Nada más.

Su respiración se volvió más agitada debido al pánico incipiente que se apoderó de él al ser consciente de que no podía controlar hacia dónde se dirigían sus pensamientos y que su desasosiego e inquietud se debían a su preocupación por ella.

¡Maldita fuera!

Negó una y otra vez ese sentimiento.

Lo que había ocurrido entre ellos no significaba más de lo que realmente fue: dos adultos que, debido a la proximidad de las circunstancias de la misión en la que se encontraban, habían tenido un encuentro íntimo presos de la pasión que los consumió.

Nada más, nada más.

«Tengo que olvidarme de ella, es una agente y tiene sus propios recursos. Es perfectamente capaz de mantenerse a salvo».

Intentó no volver a pensar en su compañera en aquella misión, no podía permitirse esa debilidad. Después de todo, ella era solo una más de entre todas las personas que componían su organización. Por lo tanto, era tan solo un medio para conseguir su objetivo sin salir demasiado escaldado por ello debido a la información que tenía. Además, se recordó, intentando convencerse sin mucho éxito, era una mujer muy hábil e inteligente, muy capaz. No necesitaba que nadie acudiese en su rescate.

Por supuesto, lo irónico de aquella situación era que él sí necesitaba de esa ayuda externa para poder salir de allí. Lo último que recordaba era estar hablando con el conde y acto seguido sentir un fuerte golpe por detrás. No necesitaba hacer muchas cábalas para atinar con la identidad de la persona que sería capaz de atentar contra su vida en los dominios de Kerr. De hecho, era más que evidente que no podría ser otro más que el propio marqués; lo cual significaba una cosa: que este sospechaba de él, o, al menos, desconfiaba lo suficiente como para ordenar su secuestro.

«Un secuestro», se dijo como si no lo creyese.

De no ser porque la víctima era él mismo resultaría hasta cómico, una burla, demasiado incluso para aquel delincuente de sangre azul.

Lo que lo desconcertaba de toda esa situación tan nefasta para su persona era la participación de Durham. Nunca hubiese creído que el joven conde colaboraría con su tío en sus desmanes, en cierto modo lo tenía por un hombre de principios, con sentido del honor. Al menos no tenía noticias que le hicieran creer que había tomado el camino de su tutor.

Y, sin embargo, ahí estaba, siendo cómplice de este.

Desde luego había supuesto una desagradable sorpresa, sobre todo porque le dio el golpe que lo llevó a descubrir su implicación en toda aquella desagradable situación. Él se había despertado temprano y salido con sigilo de la habitación de Violet, así no tendría que enfrentarla cuando despertara sin que hubiera planeado qué decir acerca de lo que había ocurrido entre ellos. Bajó a desayunar y entonces se encontró con el joven, quien le pidió que lo acompañara al despacho de su tío para mostrarle algo.

Y lo siguió cual cordero sin atisbar la posibilidad de que este pudiera haberle tendido una trampa.

Intentó no fustigarse demasiado pensando en su falta de previsión respecto al noble.

Nunca debió dar nada por sentado.

No, no debió hacerlo.

Después de todo era casi imposible llegar a saberlo todo de los demás, y con el conde parecía haber errado en su juicio. Debió haberlo investigado más. El hecho de que no hubiese oído hablar de él como partícipe de algún tipo de escándalo, o que no hubiese sido objeto de ningún desagradable rumor debió haber despertado sus sospechas; como mínimo, para realizar una pequeña investigación sobre el heredero del temido y vilipendiado marqués.

Ni siguiera lo tuvo en consideración como posible amenaza y eso es lo que lo hacía más peligroso porque, ¿qué secretos podía ocultar lord Durham? O, lo que lo dejaba más expuesto, ¿hasta dónde era capaz de llegar?

A Kerr lo conocía bastante bien, y sabía casi todo lo que era de interés saber sobre él, pero de su sobrino no tenía ningún tipo de información de valor. Gruñó al verse en aquella situación y sin tener muy claro cómo iba a salir de ella.

Aquello era excesivo incluso para el marqués, sentenció.

No tenía recuerdos de lo que había pasado después de ser golpeado. El único conocimiento que poseía era el de despertar atado a una silla de pies y manos, unido a una mordaza que le cubría la boca tan fuerte que amenazaba con dejarle marcado el rostro. Por supuesto que la mirada astuta y malvada que Kerr le dirigía en aquel momento no es que ayudara mucho a calmar su preocupación.

—Bueno, mi estimado Melbourne, hasta aquí llegan tus fechorías.

Howard lo miró sin pestañear, después de todo, la fama de pendenciero que tenía aquel noble no era ninguna broma, y de sus sucias tretas y falta de cualquier empatía, estaba muy al tanto.

—Creo que va siendo hora de que recibas la lección que debió darte, hace años, tu padre —lo amenazó con una sonrisa malvada en el rostro.

¿En serio?

La expresión de Howard era de burla.

—Ponte cómodo.

Por supuesto que Kerr sabía su verdadero origen, era de los pocos que lo conocían, ya que podría decirse que hizo de alcahueta en su momento y, de ahí, las cartas que tenía en su poder y de las que él ansiaba apoderarse.

Sin previo aviso, hizo un leve movimiento de cabeza y uno de sus criados, que tenía más pinta de matón de Whitechapel que de sirviente, lo golpeó en el costado. Y lo hizo con tanta saña que hubiera jurado que con el golpe le había roto un par de costillas.

«Como si no estuviera ya bastante mal», pensó con ironía.

El marqués, al ver que Howard no emitió protesta alguna ante la agresión, hizo una nueva señal al hombre para que volviera a atizarle, y este lo hizo con una sonrisa de pura satisfacción. En esta ocasión sí que protestó, lo que provocó que Kerr sonriese de forma perversa.

De nuevo le hizo una señal a su secuaz y, esta vez, los golpes no cesaron hasta que perdió completamente el conocimiento.

Su último pensamiento, antes de desmayarse, fue para recordar los bonitos ojos de Violet.

—¿Mi tío te ha dado la orden de que lo golpeases tanto? —preguntó el joven noble apretando los dientes. Deseaba romperle la nariz a ese imbécil, seguramente había disfrutado como el bellaco que era, destrozando al hombre de aquella forma.

—Lo ha hecho —replicó ufano, a la vez que le dirigía una mirada de satisfacción.

Ronan observó de nuevo aquel desastre y tuvo ganas de romperle la cara a ese rufián, pero fue consciente que lo que le decía era tan cierto como que él era el heredero del marquesado. Sintió un regusto amargo en la boca del estómago por haberse implicado en

aquel asunto tan feo. Y se enfadó tanto con él mismo que sintió náuseas al pensar que todo aquello podría haberlo evitado si se hubiera negado a formar parte de aquel descabellado plan.

Pero no lo hizo, y ahí estaba, mirando al hombre desmayado atado en la silla y con el rostro destrozado, y todo por contentar a su caprichoso tío.

Decidió que pondría fin a aquello inmediatamente.

No pensaba seguir contribuyendo en la manera que fuese a aquel atropello.

Lothian podía ser muy intransigente cuando se trataba de sus asuntos, pero no pensaba seguir permitiendo ese abuso contra un caballero, por más indeseado que este fuese, en la casa ancestral de su familia. Fue un ingenuo al creer que se limitarían a darle un susto para obligarle a devolver lo que fuese que le había arrebatado a su tío, sin embargo, aquello estaba más próximo a convertirse en un asesinato que otra cosa.

Melbourne no estaba dispuesto a ceder ni su tío tampoco, así que tendrían que arreglar sus afrentas de otro modo, o fuera de su hogar, pero no allí. Lo único que les faltaba para terminar de hundir el título de la familia era acabar asesinando a golpes a un alto funcionario muy bien relacionado con la aristocracia.

¡Por todos los infiernos que su tío iba a tener que ceder!

Miró a aquella bestia y le dio una orden.

—Ve a buscar al marqués y dile que lo espero aquí, necesito hablar con él de inmediato.

Al secuaz de su tío no pareció gustarle lo que intuía que pretendía hacer con respecto al prisionero.

—Lord Kerr dio instrucciones de no ser molestado esta noche —farfulló en un intento de eludir la orden.

¿De verdad aquel infame iba a intentar ponerle las cosas difíciles?

—¿Te atreves a desobedecerme?

Ronan lo miró de forma tan despiadada que el hombre se llegó a sentir inseguro por unos segundos, llegando a dudar por un leve instante si debería hacer lo que este le pedía. Vio al otro sopesar si sería más peligroso enfrentarse a la posible ira del marqués o al posible enfado del conde por lo que lo observó, no sin cierta

inquietud. Hasta que, finalmente, pareció decidir que hasta la fecha no conocía a nadie tan peligroso como su jefe.

—Me limito a cumplir lo que dictó su tío —le dijo cuando decidió por fin a quien debía obediencia en caso de conflicto—. Cualquier cuestión referente al prisionero, tendrá que esperar a que él decida cuándo debe tratarse. Si no está conforme con alguno de los procedimientos de milord puede ir a su encuentro y trasladarle su queja.

Ronan apretó la mandíbula, discerniendo qué sería mejor: si darle una lección que no pudiera olvidar o actuar con inteligencia, e intentar evitar el desastre que parecía que estaba a punto de cernirse sobre su familia.

—Entonces, sal de aquí, escoria —masculló controlando los deseos de golpearlo hasta dejarlo inconsciente, tal como había hecho el otro con Melbourne—. Tu sola presencia me enferma.

El criado lo miró con gesto de desafío antes de aceptar que no estaban en igualdad de condiciones, ni por complexión física ni por nacimiento, pero jurando entre dientes por tener que soportar a ese señorito altanero y engreído.

En cuanto se hubo marchado, Ronan suspiró frustrado.

¿Cómo habían podido llegar tan lejos?

Miró al casi despojo humano que tenía ante él y decidió despertarlo, tal vez si conseguía que le dijese dónde había escondido lo que le había robado a Lothian podrían salir indemne de aquella situación. En realidad todos, porque no le cabía la menor duda de que, finalmente, su familia acabaría pagando un alto precio si algo llegaba a ocurrirle a ese hombre.

Capítulo 17

—¿Lo atamos? No podemos arriesgarnos a que despierte, ¿verdad? —Frances hizo la pregunta como si ya supiera la respuesta. En realidad, lo único que necesitaba era la confirmación de su hermana.

Violet asintió sin dejar de arrastrar al enorme hombretón por los hombros hasta dejarlo colocado tras la puerta que daba al cuarto de limpieza que había en la cocina. Lo suficientemente separado de la misma como para que pudieran salir por ella en cuanto hubieran inmovilizado a su presa.

—Vamos, ayúdame a colocarlo bien, y acércame la soga que hemos visto antes en la silla junto a los fogones. Eso bastará para mantenerlo un rato fuera de combate mientras rescatamos a Howard.

Si Frances pensó que era la primera vez que la escuchaba llamar al líder de aquella trama por su nombre de pila, decidió no decir nada, por el momento. Era muy consciente de que en esos instantes el tiempo resultaba crucial y que su misión había tomado un cariz más peligroso de lo que hubiera llegado a imaginar cuando se embarcaron en ella.

—Enseguida, mi capitana.

Violet asintió, intentando disimular el terror que se había apoderado de ella al ser consciente de que no sería fácil salir de allí ilesas y rescatar a Melbourne, todo en uno. Así que evitó mirarla directamente a los ojos, con el fin de que no viera la preocupación

en ellos. Después de todo, Frances era demasiado astuta para su propio bien.

Les costó un poco girar al hombre hasta colocarlo boca abajo y maniatarlo debido a sus enormes dimensiones, pero sabía por experiencia que, en la mayoría de las ocasiones, se trataba más de habilidad que de fuerza, así que, al cabo de unos minutos, lo consiguieron. Cuando consideraron que estaba lo bastante sujeto como para crearles algún contratiempo, decidieron dejarlo allí, no sin que antes la más joven le propinara un nuevo sartenazo con la sartén de hierro. Esta la había cogido antes de la mesa de la cocina para golpearlo desde atrás mientras Violet lo distraía. No le atizó con tanta fuerza como la que había utilizado momentos antes para derribarlo, pero sin duda el golpe fue suficiente para mantenerlo fuera de combate durante un buen rato. A continuación, abandonaron la cocina dejando la puerta, tras la que se encontraba su víctima, cerrada y tomando rumbo hacia el lugar donde se suponía que debía estar su objetivo.

Frances había visto como se llevaban a Melbourne los hombres del marqués, así que se habían dirigido hacia allí no sin antes sacar de la partida a ese matón.

Sabían que su anfitrión había ido directo a los aposentos de Howard y que en esos momentos se encontraba registrándolos como un loco, buscando lo que ellas tenían. Así que corrieron a cerrar la puerta del dormitorio desde fuera y también la que comunicaba con el dormitorio de Violet, trabándola con el diván que había allí. Para cuando el noble desistiera en su búsqueda e intentara salir, no podría hacerlo y tendría que llamar a gritos a la servidumbre para que lo ayudara. Estaban seguras de que para entonces, ellas estarían bastante lejos junto con Melbourne.

Violet era consciente de que no tendrían muchas posibilidades de salir victoriosas de cualquier rescate si no actuaban con astucia, por lo que lo más sensato sería ir con cautela y no actuar movidas por impulsos.

En cuanto estuvieron seguras de lo que debían hacer fueron en busca del torturador, que era como Frances había bautizado al sirviente que había visto golpear una y otra vez a Melbourne. El hombre parecía enfadado por algo y a Violet no le resultó difícil interponerse en su camino. Lo distrajo llevándolo hacia las cocinas, las cuales estaban vacías gracias a las dotes de Frances para la mentira y la manipulación. La muy pícara había conseguido que casi todo el personal de la casa se marchara hasta el atardecer, trasladándoles una falsa orden del marqués que a nadie le resultó extraña porque, en aquella mansión, nada de lo que sucedía entraría dentro de lo que se consideraba normalidad en una familia de rancio abolengo.

En resumidas cuentas: habían conseguido poner fuera de escena al marqués, al torturador y al personal de la casa, por lo que solo les quedaba el conde.

—¿Tienes tu pistola? —preguntó Frances en un susurro.

Violet la miró molesta, no le gustaba que su hermana hablara de armas teniendo en cuenta sus antecedentes.

—La tengo.

—Estupendo —le dijo con los ojos brillantes—. ¿Por casualidad no tendrás una para mí, verdad?

—Ni lo sueñes.

—Lo imaginaba —protestó evitando mirarla a los ojos.

De repente se le ocurrió que tal vez Frances podría haber actuado por su cuenta desobedeciéndola.

—Espero que no hayas robado ningún arma de la casa.

—No soy una ladrona —la informó molesta.

Si decidió que le estaba mintiendo, lo dejó pasar, no era el momento de ponerse a discutir, y con su hermana era mejor hacerla entrar en razón que obligarla a hacer algo.

Inspiró hondo para calmarse.

Estaban fuera de la pequeña casita de madera en la que se encontraba el prisionero, se accedía a ella desde un pequeño sendero oculto tras los árboles en la parte trasera de la mansión.

Gracias al papel dentro de la servidumbre que Frances había adoptado, pudieron conocer del secuestro de Howard, de cómo se lo llevaban y lo golpeaban, y del lugar en el que se encontraba retenido. De no ser por ello, y gracias a que entre el personal de la casa se contaban mil y un chismes, no habrían podido dar con dicho emplazamiento, ya que si no formabas parte de los residentes, resultaba casi imposible conocer su existencia.

Al parecer todos sabían que ese era el lugar donde lord Kerr trataba con aquellos que lo enfurecían o con quienes decidía ajustar cuentas, por lo que pocos se aventuraban a ir sin su permiso si no querían ser objetivo de su furia. Afortunadamente, su hermana se había metido a casi todo el servicio en el bolsillo gracias a su gran talento para engatusar a quien se propusiera y los criados le habían confiado muchas de las viles historias en lo referente a las sórdidas actividades del marqués.

Se mordió el labio inferior en un intento de mantener la calma.

Estaba preocupada.

Desde que supo que se lo habían llevado contra su voluntad y lo habían golpeado, empezó a sentirse inquieta, en un estado continuo de angustia que hacía que, en algunos momentos, le faltara el aire. No se permitía pensar en el estado en el que podrían encontrarlo. No podía. Solo imaginar que le hubieran hecho algo horrible, conseguía estremecerla.

Después de todo, no podía olvidar lo que sabía sobre la reputación de Kerr, este era implacable y todo indicaba que cualquier cosa podía suceder.

Suspiró profundamente intentando calmarse, la serenidad era crucial para salir airosa de aquella situación. Pero ¿cómo no preocuparse por el estado en el que se podía encontrar al hombre que amaba?

Lo amaba.

Y lo hacía desde hacía mucho.

Y esa verdad era algo que jamás le había confiado a nadie, y eran unas palabras que jamás pronunciaría en voz alta. Eran su secreto, su enorme secreto, y el motivo por el que se había mantenido a su lado durante tanto tiempo.

Llevaba años amándolo en silencio; admirándolo y velando por él desde la distancia, sin que este se percatara de ello como para que, por fin, cuando había conseguido su atención más allá de la relación profesional que los unía; cuando él decidió reparar en su presencia como mujer y no como un mero peón que utilizaba para conseguir sus fines: lo perdiera.

Y no iba a hacerlo.

No lo haría.

Al menos no iba a permitir que le sucediera algo malo a manos de aquel noble despiadado.

A pesar de que era consciente de que nunca sería suyo, de que lo que habían tenido no iba a llegar a nada más que a un escarceo amoroso, nunca podría perdonarse el no intentar salvarlo; porque ella lo salvaría.

Iba a hacerlo.

Y lo haría no solo por él, sino también por ella misma.

Lo haría porque lo amaba, y a los seres a los que se ama, se les cuida, aunque no quieran formar parte de nuestra vida, aunque no nos tengan en cuenta para que formemos parte de la suya.

Se cuida lo que se ama, aunque el objeto de nuestro amor no nos corresponda.

Y ella cuidaba a los que amaba, y solo amaba a dos personas en este mundo: a su hermana Frances y a Melbourne.

—Violet, ¿estás aquí? Porque te necesito con todos tus sentidos.

Miró a su hermana como si se hubiera olvidado de donde estaban, ¿qué le estaba preguntando?

«Por todos los infiernos, concéntrate».

—Sí, sí, por supuesto.

—No lo parecía —la miró perpleja.

Frances llevaba días observándola y estaba segura de que algo le ocurría, y que el bellaco de Melbourne tenía que ver con ese estado. Desde hacía bastante pensaba que la aparición del hombre en sus vidas había supuesto una tabla de salvación pero con astillas.

—¿Por qué?

—No pareces tú misma, estás muy extraña últimamente —le aclaró con mirada astuta.

Violet se aclaró la voz, Frances la conocía perfectamente y seguro que sospechaba algo.

—Estoy bien.

—Pues yo creo que algo te ocurre y no quieres contármelo.

—Estoy perfectamente.

«¡Por favor, Frances, no sigas preguntando!».

—Si tú lo dices —pero su mirada parecía advertirle que no lo iba a dejar estar.

La ignoró.

—Vamos a entrar —le ordenó—, por si el conde estuviese dentro primero entraré yo y fingiré que me he perdido. Si no está, te haré una señal para que vengas rápido y lo soltaremos. Luego nos marcharemos juntos. No permaneceremos ni un segundo más de lo estrictamente necesario en este lugar —la miró con intención—. Ya tenemos lo que habíamos venido a buscar, solo nos falta Howard.

Frances la observó con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—Me gusta mucho más cuando simplemente lo llamas «Sr. Melbourne».

Ignoró de nuevo aquella observación de su hermana menor y volvió a aclararse la garganta.

—Vamos.

Frances no se movió, al parecer tenía algo más que decir.

—No me gusta el plan, creo que yo debería entrar primero porque sería menos extraño que yo, como tu doncella, me haya perdido buscando a alguien del servicio, a que lo hagas tú.

Violet suspiró frustrada y negó con la cabeza.

—No voy a permitirlo.

Si podía evitar que Frances corriera peligro, o al menos no corriera tanto peligro, lo haría.

—Pero…

La miró con dureza.

—Esto no es objeto de discusión, o me haces caso o te vuelves a la mansión hasta que haya rescatado a How… el Sr. Melbourne —se corrigió en el último momento.

El rostro de Frances ya mostraba la suficiente rebeldía como para predisponerla aún más a desobedecerla. Acertó a ver en sus ojos un brillo de posible insumisión y maldijo, pensando que aquel no era el momento de lidiar con su indisciplina.

Finalmente, la otra asintió, aunque de mala gana, consciente de que Violet era una agente experta y ella una novata que había osado infiltrarse en la casa de un conde y luego atentar contra su vida.

Y que de milagro no la habían colgado.

Capítulo 18

Melbourne permanecía inconsciente tras la dura golpiza y eso lo reconcomía.

No había nada de honorable en secuestrar a un caballero y ordenar a un criado que lo golpeara hasta dejarlo sin sentido. Es más, si alguien alguna vez le pidiera que definiera lo que era el deshonor, desde luego que describir lo que habían hecho con el hombre podría servir perfectamente para ello.

Aquello era un despropósito y su tío lo sabía.

Era una vileza y ambos lo sabían.

Pero allí estaban, con el hombre maniatado e inconsciente, su tío furioso buscando unos documentos de quién sabía qué, y qué importantes serían como para llegar a semejante bajeza, y él debatiéndose entre hacer como si no supiera nada o actuar como le indicaba su conciencia.

Estaba frustrado e iba ganando su conciencia.

¡Por el amor de Dios, ellos eran caballeros! No eran unos animales, no se comportaban como tales. Aquello no podía ser, tenía que ponerle fin a ese desastre o su apellido sería irrecuperable una vez que se descubriera aquel atropello. Era un hombre de bien y se tomaba muy a pecho el conducirse de manera honorable y, así, intentar, en la medida de lo posible, devolverle algo de respetabilidad al apellido familiar. Un apellido que Lothian se había empeñado en ensuciar de todas y cada una de las formas imaginables.

Y, desde luego, pensó, aquella acción no ayudaba a su propósito por muy empecinado que Kerr estuviera en escarmentar a Melbourne.

Tras debatir consigo mismo entre la lealtad que le debía a su tío o a su conciencia, decidió ponerle remedio de la única forma posible aunque, con ello, le tocara lidiar con el mal carácter de su tutor.

El motivo de aquella forma de ser infame del marqués era un misterio para él y para la mayoría. Nadie sabía qué lo hizo cambiar de la noche a la mañana, y que de ser un joven prometedor aunque algo alocado y mujeriego, acabara convirtiéndose en un pendenciero, un criminal y un canalla; todo por ese orden. Lo único que averiguó, después de insistirle mil veces a su madre, y de indagar sin mucho éxito, fue que su cambio se produjo por algún episodio de su juventud relacionado con una muchacha.

«Todo muy teatral», pensó haciendo una mueca.

Sí, como el carácter imprevisible de su tío.

La puerta se abrió mientras Ronan todavía estaba decidiendo qué iba a hacer con el funcionario, dando paso a una sorpresiva y nada deseada visita.

—¡Oh, discúlpeme! —se excusó falsamente Violet.

Se giró rápidamente al reconocer la voz de la amante de su prisionero.

¡Demonios!

—Señorita Brookes —la saludó disimulando su contrariedad, intentando ocultar a los ojos de la dama lo que se estaba cociendo en aquella pequeña cabaña.

¿Podía complicarse más aquella situación?

—Creo que me he perdido —le sonrió con cara de lela. Esa que algunos hombres consideraban que era la expresión habitual de la mayoría de las mujeres de su época.

—Toda una contrariedad —le dijo con amabilidad.

—Y, lo cierto, es que no sé cómo volver a la mansión —le explicó Violet intentando mirar con disimulo por un lado del conde, ya que hacerlo por encima de este era casi imposible teniendo en cuenta su estatura. El hombre se había colocado con demasiada rapidez justo

delante de la pequeña puerta y le resultaba muy complicado ver el interior del lugar.

—Y una suerte para mí poder acompañarla de regreso —la ironía en su voz era palpable. Tenía que sacarla de allí de inmediato o las cosas tomarían un cariz que era mejor no imaginar. Su tío podía hacer acto de presencia en cualquier momento.

Por su parte, Violet, no iba a permitir que la despachara del lugar sin su objetivo. Frances le había asegurado que se encontraba allí, y solo se iría sin él si resultaba que no estaba.

—Lord Kerr me ha enseñado la galería principal —prosiguió como si tal cosa—. Ha sido realmente encantador, incluso se ha tomado el tiempo necesario para ayudarme a conocer muchos aspectos de la propiedad —se le daba muy bien adoptar cualquier papel y mentir—. Ha despertado tanto mi curiosidad, que he salido a explorar por mi cuenta hasta que ya no sabía por dónde ir. Estaba ya totalmente desalentada cuando he visto este lugar. ¡Qué suerte que estuviera usted aquí!

Le dio un golpecito en el brazo y se inclinó un poco más para echar una ojeada.

—Sin duda la providencia la ha guiado hasta mí.

—Desde luego.

—La curiosidad es un don un tanto peligroso en determinadas situaciones, señorita Brookes.

Ella sola se había colocado en aquella situación, pensó el joven ideando cómo sacarla de allí sin armar un escándalo que atrajera la atención de alguien hacia la casita.

—No sea tan dramático, lord Durham.

—¿Lo soy? —preguntó divertido sin saber qué hacer ante aquella situación.

Lo que sí tenía claro era que no iba a permitir que se lastimara a aquella mujer, tenía que llevársela de inmediato del lugar.

«Solo espero que antes no llegue Lothian».

Violet evitó responderle de inmediato, únicamente sonrió y en se instante un leve quejido atrajo su atención, provocando que el hombre se tensara borrando la sonrisa de su atractivo rostro, y fue entonces cuando lo supo.

Y estuvo segura de ello.

Estaba allí aunque no pudiera verlo.

Fingió no haber oído aquel gemido y se llevó una mano al pecho, aparentando estar cansada. Segura de que su pequeña pistola estaba escondida en el bolsillo oculto de su falda junto con los documentos que habían motivado todo aquello. A la vez, observaba con mucha atención cualquier movimiento que pudiera hacer el conde y supusiera un peligro para ellas.

De nuevo otro sonido, y esta vez sonó como si algo estuviera revolviéndose.

Ronan finalmente se puso serio.

—No debería estar aquí, márchese, por favor.

Violet introdujo con disimulo la mano en el bolsillo mientras intentaba distraerlo, ignorando su advertencia.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó con inocencia—. ¿Quién hace esos ruidos?

Su voz sonó entrecortada, como su estuviera muy asustada.

—Créame, señorita, no le conviene hacer preguntas, así que la escoltaré hasta su habitación y luego recogerá sus cosas y volverá a Londres: sola —su tono no dejaba lugar a dudas de que le estaba dando una orden—. Será lo más seguro para usted.

La miró esperando que ella hiciera una escena ante tal falta de educación o acabara despatarrada por el suelo fingiendo un desmayo, como solían hacer la mayoría de las damas que su madre y su abuela no dejaban de presentarle como posibles candidatas a futura condesa.

Se equivocó.

Capítulo 19

En cuanto tuvo en su mano el arma, se inclinó hacia adelante fingiendo que estaba mareada. Como ya había previsto, Ronan adoptó una actitud solícita, de caballero en pos de dama en apuros, tal y como esperaba que reaccionase; por lo que aprovechó esa ventaja para incorporarse y apuntarlo con ella.

Él no se esperaba dicha treta, así que cayó en su trampa con una candidez pasmosa.

Demasiado fácil.

—Es mejor que no se mueva y me obedezca, sería un desastre que pudiera salir herido.

Ella había investigado al conde, había hecho los deberes respecto a los hombres del marquesado, y, por lo que había averiguado, parecía comportarse como todo un caballero, de ahí su predisposición a ayudarla cuando pensó que iba a desmayarse.

Resultó predecible.

Después de todo, la mayoría de aquellos nobles no veían a una mujer como una posible amenaza y de ahí su vulnerabilidad ante un ser letal como lo era ella. Ese prejuicio masculino hacía que su trabajo resultara sencillo en la mayoría de las ocasiones.

—De todas las cosas que pudiera imaginar —le confesó incrédulo —, esta jamás la concebí: es usted toda una caja de sorpresas, señorita Brookes.

La expresión de Violet había cambiado y el hombre lo había notado.

En un instante, había pasado de la de una joven insegura y con aspecto de ser una mujer necesitada de protección, a la de una mujer fría, segura de sí misma, plenamente consciente de lo que estaba haciendo. No pudo evitar mirarla, entre asombrado y admirado, con un principio de sonrisa en su aristocrático rostro.

Aunque también contrariado.

¿Estaba ocurriendo aquello en realidad o era su imaginación que le estaba jugando una mala pasada? Aquel nuevo acontecimiento desde luego que lo complicaba todo un poco más; y solo rezaba para que aquel entuerto no empeorase aquella desastrosa situación.

—Evidentemente, uno de mis objetivos en este día era sorprenderle —no pudo evitar un amago de sonrisa.

Siendo sincera, tenía que reconocer que le caía bien ese hombre.

—Me decepciona usted.

—Es una de mis cualidades —le dijo—, así que no espere nada de mí y no se desilusionará.

Ronan cruzó los brazos detrás de la espalda esperando que ella manifestase cuáles eran sus intenciones, aunque lo cierto era que ya tenía una clara sospecha de cuáles podrían ser estas. Después de todo, aquella mujer mantenía una relación con Melbourne.

—Creo ser conocedor de lo que ha venido a buscar.

No se anduvo con rodeos.

—Más bien a *quién* —lo corrigió Violet—. Aunque lo más conveniente para ambos sería que no me hiciera perder el tiempo, lord Durham. ¿Está aquí, no es cierto?

Esperó su respuesta con el corazón en la boca, como si le fuera la vida en ello, pero fingiendo que no le importaba, fingiendo un desapego que no sentía, fingiendo que era un trabajo más. Su corazón le decía que Howard estaba allí, su intuición se lo decía, y Frances le había dicho que lo encerraron en aquel lugar. No obstante, aun así, necesitaba que se lo confirmara para que esa angustia desapareciera. Estaba segura de que en cuanto lo encontrara, su corazón podría regresar a su ritmo normal y no a ese palpitar incontrolado que se apoderó de él en cuanto supo de su secuestro.

«Tengo que serenarme si quiero que todo salga bien. No puedo fallar».

No iba a cometer ningún error que lo pusiera en peligro.

«Él está aquí. Tiene que estarlo: lo presiento».

¿Y si se estaba equivocando o el marqués les había tendido una trampa? ¿Y si no eran suyos los quejidos que había escuchado? ¿Y si su necesidad de encontrarlo le había jugado una mala pasada y, en realidad, no había escuchado sino ruidos imaginarios motivados por la urgencia de dar con él?

No, él estaba allí.

Tenía que estarlo.

Y estaría vivo, a pesar de la fama que precedía al noble este no se atrevería a tanto, no sería capaz de matar a alguien como Howard, ese sería su fin.

«Cálmate».

Actuaría con sosiego, con determinación, con fiereza si hacía falta, pero lo sacaría de allí.

Ronan la observó durante unos minutos más, un breve periodo de tiempo que le ayudó a decidir cuál sería la mejor forma de proceder. Se había convencido de que podría quitarle el arma si lograba sorprenderla, si conseguía distraerla lo suficiente, pero la dura mirada de la mujer le hizo ser consciente de que no sería una tarea fácil. Sería incluso peligrosa. Aquella joven sabía lo que hacía y, con toda seguridad, en cuanto intentara quitársela y reducirla, no dudaría en disparar. Desprendía un aura de confianza que había visto en muy pocas de las mujeres que conocía, pero sí que la había visto en algunos hombres. Esa mirada ausente de emociones cuando se proponía algo que le recordaba a alguien muy cercano.

Le recordaba a alguien que no conseguía identificar en ese momento. Tuvo la sensación de que aquella señorita entrañaba más secretos de lo que parecía a simple vista, secretos que de alguna forma le afectaban. Sin embargo, desechó tal pensamiento por inoportuno.

No era el momento de hacer elucubraciones sobre qué relación podía unirlos, si es que existía alguna o, simplemente, pensó con ironía, todo aquello no era sino el hecho de que no estaba

acostumbrado a tratar con mujeres capaces de apuntarlo con un arma y amenazarlo.

—En efecto, aquí está, aunque debo decirle que no está en las mejores condiciones.

Violet entrecerró los ojos.

—Pero está vivo.

—Lo está —asintió Ronan sin dejar de observarla.

—¿Por qué tardas tanto?

Frances interrumpió su extraña charla entrando sigilosamente tras ella.

—Vaya, qué inesperada sorpresa —Ronan alzó una de sus cejas cuando vio aparecer a la muchacha.

La más joven ignoró tanto al hombre como el comentario.

—Démonos prisa —urgió a su hermana—, ve a ver cómo está Melbourne mientras yo lo vigilo.

Violet decidió que no era el momento de discutir cuando vio la pistola con que su hermana apuntaba al otro y se apresuró a acudir al lugar del que provenía el sonido.

No tardó mucho en localizarlo y casi se le cae el alma a los pies cuando lo encontró.

Parecía desmayado, pero no lo estaba, aunque su aspecto era lamentable, magullado y con un ojo casi cerrado debido a los golpes.

—Howard —lo llamó inclinándose junto a él.

Este emitió un gruñido y abrió el ojo que no tenía tan golpeado.

Y la miró, clavando aquel pozo azul en ella, deleitándose con la visión.

—Violet —dijo sin aire.

—No hables —le ordenó—, te voy a desatar y nos vamos.

Melbourne asintió y no opuso resistencia cuando ella lo hizo, sin embargo no pudo ponerse de pie sin ayuda, y Violet no era lo bastante fuerte como para cargar con él ella sola.

Necesitaba ayuda.

En ese instante aparecieron su hermana y el conde.

—Permítame ayudarlas —se ofreció Ronan, con la pistola de Frances colocada justo en su espalda.

Se percató de que su hermana tenía cara de estar enfadada y que el conde no dejaba de sonreír, aunque decidió no decir nada, no era el momento. Su máxima prioridad era salir de allí antes de que alguien más las descubriera y echara por tierra sus planes.

—¿Por qué debería confiar en usted?

—Porque no estoy de acuerdo con esta forma de actuar de mi tío y creo que lo más conveniente es que se marchen cuanto antes.

—Pero…

—No quiero saber lo que se traen entre manos con el marqués —la cortó—: solo desaparezcan.

Violet lo miró a los ojos un momento, decidiendo si debían confiar en él, hasta que, finalmente, entendió que no les quedaba otra opción.

—De acuerdo.

Frances fue a protestar pero se mantuvo en silencio cuando vio la mirada de advertencia de su hermana. Ya era consciente de que le echaría un buen sermón por ir armada sin su consentimiento, así que mejor no empeorar lo que estaba por llegar.

—Esperen aquí mientras voy por mi calesín, en él pueden viajar usted y Melbourne —Violet fue a protestar—, yo llevaré a su doncella.

Sin que nadie le diera el consentimiento o dejara de apuntarlo con el arma, Ronan se marchó veloz a hacer lo que les había indicado. Y, en ese momento, supieron que nunca lo habían tenido a su merced, y que, simplemente, les había seguido el juego.

—No pienso ir con él —murmuró Frances.

—No tenemos otra opción.

Frances miró a su hermana con los dientes apretados pero no dijo nada, aunque no pensaba hacer lo que ese estúpido decía.

Él no daba las órdenes.

Capítulo 20

—El doctor Simons acaba de marcharse —Violet se tiró de forma muy poco elegante en el sofá que ocupaba el centro del saloncito.

—¿Y?

—Sobrevivirá —añadió con una sonrisa que le salió de lo más profundo del alma—, aunque tiene el hombro dislocado y algunas costillas rotas.

—Además del rostro irreconocible.

—Así es.

—¿Sabes? —le confió su hermana pequeña—. A pesar de que me saca de mis casillas por lo autoritario que es, he llegado a tomarle cierto cariño —hizo una pausa—, y me asusté mucho cuando se lo llevaron.

Violet esquivó la mirada de Frances, no quería que viera la verdad de sus sentimientos en sus ojos.

¿Acaso no decían que los ojos eran en el espejo del alma? Pues ella prefería que sus espejos no mostrasen la suya.

—Por lo pronto, necesita descansar unos días, luego hablaré con él y podremos irnos.

—Una gran noticia, ¿no? —la miró fijamente.

Frances era consciente de que algo había provocado un cambio en su hermana aquellos días en el campo. Y estaba segura de que no andaría muy errada si ese algo lo transmutaba a «alguien», incluso podría apostar su mano izquierda a que todo era debido a la persona que yacía postrada en la cama del piso superior.

—Aún no puedo creer que te subieras al caballo del conde y salieras al galope dejándolo atrás —cambió de tema ya que no quería tener que responder a ello.

A Frances no le pasó desapercibida aquella maniobra, pero soltó una risotada al recordar la escena.

—¿Viste su expresión de incredulidad?

Violet también estalló en carcajadas.

—Solo trataba de ayudarnos —le recordó—, y gracias a él pudimos escapar.

—No tuvo opción.

—Me gusta —confesó—, no puedo evitarlo, me provoca un sentimiento de ternura.

—Es insufrible —farfulló.

Esta vez fue Violet quien miró de forma astuta a su hermana pequeña, no sabía por qué pero había algo en la forma de interactuar entre el conde y Frances que no le gustaba.

—Y muy apuesto —añadió esperando ver su reacción—, exageradamente apuesto, podría decir.

—Es un presumido, y un engreído —dijo tornando la mirada hacia el ventanal mientras hacía una mueca.

—¿No querrás hacerme creer que no te has fijado en lord Durham?

Frances se mantuvo en silencio al menos un minuto antes de hablar de nuevo, no pensaba reconocerle ningún atributo al conde.

—Violet —cambió de tema—, ¿le vas a dar los documentos a Melbourne?

No le dio tiempo a responder cuando un alboroto atrajo la atención de ambas mujeres, consiguiendo que se pusieran en pie de inmediato.

— ¿¡DÓNDE INFIERNOS ESTÁ!?

Lord Kerr la miraba como si quisiera asesinarla.

La acusaba con los ojos, como si lo hubiera traicionado y, Violet, pensó que alguien como él, acostumbrado a los subterfugios, debería estar más que acostumbrado a las intrigas, los engaños y la manipulación. Entonces, ¿por qué aquella sensación de que había hecho algo malo se había apoderado de ella?

—Me vas a decir ahora mismo dónde se encuentra ese infame —la amenazó.

Ella tragó saliva mirando por encima de la cabeza del noble, buscando ayuda.

¿Dónde estaba Conrad cuando se le necesitaba? No solo era un mayordomo, también era el hombre de confianza de Howard.

—Milord, no…

—No estoy de humor para ninguna de sus patrañas, señorita Brookes —la cortó mirándola con dureza—. Usted, junto a ese rufián, se han aprovechado de mi hospitalidad para robarme. Han venido a mi casa y abusado de mi confianza, y —la señaló con el dedo—, créame que nadie, absolutamente nadie, que haya osado burlarse de mí de tal forma, ha salido indemne.

—¡Deje de intimidar a mi hermana! —lo interrumpió la más joven.

El marqués la miró por un segundo, con desprecio, como si fuera un insecto insignificante que no mereciera su atención, si se sorprendió ante la confesión de aquella jovenzuela, no lo demostró.

—Vas a llevarme ahora mismo junto a tu amante —le dijo tomándola dolorosamente por el brazo.

Violet conocía demasiado bien la fama que precedía a aquel hombre, pero no por ello iba a achantarse ante él, Melbourne estaba descansando, recuperándose de la brutal paliza que había recibido a causa de ese mismo, y no iba a permitirle que le causara más daño.

—No es el mejor momento para que lo pueda recibir, no se encuentra bien.

Lothian esbozó una sonrisa demoníaca, apretando más su agarre, consiguiendo que emitiera un gemido de dolor.

—Te he dado una orden y espero que me obedezcas.

—Solo trato de explicarle que en este instante no puede recibirle —se mantuvo firme aunque empezó a temblar.

—Has conocido mi parte más amable porque hay algo en ti que me intriga, conseguiste despertar mi curiosidad —sus ojos parecían inhumanos—. Pero, del mismo modo, puedo mostrarte mi lado más oscuro, jovencita.

Violet sintió como el corazón se le desbocaba de puro terror ante lo que aquel desalmado pudiera tener pensado hacer. Miró a su

hermana, que inexplicablemente y gracias a Dios, permanecía en silencio. Con toda seguridad percibía el peligro y, Violet, volvió a pensar que era demasiado inteligente para su edad.

Retornó su mirada al temido marqués de Lothian y en ese momento supo por qué era tan terrible, cuando este empezó a retorcerle el brazo consiguiendo que gritara.

Era una bestia.

—Suéltala.

Todos los allí presentes se giraron hacia el lugar del que procedía aquella voz pastosa, sin fuerza.

Lothian sonrió al ver de quién se trataba; Violet maldijo al hacerlo; Frances soltó el aire que había estado conteniendo sin saberlo; y, el mayordomo, apareció justo en ese instante, tras su jefe, ayudándolo a mantenerse firme.

—¿En serio te atreves a darme órdenes, muchacho? —le preguntó, colocando a Violet delante de sí, casi a punto de romperle el brazo mientras ella se aguantaba las ganas de gritar.

—Créeme si te digo que vas a arrepentirte si le haces daño, y no por lo que yo pueda hacer, sino porque serás tú quien no te lo perdonarás nunca.

Melbourne iba ataviado con una bata de terciopelo color burdeos, con las piernas desnudas y el brazo inmovilizado. Estaba despeinado y tenía el rostro desfigurado por los golpes, pero aun así, a Violet le seguía pareciendo el hombre más atractivo del mundo y, a pesar de las circunstancias, no pudo dejar de admirarlo.

Su agresor entrecerró los ojos y esbozó una estremecedora sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Y ¿puedo saber cómo vas a conseguir eso?

El marqués estaba decidido a no dejarse manipular por Melbourne. Sus dotes persuasivas eran legendarias, sin embargo era difícil que él se dejase embaucar, había tratado con suficientes personas como para que nadie pudiera conseguir engañarlo.

—Violet… —gimió Frances sin saber qué hacer.

—¿Violet? —repitió con humor—. Finalmente mi visita va a resultar interesante, ¿no es así, señorita Vivian? —le preguntó intensificando

su agarre y haciendo hincapié en el nombre con el que se había presentado ante todos.

—¡Suéltala de una vez, Lothian! —explotó Melbourne inclinándose hacia ellos.

—No veo por qué.

Otra voz hizo su aparición.

—Tío, por favor, es una dama.

Nadie sabía de dónde había salido el conde, pero estaba justo detrás de Conrad.

—No, no lo es —dijo con sorna.

Violet le dirigió una mirada de agradecimiento al conde y luego forcejeó sin éxito, en un intento de desasirse de quien la tenía sujeta con tanta brusquedad.

—No he venido aquí para esto —Ronan se estaba enfadando de verdad.

Su tío lo había convencido para salir en busca de aquellos tres, tras enterarse de que habían escapado y que sus documentos no aparecían por ningún lado. Y él no tuvo más remedio que acompañarlo, más aún teniendo en cuenta que había sido quien los ayudó a escapar. Sin embargo, y por nada en el mundo, iba a permitir que les hiciera daño a aquellas mujeres.

—Howard… —Violet estaba empezando a asustarse.

—Vamos, Howard —se mofó—, devuélveme lo que es mío y esta hermosura no sufrirá ningún daño.

—No tengo lo que buscas —le dijo sin expresión—, y, aunque lo tuviera, supongo que no querrías lastimarla.

—Supones demasiado, veo que no me conoces lo suficiente.

Melbourne lo miró con aquella expresión desprovista de toda emoción antes de soltar la información que manejaba desde hacía años, consciente de que iba a desatar una tormenta y, aunque hubiera preferido hacerlo de otra forma, no veía mejor momento que aquel.

—Sé lo bastante del marqués de Lothian como para estar seguro de que no sería capaz de lastimar a su propia *hija*.

Ahí estaba, ya había soltado la noticia.

Ahora solo le quedaba esperar a ver las consecuencias de dar a conocer dicha información.

Violet lo miró, incrédula. Si la situación hubiera sido otra incluso podría haber estallado en carcajadas. ¿Cómo era capaz de aquello con aquel ser? Apenas podía llegar a comprender el engaño que se le podría haber ocurrido esta vez para doblegar al hombre.

Lord Kerr apretó los labios, furioso de que aquel mequetrefe pudiera jugar con algo tan serio, sobre todo si sabía de su incapacidad para tener descendencia desde aquel accidente.

Ronan, por su parte, entrecerró los ojos, valorando aquella posibilidad, al parecer no consideraba tan descabellada esa idea.

Y, Frances, primero miró a Melbourne asombrada hasta que, de repente, abrió mucho los ojos y miró de nuevo a su hermana, como si acabara de acordarse de algo. Dudando de que aquello que había dicho Melbourne pudiera ser una falacia.

—Tiene fotos de mamá —soltó.

Capítulo 21

Violet no atinaba a comprender lo que había dicho la otra, ¿qué había querido decir Frances con que ese hombre tenía fotos de su dulce madre? La miró y negó con la cabeza, debía haberse confundido.

—Eso es imposible —negó.

—Las he visto —insistió Frances.

Frances tenía que estar equivocada y ella estaba empezando a angustiarse.

Tenía que calmarse.

«Cuenta: uno, dos…».

Aquella situación se estaba desbordando por momentos.

—¿Quién es vuestra madre? —intervino el conde sintiendo una corazonada y con la necesidad de aclarar aquello, al parecer era el único que le confería cierta veracidad a la confesión de Melbourne.

Las mujeres lo miraron, sin saber qué decir, como si hasta ese momento no hubieran notado su presencia.

—Ronan, mantente al margen de esto —la dureza con la que Lothian habló no les pasó desapercibida a ninguno de los presentes en aquella estancia—. Lo que acabas de hacer —amenazó al funcionario—, lo vas a pagar muy caro. ¿Cómo te atreves a jugar con algo así?

Este le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Es tu hija.

—No tengo ninguna hija —escupió, y aunque aflojó su agarre, no la soltó.

—¿Estás seguro? —le preguntó con suficiencia—. Quizás tenga que refrescarte la memoria.

Violet se mantuvo en silencio, ¿qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué se proponía Melbourne?

—Frances —llamó a su hermana esperando una explicación—, di algo.

Esta se sonrojó.

—Cuando registré su dormitorio en busca de… —tosió y evitó mirar al hombre mayor que la miraba con rabia contenida, intentando controlar su mal carácter. Ya sabía que habían entrado en su habitación y habían tocado sus pertenencias—; encontré esto.

Se sacó del bolsillo delantero de su falda una miniatura muy antigua y se la mostró a su hermana, que seguía presa de Kerr. Este, al ver lo que la más joven mostraba a Violet, soltó a la muchacha y le arrebató el retrato.

Enfureciéndose aún más.

Miró a la joven con odio y esta se encogió, con temor.

—¿Quién te crees que eres para rebuscar entre mis cosas y robarme? —dijo con los dientes apretados.

—Es nuestra madre —se justificó, aunque consciente de que tal vez no tenía que haberle quitado el retrato.

Aquel hombre daba mucho miedo.

—¿Cómo puede tener una pintura de ella? —preguntó Violet a nadie en particular antes de que un pensamiento se abriera paso en su mente.

¡Ay, Dios!

No, eso no.

No podía ser.

Él no.

Se giró hacia él y lo miró, y entendió una cosa: sus ojos eran muy parecidos. Su color, tan poco habitual, era el mismo… No, Dios mío, él no.

Lo observó con más atención y vio algunos de sus rasgos reflejados en el hombre.

Contuvo la respiración.

¿Podría ser? ¿El marqués de Lothian fue quien arruinó a su madre? ¿Quien le causó tanto dolor?

Sintió que iba a desmayarse de un momento a otro.

—Era lo que he tratado de decirte todo este tiempo, pero con lo que le ocurrió a Melbourne y nuestra huida, lo olvidé. Pensaba hablarte de ello esta tarde, después de que se fuera el doctor, pero —se encogió de hombros Frances—, hemos tenido compañía.

Violet parpadeó.

El marqués se mantuvo en silencio, observando el retrato, y luego mirando a una y a otra joven.

—No puede ser. Tú no.

—Entonces, ¿conocías a la madre de la señorita Brookes? —Ronan miraba a su tío esperando una respuesta que no llegaba.

—Su verdadero nombre es Violet Graham —aclaró Melbourne y se ganó una mirada de reproche de ella, que no entendía por qué tenía que decirle su verdadera identidad a aquel hombre. La estaba exponiendo dándole dicha información. ¿Acaso no le importaba su seguridad?

—Graham —repitió el marqués mirando fijamente a Howard.

—Así es, ¿la recuerdas?

Se negó a responderle.

—Entonces, ¿la conoces, tío? —insistió el futuro marqués.

—Lord Kerr, usted conocía perfectamente a la madre de Violet, ¿no es cierto?

El hombre volvió a mirar el retrato y, finalmente, se sentó.

—Tuvimos una relación fugaz, un compromiso breve.

—Así que tuviste una hija —Ronan intentaba reunir todas las piezas.

¿Su tío había tenido una hija en su juventud?

¿Cuándo?

¿Quién era esa mujer con la que estuvo prometido?

¿Qué pudo ocurrir?

—¿Violet? —Frances necesitaba que su hermana dijera algo.

Ella se limitó a mirarla, luego posó sus ojos en el marqués, quien la miraba de una forma extraña.

—Nuestra madre se llamaba Julianne Graham, era costurera. Cuando tenía diecisiete años un hombre la engañó, aprovechándose de ella. Le hizo creer que se casarían y la sedujo. Luego, cuando supo que estaba embarazada, la abandonó —su voz era fría—. Eso, sí, le regaló cincuenta libras, por las molestias causadas.

Tomó la mano de Frances, para infundirse valor y sentir la fuerza que la embargaba cuando estaban juntas.

Ronan estuvo a punto de gemir al oír a la que se suponía que era la amante de Melbourne y su aparecida prima, confirmar que era hermana de la que creía que era su doncella. Sin embargo, solo la mayor tenía un increíble parecido con la marquesa viuda.

—No puedes negar el parecido con la abuela, son como dos gotas de agua, diferenciadas solo por la edad —le dijo a su tío, quien lo ignoró.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó Kerr a la muchacha, como si necesitara saber más. Aunque su tono era más de una orden que de una petición.

—No tenía familia, así que se marchó a Snowshill, en los Costword. Se hizo pasar por una viuda joven, y me puso su apellido de soltera. Allí conoció al vicario de la Iglesia del pueblo, el pastor David Becket, el hijo tercero de un barón: el padre de Frances y mi padrastro.

—Hablas de ella en pasado —le señaló.

—Nuestros padres murieron cuando éramos muy jóvenes: primero, ella, cogió unas fiebres tras nacer Frances. Años después nuestro padre, contrajo neumonía y nos quedamos huérfanas.

Lothian alzó la vista hacia ella, la miró y sintió un vuelco en el estómago, como si acabara de darse cuenta de algo.

—¿Cómo erais de jóvenes? Y ¿cómo habéis sobrevivido todo este tiempo? ¿Tenéis más familia?

Ella negó con la cabeza.

—Melbourne nos encontró y me ofreció trabajar para él, nos dio una vida diferente a la que podríamos haber tenido.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Ronan muy serio.

—Diecisiete, mi hermana once.

El marqués se levantó de forma tan rápida que nadie pudo detenerlo y le dio un fuerte golpe en el estómago a Melbourne.

—¿Sabías que era hija mía y la convertiste en tu amante tan joven?

Violet corrió a colocarse delante de Howard antes de que aquel hombre intentara volver a golpearlo, ya estaba bastante maltrecho y no era momento de más violencia, pero fue apartada suavemente por el conde.

—No, primita —le dijo—, esta vez se merece cada golpe.

—No es lo que creéis —siseó volviendo a colocarse delante de Melbourne, y esta vez Frances la acompañó.

Por suerte, el mayordomo sacó un arma obligando a todos a permanecer quietos.

—Ella no era mi amante, trabaja para mí, pero no de esa forma —explicó Melbourne apenas sin voz debido al golpe.

—Así es —confirmaron las dos mujeres.

—Pues has debido de hacer algo mal, porque la has presentado por todo Londres como una prima aparecida dejando entrever que sí ocupa ese papel. —A Lothian se lo llevaban los demonios al pensar que incluso él los había acomodado en su casa en habitaciones contiguas para facilitar sus encuentros íntimos.

Lo iba a matar y ya no le importaba quién era su progenitor.

—Ese era mi trabajo, convencerlos a todos de que éramos amantes para conseguir que nos invitara a su casa y obtener los documentos.

—Y parece que ya no son importantes —intervino Ronan, ganándose una mirada de odio de Frances, a la que le guiñó un ojo.

Era verdad, pensó, nadie parecía reparar en la razón que los había llevado a esa situación.

—Al cuerno con ello —soltó el marqués y Melbourne supo que había ganado. Su jugada había salido a la perfección, lo que no sabía era a qué precio—. Apártate, jovencita, porque voy a matarlo.

—No, no va a hacerlo.

—Claro que sí, o ¿vas a intentar hacerme creer que no te ha convertido en su amante?

Violet se sonrojó.

¡Maldición! ¿Tenían que insistir con el tema cuando ella aún no lo había asimilado?

Frances la miró con los ojos muy abiertos, esperando una respuesta negativa; el conde tenía la mandíbula apretada; y Melbourne la contemplaba sin mostrar ningún sentimiento, como era habitual en él.

«Al menos, por una vez, podría dejarme ver qué es lo que realmente siente», pensó.

—No tiene derecho a venir aquí como un padre agraviado, milord —le dijo con dureza al hombre, apartando la mirada de Howard—. ¿Acaso usted no me tenía atrapada hace un momento, lastimándome?

—Violet —dijo simplemente el hombre.

—No puede negarlo, ¿no es cierto? —lo miró a los ojos—. Será mejor que se marche, no tiene nada que hacer aquí.

—Voy a matarte —volvió a amenazar a Melbourne.

Ella deseó patearlo.

—No, no va a hacerlo. Si quiere volver a saber de mí se mantendrá apartado del señor Melbourne y no le causará ningún daño.

Lothian la miró intensamente durante unos minutos que se le hicieron eternos, decidiendo qué hacer con aquella nueva situación, hasta que, finalmente, aceptó que no tenía más opción que hacer lo que ella le demandaba.

—Está bien —asintió—. Pero no me marcharé sin antes mantener una conversación en privado con mi hija.

Violet lo miró y asintió.

Al momento, el mayordomo había desaparecido, Frances había decidido marcharse también a su dormitorio, a digerir lo que había ocurrido y dejar un momento a solas a su hermana con su notable padre, y Ronan también acató los deseos de su tío, marchándose de allí con grandes zancadas, muy enfadado.

Solo quedaba Melbourne, que la miró intensamente antes de asentir y salir de allí, dejándolos solos.

Capítulo 22

Llevaba un buen rato intentando hacer entrar en razón al marqués. Este estaba inclinado a matar a Howard y ella no pensaba permitirlo. Se lo contó todo, bueno, no le confirmó que efectivamente habían intimado, pero sí cómo apareció en su vida y acabó trabajando para él.

Le confesó cuál era su verdadero trabajo y, aunque el hombre se sorprendió mucho, no le recriminó nada, pero no cejaba en su empeño de llevársela a la casa familiar y apartarla del hombre que amaba. Si supiera que ella ya tenía decidido marcharse, tal vez no hubiera insistido tanto.

—No puedo entender cómo lo defiendes.

—Al menos Melbourne nos dio una oportunidad para salir adelante sin tener que llegar a una de las pocas opciones que nos quedan a las mujeres que no poseemos nada, ni tenemos a un hombre que actúe en nuestro nombre.

—¿Y esa es? —preguntó molesto.

—Vamos, lord Kerr, sabe perfectamente cuál es: tener que vender lo único que tenemos para sobrevivir, nuestro cuerpo. Desgraciadamente, en estos tiempos, hay pocas cosas que se nos permita hacer a las mujeres que están solas.

El marqués intentó controlar su mal carácter.

Aquella defensa no se la esperaba.

La muy insensata se puso de parte de aquel trilero, de aquel bandido.

Eso lo enfurecía.

No pensaba permitir tal alegato, ¿cómo, por todos los demonios, podía justificar lo que ese bastardo había hecho? No pensaba permitirlo, mucho menos aceptarlo. Sus ganas de matarlo, de torturarlo lentamente, aumentaban con cada palabra de defensa que su hija pronunciaba. Aún podía sentir el regusto amargo de la derrota cuando fue a por Melbourne y este le salió con aquella verdad, la identidad de su única hija, a cambio de que no tomara represalias contra ellos.

Y aceptó, claro que aceptó, no podía permitirse otra cosa.

Pero lo que no pensaba dejar pasar era el hecho de que la hubiese introducido en la parte oscura de su mundo. ¿Cómo había sido capaz de meterla en sus intrigas y exponerla de esa forma? Cada vez que lo pensaba la rabia lo cegaba y la furia lo enloquecía. Por todos los infiernos, ¡utilizar a su propia hija para robarle! ¡Quién, con un poco de decencia, haría tal cosa? Y, para colmo, la muy insensata se atrevía a ponerse de su parte.

Matarlo no sería suficiente castigo.

—Ese dechado de virtudes que consideras que es Melbourne, podría haber acudido a decirme en qué circunstancias se encontraba mi hija, no utilizarla para sus sucias canalladas —explotó.

—Usted ya sabía que tenía un hijo —agregó con indiferencia—, nunca se preocupó por saber qué ocurrió con mi madre ni con la persona que venía en camino.

El apuesto hombre mayor, de ojos violetas pero no tan hermosos como los de la mujer que le hacía aquellas recriminaciones, por primera vez, en casi más de veintitantos años, se sintió avergonzado.

—Sé que obré mal —murmuró.

—Así es —sentenció.

—A pesar de todo, ello no justifica la manera tan indigna de actuar de ese maldito. No consigo comprender cómo puedes defenderlo.

Violet no podía justificar aquello, era cierto, aunque no estaba dispuesta a admitir que su padre echara toda la culpa de su destino a la única persona que les tendió una mano en el momento en que más lo necesitaron, en el que se vieron más desprotegidas. No dudaba de que los motivos que tuvo para dignarse a preocuparse

por ellas fueran egoístas, cierto, pero fue la única ayuda con la que Frances y ella pudieron contar para no verse abocadas al abismo.

Y, eso, su honorable padre, no podía cambiarlo.

—No lo justifico.

—¿De verdad? ¿Ya has olvidado lo que has tenido que sufrir por su culpa? ¡Por lo que más quieras, Violet! O me vas a negar que trabajando para él te han disparado.

—No lo olvido, tampoco lo niego, por eso no lo justifico —insistió —. Simplemente le hago saber que de no ser por él, no sería la mujer que soy hoy, sería alguien muy distinta, y ni siquiera sé si estaría viva para este reencuentro. Y no estoy dispuesta a permitir que lo mate. No por mi causa; al menos le debo eso.

¿Acaso tendría que explicarle a su inteligente padre que podría haber sido una mujer que se ganara la vida vendiendo su alma por unos chelines contagiada de alguna enfermedad que le impidiera cumplir la treintena?

—¡No le debes nada! Y, maldita sea, si no puedes llamarme padre, al menos tutéame —explotó.

Llegados a ese punto, Violet se enfureció.

Estaba llegando al límite. Mejor dicho, estaba hasta la coronilla de que fueran los hombres quienes tuvieran que decidir si ella les tuteaba o no.

Demasiado cansada ya.

Hasta lo inimaginable.

Harta.

Sí, estaba harta de tener que lidiar con hombres autoritarios que le indicaban sin el menor reparo lo que debía decir, lo que debía hacer.

—Esa decisión me corresponde a mí —estalló—, estoy saturada de todos ustedes, de todos los hombres que conozco. No soy un ser sin criterio, puedo razonar perfectamente por mí misma —ironizó—, fíjese que puedo incluso decidir qué es lo que quiero o necesito.

El marqués pareció sorprendido por aquel arranque de furia, realmente no se lo esperaba.

—Violet…

—Harta de todos —repitió pétrea. A continuación esbozó una enigmática sonrisa, muy similar a la de su progenitor, al darse cuenta de que el hombre se había sorprendido ante su arrebato—. *Padre*, parece que he heredado el mal carácter de la rama paterna de la familia.

—Hija.

Kerr no sabía si sentirse complacido u ofendido porque le llamara así, sobre todo si tenía en cuenta cómo lo miró al decirlo.

—Aunque —continuó—, lo realmente importante es que tengo más de mi rama materna, de eso estoy completamente segura: es de mi madre de quien he heredado lo de ser leal y agradecida, y de mi padre adoptivo lo de ser honesta.

Vio como el marqués se sintió avergonzado ante sus palabras y, en realidad, aunque no deseaba tener ningún tipo de trato con él, tampoco quería lastimar al hombre, no estaba en su naturaleza. Pero, lo que no iba a hacer era revelarle el verdadero motivo por el que no quería que matara al hombre al que ella y Frances habían rescatado.

—Está bien —asintió cambiando de táctica para así evitar un nuevo ataque de la joven—, no le tocaré si ese es tu deseo —aceptó a regañadientes.

Si se sintió sorprendida no lo demostró.

—Es lo que quiero.

No terminaba de fiarse de él.

—Pues cumpliré con esa incomprensible exigencia.

—Se lo agradezco.

—Podrías hacer mucho más —le pidió con sequedad—, podrías intentar no odiarme. Eso sería un paso importante.

Aquella petición la desconcertó porque en realidad no se había llegado a plantear dicha cuestión.

¿Lo odiaba?

Tuvo que aceptar que era una muy buena pregunta, una a la que no se le había ocurrido darle respuesta hasta ese momento. Se mantuvo en silencio durante unos tensos segundos que consiguieron poner nervioso al noble, algo impensable, hasta que finalmente se

dio cuenta de que sus sentimientos no eran los que todos esperaban que fueran.

—No le odio.

Él la miró incrédulo, pero no dijo nada, como si fuera incomprensible que no lo hiciera.

—El odio no deja de ser un sentimiento profundo, contrapuesto al amor, y si no siento amor por usted, tampoco puedo sentir odio, en realidad: no siento nada. Es un completo desconocido para mí. Nunca ha formado parte de mi vida, ¿qué le hace pensar que puede aparecer de la nada e imponerme sus reglas cuando he vivido bajo las mías desde hace años?

El marqués la miró con dolor, era la primera vez que no sabía qué hacer, qué decir, para conseguir lo que quería, y desde luego anhelaba a aquella intrépida muchacha que no había dudado en convertirse en espía; introducirse en su casa, robarle, liberar a un prisionero, llevarse sus caballos y…, lo que más lo admiraba, haber sobrevivido sola todos aquellos años con una hermana más joven a su cargo.

Después de todo, no eran tan diferentes. Aunque ella se empecinara en lo contrario, lo único que los diferenciaba era que él se había vuelto despiadado a lo largo de los años. Y, lo único que tenía claro, era que había aparecido en su vida y no pensaba dejarla marchar.

Era su hija.

La única.

Ya no podría tener más hijos, el accidente que sufrió pocos días después de abandonar a Julianne lo dejó incapaz para engendrar, y por eso, no pensaba permitir que saliera de su vida ni que se viera expuesta a ninguna clase de carencia.

—Haré que me quieras —decidió—, o al menos que me aceptes como lo que soy.

—Estoy deseando saber cómo va a conseguirlo, he podido vivir sin un padre todo este tiempo y no me ha ido tan mal.

La mirada del marqués se volvió calculadora.

Siniestra, como todo él, hasta que, finalmente, esbozó lo que sería un principio de sonrisa.

Violet se sintió inquieta, ¿qué se le había ocurrido ahora?

—Está bien, no me aceptes a mí.

Fue consciente de que algo tramaba.

—Me satisface que sea tan comprensivo.

La miró con intensidad.

—Y a mí, me alegra; aunque supongo que a estas alturas y debido a tus dotes, sabrás que nuestra familia no está compuesta únicamente por mí.

Dijo aquello sabiéndose ganador y a Violet, aquel cambio, no le pasó desapercibido.

—No se detenga, por favor, es obvio que quiere llegar a alguna parte.

—Bueno, ya has conocido a Ronan.

—Mi primo —dijo sin pensar como si hasta ese momento no estuviera asimilando la realidad de aquella afirmación, a pesar de que él la había llamado *primita*.

—Como has podido comprobar, no es como yo —sonrió con arrogancia—. Por lo tanto, tampoco sabes cómo serán tu tía y tu abuela. —Violet se sorprendió ante aquellas palabras. Realmente, con tanto ajetreo debido a los últimos acontecimientos, no se había detenido a pensar en que tenía una familia—. Puedo asegurarte que la buena de mi hermana no va a permitir que te alejes de ella después de conocer tu existencia.

Su hermana.

—¿Es la madre de Ronan? —preguntó con curiosidad.

—Así es.

—Oh.

¿Qué podía decir?

—Aunque la peor es la marquesa viuda: tu abuela —continuó consciente de que había despertado su curiosidad—. La marquesa viuda no va a aceptar tus deseos de mantenerte alejada de nosotros, por mucho que nos odies. ¿En serio vas a actuar como si no existieran?

—Yo…

—Ellas no lo van a aceptar —insistió ufano—, tenlo por seguro. No te va a ser tan fácil desecharlas.

Violet sintió una punzada en el pecho que no supo identificar, solo estaba segura de una cosa, no era el momento para tratar con nadie de aquella familia. Ella se había criado de forma diferente, lo único importante en la vida era su hermana, y no pensaba desistir de los planes que ambas tenían. No pensaba hacerlo por seguir a una panda de aristócratas que de repente sentían que tenían alguna especie de obligación con ella.

No, eran solo Frances y Violet, el resto del mundo podía irse al infierno.

—Pues tendrán que hacerlo.

Su padre la miró con aquella maliciosa sonrisa que lo caracterizaba y que solo parecía suavizarse cuando la posaba en ella.

—Entonces será mejor que me marche y les dé las buenas nuevas a tu tía y a tu abuela. Acataré tus deseos, te daré el espacio que necesitas pero, te advierto que no me alejaré. Estaré ahí, vigilando cada paso que des para que nadie pueda hacerte daño.

Ambos sabían que se refería a Melbourne.

—No será necesario, llevo años cuidando de mí misma.

Eso era un golpe bajo, pero no por ello menos cierto.

—Entonces —le pareció que iba a acercarse a ella aunque algo lo detuvo en el último instante—, será mejor que me marche.

Violet asintió y el marqués se fue con paso enérgico, con esa fuerza que lo caracterizaba, con esa actitud con la que se conducía por el mundo como si fuera su dueño.

Al salir de la estancia se encontró con Melbourne, ese canalla, quien le dirigió esa mirada carente de emoción, la que solía sacarle de sus casillas porque nunca sabía lo que pensaba, y le dieron ganas de matarlo; pero se contuvo. Fue lo único que le pidió su hija, que no le hiciera daño, y él cumpliría. Aunque no garantizaba lo que su honorable heredero iba a hacerle, tras saber que había utilizado a su prima como amante y como espía.

—Marqués —lo saludó el otro mientras observaba como Kerr bufaba y salía de aquella casa para encaminarse directamente a hablar con su familia y ponerla al tanto de las últimas noticias.

Capítulo 23

Melbourne entró con cautela en la estancia donde momentos antes había estado Violet con Kerr.

Cerró la puerta lentamente tras de sí y la observó.

Estaba de espaldas a él, mirando por el gran ventanal que daba a la calle, observando. ¿Estaría muy enfadada? Desde luego, si se tratara de él, desearía hacer mucho daño a quien lo hubiera engañado así, pero claro, ella no era como él.

Gracias al cielo.

Como no hizo ningún movimiento que indicara que había notado su presencia, tosió, aclarándose la garganta.

—Sé que estás ahí.

Lo dijo sin volverse, manteniendo la mirada fija en la ventana, observando el exterior.

—¿Puedo saber qué ha pasado? —preguntó desprovisto de emoción, aunque por dentro se moría por saber si Lothian había conseguido ponerla en su contra.

—He conocido a mi padre y quiere matarte.

Melbourne se aclaró la garganta.

—Eso me pareció.

—¿Por qué?

Aquella pregunta lo tomó por sorpresa.

Sabía que no había actuado correctamente pero pensaba enmendar su error, iba a admitir, por una vez, que se había equivocado, pero no pensaba permitir que saliera de su vida, eso estaba descartado.

Se dio cuenta desde el instante en que vio su rostro cuando estaba en cautiverio esa misma mañana.

Se dio cuenta cuando consiguió llevarlo hasta su casa y cuidarlo hasta que volviera el doctor.

Y se dio cuenta de que ella había despertado sentimientos en él que creía que no existían, cuando creyó que iba a morir a manos del secuaz de Lothian y su única preocupación era que ella estuviera a salvo.

—¿Por qué, qué?

¿Acaso era mejor parecer inocente?

—¿Por qué me has utilizado en contra de mi propia familia? En eso el marqués tiene razón.

La voz de Violet se quebró y Howard dio un paso para acercarse a ella, no sin esfuerzo, teniendo en cuenta que debía guardar reposo pero que no podía permitírselo dadas las circunstancias. No llegó muy lejos, porque en ese instante, ella se giró hacia él y lo detuvo, alzando una mano para que no siguiera avanzando.

Lo que vio en su mirada hizo que no se acercara a ella.

—No te voy a mentir —le dijo—, pero tal vez no te guste lo que oigas.

—Solo quiero la verdad —insistió—. ¿Por qué?

Howard no dijo nada durante unos segundos, era como si estuviera evaluando la situación y cómo salir beneficiado de ella.

—Eras mi mejor agente.

Vio como le empezaron a arder los ojos por la furia incipiente que se estaba apoderando de ella. Y, eso, no hizo sino acrecentar sus ganas de correr en su dirección y abrazarla, pero se contuvo.

Mentiroso.

—Continúa, eso no es todo.

—No creo que sea el mejor momento para tener esta conversación —él no quería decirle que la había utilizado para conseguir su objetivo, no quería que la verdad hiciera que ella se alejase de él ahora que por fin había reconocido cuánto la necesitaba a su lado.

—Por supuesto que vamos a hablar de ello.

—Estás enfadada.

—Y, según usted, señor Melbourne, ¿cómo debería sentirme? —cogió un enorme libro del escritorio y se lo lanzó, errando el tiro por muy poco y gracias a que el hombre se movió lo justo para que no le impactara en la cabeza.

—Violet, cálmate.

—Dime la verdad —le exigió mientras buscaba con la mirada otra arma con la que atacarlo—, por una vez me vas a decir la verdad.

Está vez le tiró un libro un poco más grande y le acertó en el hombro, consiguiendo que Melbourne gimiera debido a que era el brazo que tenía inmovilizado.

—Detente, mujer —alzó la voz para su sorpresa.

—¡Habla! —hizo ademán de tirarle otro tomo.

—Te quería a ti para la misión porque si la cosa se complicaba con Kerr esperaba que descubrir que eras su hija lo apaciguara un poco y…

—¿Y, qué, por todo los infiernos?

—Y no quería que me dejaras, ¡maldita sea! —soltó sin pensar—. Ya me había dado cuenta de que no tardarías en abandonar este trabajo y no quería dejarte ir.

Ante aquella revelación, no supo qué decir.

La tomó por sorpresa.

—¿Por qué no quieres que me vaya? —le exigió, tuteándolo de nuevo.

«Dime que me amas y lo olvidaré todo».

—Porque eres mi mejor agente —insistió.

Sin pensarlo, le lanzó el libro y esta vez le dio en la cabeza.

¡Maldito!

—¡Para ya, mujer!

—No te acerques porque soy capaz de matarte —le dijo cogiendo esta vez una estatuilla de mármol que encontró en una mesa auxiliar.

En realidad, lo que le dolía era que no le dijese que no quería que lo abandonara porque la amaba, pero era consciente de que eso no iba a suceder y le dolía tanto que era capaz de cualquier cosa. En aquel momento era capaz de todo.

Alguien abrió la puerta con ímpetu.

—¿Qué está pasando? —Frances había entrado sin aliento seguida de Conrad.

—¡Nada! —gritaron los dos al unísono.

Frances contempló la escena que se presentaba ante ella: Violet delante de la enorme ventana sujetando una pieza de mármol a modo de arma, y Melbourne contrariado y tocándose la cabeza donde probablemente su hermana lo había golpeado con anterioridad.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó el mayordomo.

—Está perfectamente —respondió Violet con furia—, está mejor de lo que merece.

Howard no dijo nada, simplemente la miró.

La miró con enfado y admiración, la miró con un sentimiento que ella no pudo definir pero que la hizo sentirse bien.

—Violet, ¿has atacado a tu jefe?

Frances parecía contenta de que su hermana por fin sacara el carácter frente a ese hombre.

—Cierra la boca, pequeña delincuente —la regañó el otro.

—No vuelvas a insultar a mi hermana.

—No lo he hecho —protestó.

—Lo ha hecho —intervino la más joven mirando a su hermana.

—Frances, sal de aquí y espérame en nuestro dormitorio.

—No voy a irme.

—Obedece —le ordenó Melbourne.

—Usted a mí no me da órdenes —protestó—, y no olvide que le hemos salvado la vida.

—Fuera —insistió Violet—, ¡ya!

Frances los miró, primero a uno y luego al otro, y les sacó la lengua antes de salir.

Inmediatamente, Melbourne le hizo un gesto a su mayordomo para que se marchara y este lo hizo, cerrando la puerta tras de sí.

—Ahora, querida, tú y yo vamos a hablar seriamente.

Violet se contrajo ante el apodo cariñoso, pero no lo demostró. Se mantuvo firme en lo que había decidido que iba a hacer y en el rumbo que tomaría su vida a partir de ese momento.

—No, señor Melbourne, no hay nada de lo que hablar.

Howard apretó los dientes al ver como volvía a su trato formal hacia él.

—Ya sabes lo que pasa cuando dejas de tutearme.

La miró con tal intensidad que la mujer contrajo su feminidad, temiendo que su cuerpo se descontrolara y acabara cediendo al deseo que se desataba en ella en cuanto él la miraba de aquella forma.

—Nada, eso es lo que va a ocurrir.

—¿Estás segura? Porque llevo queriendo volver a hacerte mía desde que estamos en esta casa, pero parece que haces todo lo posible para evitar que nos quedemos solos.

—Apenas llegamos esta tarde y aún no hemos tenido un respiro.

¡Ay, Dios!

«Cuenta: Uno, dos, tres…».

Tenía que actuar con rapidez para que aquella situación no se escapara a su control.

—Eso es demasiado tiempo alejado de tu cuerpo.

Sintió que se le escapaba el aire de los pulmones, ¿por qué tenía que actuar así?

«Cálmate».

—Tenga —Violet sacó del bolsillo oculto de la falda de su vestido unos documentos atados con unas cintas y se los ofreció sin acercarse—, esto es por lo que me necesitaba.

Howard miró, incrédulo, aquellos documentos.

—Son…

—Así es.

—Los has tenido todo este tiempo.

—Los guardaba para cambiarlos por nuestra libertad, así no podría volver a chantajearme para impedir que nos marcháramos.

—Y, aun así, me los das.

Ella asintió, evitando su mirada los puso sobre la mesa del escritorio.

—Yo he cumplido mi misión, solo tiene que pagarme por mis servicios y nos iremos cuanto antes.

Melbourne apretó los dientes ante la idea de que ella no hubiera cejado en su empeño de abandonarlo.

—¿Los has leído?

—Sí, lo he hecho, pero al igual que me importa muy poco quien es mi padre, me importa menos aún quien es el suyo.

Él la miró asombrado.

—Eres la persona más excepcional que he conocido en mi vida —la miró intensamente de nuevo—, pocos dejarían de sacar provecho de un secreto así.

—No soy como el resto, solo quiero marcharme sin más —le dijo casi sin voz.

—No te creo.

—No hace falta que lo haga, solo respete mi decisión.

Melbourne no pensaba hacerlo, pero ella no tenía por qué saberlo, en aquel momento solo deseaba acercarla a él y besarla hasta hacerla desfallecer.

—Está bien.

Se dijo que era un gran actor.

—¿De verdad? —Violet lo miró desconfiada y, ¿decepcionada? ¿Qué esperaba, que le dijera que no pensaba dejarla marchar porque estaba locamente enamorado de ella?

—Confía en mí, voy a respetar tus deseos.

Él esbozó aquella enigmática sonrisa que no le llegaba a los ojos, y ella supo que estaba tramando algo, lo conocía demasiado bien como para dejarse engatusar por sus bonitas palabras.

Y pensó que los dos hombres que formaban parte en ese momento de su vida, no eran de fiar.

—Desde luego que lo hará.

Unos fuertes golpes atrajeron su atención, por lo visto había alguien golpeando con fuerza la puerta de entrada de la casa.

—Será mejor que me retire no vaya a ser que aparezca por aquí otro noble con deseos de matarme, ya he tenido suficiente por hoy —y se fue no sin antes sonreírle, provocando que ella se derritiera porque era la primera vez que lo veía sonreír de aquella forma tan sincera, sin ninguna intención oculta.

Se marchó, dejándola sola con sus pensamientos.

Violet miró el lugar donde había pasado la mayor parte del tiempo que llevaba en aquella casa mientras Howard preparaba el escenario

para presentarla como su amante y dar comienzo a su plan.

Necesitaba un poco de paz, así que decidió despejar su mente leyendo una de sus novelas favoritas de Clara Reeve: *Ese viejo barón inglés*; un género que la fascinaba, mientras esperaba impaciente los nuevos acontecimientos. Sí, estaba segura de que los habría, porque aquellos golpes en la puerta no presagiaban que su tarde fuera a ser tranquila, aunque en realidad estaba empezando a anochecer.

Capítulo 24

—Señora, hay dos damas en la entrada de la casa exigiendo verla —el hosco mayordomo parecía contrariado, como si debido a ella se viera inmerso en situaciones que no le agradaban en absoluto.

—¿Dos damas? —alzó la cabeza en un movimiento fugaz, intrigada.

Eso sí que no se lo esperaba.

El marqués habló de su tía y su abuela, pero era imposible que hubieran acudido tan rápido a conocerla y de aquella forma.

No, ellas no podían ser.

—Sí, señora, y no parecen dispuestas a marcharse sin verla, en realidad me han ordenado que le diga que en unos minutos irrumpirán en la sala, con o sin su consentimiento.

Pensó en la joven marquesa de Aberry, o incluso en lady Hastings, con las que había hecho buenas migas debido a sus anteriores misiones, sin embargo resultaba improbable que supieran que estaba allí cuando apenas hacía horas que habían llegado.

—Hazlas pasar de inmediato, por favor.

No iba a engañarse, sentía curiosidad.

El hombre asintió con alivio y voló a cumplir con sus órdenes, seguramente deseaba quitárselas de encima rápidamente y ella no pudo sino apiadarse de él. Debía reconocer que desde que habitaba en aquella casa este no había tenido un minuto de tranquilidad. En el instante en que se dispuso a colocar su novela en la mesita, una voz que desprendía una autoridad que no dejaba lugar a dudas

sobre su lugar en el mundo captó su atención, tomándola por sorpresa.

No reconoció a la dueña de aquel sonido, pero no le desagradó su apariencia.

—Buenos días, querida —la propietaria de la misma la miró con curiosidad antes de reprenderla—. Deberías ser un poco más exigente con el servicio, ese mayordomo resulta demasiado joven para dicho puesto y no parece tener muy claras cuáles son sus funciones.

Violet miraba con sorpresa a aquellas desconocidas que se habían materializado ante ella inmediatamente después de que la puerta de la estancia se abriera de par en par.

Sí, eran dos mujeres que, por su actitud, debían de ser aristócratas.

No las reconocía, aunque la más joven le resultaba vagamente familiar. Y que ignoraba por completo el motivo de su visita, estaba fuera de toda discusión. Así que, componiendo su expresión, se dispuso a descubrir qué podría significar aquella inesperada intrusión. ¿Tal vez un recordatorio de alguien próximo a Melbourne que había venido a advertirla para que se apartara de su camino dada su ascendencia?

Después de todo, la mayor parte de la buena sociedad los veía como amantes y, con toda seguridad, alguna dama conocería su secreto.

Observó con detenimiento a la de más edad, parecía ser quien dominaba a la otra.

¿Habrían venido para advertirla que se mantuviera alejada del hombre?

Hizo un mohín ante tal idea.

—Le agradezco su observación, lady…

Dejó la frase sin terminar haciendo evidente que no se conocían y que, desde luego, no había ningún lazo entre ellas que justificaran aquella entrevista. ¿Qué querría? ¿Sería acaso la presidenta de algún comité sobre la decencia que había decidido reprenderla por su comportamiento con el que posiblemente iba a liderar el ministerio de Asuntos Exteriores? Últimamente habían brotado organizaciones

para casi todo, incluso a ella podría ocurrírsele fundar una. Podría llamarlo: *El comité de mujeres pobres e independientes*.

«Absurdo incluso para mí».

La observó con detenimiento, no parecía el tipo de mujer que se perturbara con facilidad, mucho menos que un escándalo ajeno le importase lo más mínimo. Tal vez, lo que la preocupaba era el perjuicio social que le ocasionara al hombre la relación que la aristocracia pensaba que lo unía a ella.

—Entiendo que no sepas quién soy debido a la negligencia de los miembros masculinos de esta familia.

Violet seguía mirándola sin decir nada, puesto que, por el motivo que fuera, no se conocían.

—Soy la marquesa viuda de Lothian —se limitó a decir mientras la miraba directamente a los ojos, consiguiendo que quedara sin palabras a causa de lo que aquello implicaba.

¡Qué?

No.

Ni hablar.

Aún no estaba preparada para ese encuentro.

—¿Quién? —preguntó con incredulidad y un poco de temor.

La dama la miró con satisfacción al ver su reacción.

—Exactamente, jovencita: soy tu abuela —confirmó estirando el cuello hacia ella mientras se apoyaba en su bastón, el cual, a su parecer, parecía no necesitar.

Violet la observó con cierta conmoción y, las palabras que le dirigiera su padre hacía apenas unas horas, se abrieron paso hasta ella.

Su padre.

Al darse cuenta de cómo acababa de pensar en el marqués se irritó.

¿Desde cuándo había empezado a pensar en él como tal?

Él no era nada suyo, se recordó: y esta mujer tampoco.

Parpadeó varias veces confiada en que con aquel gesto pudiera conseguir que aquella vieja impertinente desapareciera de su vista como por arte de magia.

«Uno, dos, tres, cuatro…».

Sin embargo, ahí estaba.

No parecía haberle afectado su imaginario intento de hacerla desaparecer.

Lo desearía con más fuerza.

«Cinco, seis, siete…».

Allí seguía.

«Mi actitud es ridícula».

Resopló.

El marqués ya le había avisado de que su madre no iba a permitir que se desentendiera de su familia ni de su linaje, y ella no le creyó. Al menos no creyó que dicha dama quisiera realmente conocerla tan rápido, después de todo, apenas se había descubierto su verdadera identidad. Y, siendo sincera, nunca pensó que la marquesa acudiera en su busca, ni que la aceptara de forma tan categórica. Miró a la otra dama que, hasta el momento, permanecía en silencio mientras la observaba con ternura; y la reconoció enseguida. Aquella mujer tenía que ser la madre de Ronan: su tía. Por eso le resultaba familiar, ambos se parecían.

—¿Acaso tus modales son tan deficientes que no nos vas a invitar a tomar asiento, ni siquiera a una anciana?

Violet se sobresaltó ante tal descaro y volvió a mirar a la mujer.

—Madre —la regañó la otra visitante.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, jovencita? —continuó la marquesa.

Era consciente de lo poco lógico de su comportamiento, pero es que le estaba costando horrores asimilar aquella intromisión.

—Discúlpala, por favor, mi madre es una persona mayor —su tía parecía una mujer muy dulce.

—Mentecata —gruñó la otra a su hija.

—Eres incorregible —le reprochó esta.

—No voy a decir en voz alta lo que pienso de tu débil carácter, no parece que lleves mi sangre.

—Te agradezco tal consideración —ironizó la más joven.

¡Por todos los santos!

Aquellas dos eran dignas de ser las protagonistas de una comedia de Shakespeare. La situación era realmente cómica. Mucho. Y, para

su disgusto, no pudo evitar sonreír aunque logró que no se reflejara en su rostro.

¿Esta era la familia del temido marqués de Lothian?

Tosió con el fin de volver a llamar la atención de las damas que parecían estar batiéndose en duelo con la mirada.

—Creo que no he sido yo quien se ha presentado en esta casa sin invitación —Violet las miró con fingida inocencia—, por cierto, ¿podrían recordarme dónde nos han presentado?

La discreta reprimenda ante la falta de educación de aquellas mujeres fue clara, sin embargo, la marquesa viuda no pareció sentirse avergonzada, sino que la miró con claro orgullo brillando en sus cristalinos ojos violetas. Violet le devolvió la mirada y comprobó que el color de estos era similar a los suyos, y aquello la reconfortó. No sabía por qué, no sabía si era lo que debía sentir, pero lo cierto era que le gustó reconocer un rasgo similar entre ellas.

—Eres mi nieta, no necesito tu permiso para visitarte.

Su abuela le dirigió una mirada de desafío, retadora, pero ella permaneció callada porque no pensaba decir nada respecto a dicha afirmación. No iba a dejarse avasallar por aquella dragona, mucho menos acatar sus órdenes.

Su tía miró al cielo pidiendo paciencia.

Sí, la situación era de lo más estrafalaria.

—No lo necesita…—repitió—, pero lo está solicitando para tomar asiento.

La madre de Ronan la miró con admiración.

—Grandioso —murmuró—, por fin alguien tiene la osadía de ponerla en su sitio.

Violet sonrió al ser consciente de que aquel par tan peculiar iba a enzarzarse de nuevo, estuvo segura al ver a la marquesa viuda agitar su bastón hacia su hija con ganas de golpearla mientras la otra le sonreía ufana, así que antes de que la cosa pasara a mayores, decidió intervenir.

—¿Les gustaría tomar asiento? —las invitó con ironía.

La mujer mayor la miró con arrogancia y aquel gesto le recordó al marqués, no cabía duda de que eran madre e hijo. En ese instante

no pudo evitar preguntarse si ella habría heredado algo de la rama paterna de su familia aparte del color de ojos.

—Con gusto —aceptó antes de tomar asiento justo frente a ella.

—Muchas gracias, querida —le dijo su tía con cariño.

Tía.

Sonaba bien.

Aquella palabra asociada a la mujer le provocaba cierta ternura, al igual que le ocurrió con Ronan.

Las muestras de afecto que no fuesen las de Frances le resultaban extrañas, siempre había sido así y, a pesar de ello, había algo que se removía en su interior cada vez que la mujer la miraba con aquella expresión de complicidad y sincero afecto, que no lograba comprender.

Acogimiento.

Casa.

Hogar.

Todas aquellas palabras le venían a la mente cuando la miraba.

—Bien, ahora que estamos cómodas, ¿puedo saber el motivo de su inesperada visita?

La mujer mayor le clavó los ojos con una sonrisa de suficiencia.

—Hemos venido a concertar tu matrimonio con ese sinvergüenza.

—¿Perdón? —parpadeó presa del asombro.

—Te casarás —convino su tía.

—¿En serio?

Esta vez sí que no pudo aguantar el tono jocoso.

Algo se escapaba a su comprensión ante aquella estrambótica idea.

—A pesar de que sea un granuja.

—Ese adjetivo le queda corto —contribuyó su tía.

—Un hombre de su linaje y tan falto de escrúpulos —farfulló su abuela.

—Cuando mi hermano nos contó todo lo que has pasado, y como ese bandido se ha aprovechado de ti, apenas podía creerlo.

Violet no dudó en que el marqués había adornado su historia con suficientes tintes dramáticos para que aquellas acudieran sin demora

a buscarla y, tuvo que aguantarse una carcajada, casarla con Howard.

—Y lo sigue haciendo al mantenerte en su casa en tan lamentable situación. —La marquesa viuda no iba a desistir en sus valoraciones sobre el carácter de Howard—. Por eso estamos aquí, para revertir la situación e indicarle el camino correcto. Eso hemos venido a hacer: velar por ti.

—¿El camino correcto? ¿Velar por mí? —preguntó incrédula.

¿De qué demonios estaban hablando?

¿No pensarían que ella iba a acceder a aquel disparate, verdad?

Y, a buenas horas, se preocupaban por su honor.

—Desde luego —asintió su tía.

—No creo que este sea el momento adecuado para hablar de casarse —intentó disuadirlas.

Sin embargo, aquella idea, que nunca se le había pasado por la cabeza, empezó a hacer mella en su corazón. ¿Casarse con Melbourne? Ni en sus mejores sueños se le habría ocurrido pero, allí estaban esas mujeres diciendo no solo que era posible, sino que era lo adecuado, lo correcto: lo que había que hacer.

Si ella hubiera sido una dama, sin duda, pero era una mujer diferente a la mayoría.

—Por supuesto que lo es —sentenció su abuela arrastrándola de nuevo a la conversación que estaban manteniendo.

—Sin duda alguna.

—Pero…

Necesitaba serenarse: un, dos, tres…

Debía mantener la calma y guardar bajo control las ilusiones que aquellas dos de forma tan despiadada habían despertado en ella.

—Melbourne se ha comportado como un ser mezquino en cuanto a tu reputación, un desvergonzado —su tía estaba indignada.

—Exactamente —continuó la marquesa—, un sinvergüenza sin escrúpulos.

—Muy bien, madre.

En ese momento, alguien tosió desde la puerta.

—¿Podrían decirme de qué sinvergüenza sin escrúpulos están hablando, señoras?

Las tres miraron hacia aquella potente voz procedente de la única entrada de la estancia y Howard fue consciente de que no iba a salir bien parado de aquella situación al ver la expresión de dos de las tres mujeres.

Violet lo miraba con burla mientras que el resto del trío lo hacía con fiera determinación.

¡Por todos los demonios, pensó, había olvidado cómo se las gastaba aquella maldita vieja!

Capítulo 25

—Querido Melbourne —lo saludó dulcemente la condesa—, que alegría que ya estés aquí.

Él la miró sin decir nada, pero entrecerró el ojo que tenía en mejores condiciones. Tanta amabilidad, teniendo en cuenta las circunstancias, no auguraba nada bueno.

Al menos, no auguraba nada bueno para él.

¿Y desde cuándo eran tan íntimos como para tutearse?

—Tiene un aspecto espantoso —espetó la anciana.

—Se lo debo a su hijo, lady Beatrice —le recordó, irónico.

Esta sonrió de forma malvada, de forma muy parecida a como lo hacía Kerr.

—Sí, ya sé que no te ha matado gracias a mi nieta, aunque has hecho méritos para ello.

Violet soltó una exclamación y él apretó la mandíbula, tragándose las palabras poco elegantes que se hubiera merecido la mujer. Debía recordar que era la madre del marqués y la abuela de Violet.

«Y una bruja».

—Estamos encantadas de verte, querido —intervino la tía de Violet centrando la atención en ella con la intención de aliviar la tensión entre su madre y el futuro marido de su sobrina—. En realidad, es contigo con quien queríamos mantener esta conversación, después de todo, vamos a emparentar, por lo que estamos aquí para ponerle fecha a vuestro enlace.

Le sonrió tan suavemente que él no tuvo corazón para decirle lo que realmente se merecía por entrometida; sin embargo, a la otra sí

que la hubiera puesto en su lugar.

—Y que sea cuanto antes.

La bruja otra vez.

Violet inspiró profundamente al ser consciente de lo que pretendían y él apretó los dientes. Aquello no pintaba bien, parecían completamente decididas a conseguir su objetivo: casarlo. Bueno, en realidad su objetivo era más bien cazarlo, se corrigió. Las miró un momento antes de darles la respuesta que se merecían por entrometidas.

—Creo que ha debido haber un error, señoras, porque —soltó molesto ante la osadía de que alguien pensara siquiera en la idea de irrumpir en su casa para obligarlo a hacer algo—, no va a haber ninguna boda.

Lo dijo con tal arrogancia que la presunta novia lo miró molesta y estuvo seguro de que le habría dado un puntapié de estar solos. Su mirada llevaba implícito el deseo de que aquellas dos le dieran su merecido por engreído ante lo que él no pudo sino mirarla de forma inocente.

La tía de Violet entrecerró los ojos, pero al instante regresó aquella mirada tierna que la caracterizaba y lograba desarmar a la mayoría de los que osaban contrariarla.

«Conmigo no va a servirle de nada».

—Querido, Melbourne, ¿querrás decir, tal vez, que os casaréis en un par de semanas? Podemos conseguir una licencia especial.

Él apretó más fuerte la mandíbula, con la absoluta certeza de que no podría evitar que en esa sala se desatara la tormenta que había conseguido evitar con la visita del marqués.

—No, lady Valeria —la miró con intención—, ha oído usted perfectamente lo que he querido decir.

—Una negativa no es la opción más inteligente, querido —continuó con suavidad.

—Siento decepcionarla, pero no habrá boda.

—Por supuesto que la habrá —insistió con dulzura.

—No con este hombre.

Violet observaba en silencio aquella batalla dialéctica que se libraba entre su tía y Howard, y no pudo evitar que la ira la

embargara. Estaba enfadada y dicha emoción iba creciendo con cada palabra del hombre. ¿La razón? No estaba segura de ella, no la sabía, o no pensaba reconocerla, pero de lo que no tenía duda era de cuánto la molestó el escucharlo negar de forma tan vehemente, que ni siquiera albergara la duda de querer casarse con ella y pusiera tanto interés en rechazarla. ¿Tan poco digna la consideraba que ni siquiera anidaba en él la más mínima vacilación respecto a dicha cuestión?

Estúpido, soberbio y arrogante.

Se consoló recordándose: ¿qué se podía esperar de un hombre tan calculador, frío y malvado cómo él? Siempre la vería como la mujer que había trabajado a sus órdenes, cumpliendo sus caprichos. Sí, también era la mujer con la que había pasado unos momentos en la intimidad.

Nada más.

No significaba otra cosa que un ser conveniente en un momento adecuado.

Apretó los puños mientras observaba cómo se desarrollaba toda aquella escena, decidida a no intervenir. Él parecía haber olvidado que entre ella y Frances lo habían rescatado, ¿y así se lo agradecía? Humillándola delante de su encontrada familia.

Un estúpido, eso es lo que era.

Así que decidió que si en tan poca consideración la tenía, que fuera otra persona la que acudiera en su auxilio en su enfrentamiento con aquellas nobles damas.

Por lo que se acomodó en su asiento decidida a disfrutar del espectáculo.

—¡Vas a desposar a mi nieta, muchacho, quieras o no!

Violet sonrió ante la mirada hostil de Melbourne.

—No, no voy a hacer tal cosa, no van a obligarme a hacer algo que no deseo —se empecinó.

Miró a Violet y la vio perder el color del rostro y fruncir el ceño. ¡Demonios! ¿Por qué había tenido que decir aquello? Él solo quería que se marcharan y no se inmiscuyeran en sus asuntos, pero entendía que debido a que se había descubierto la identidad de la joven, tendría que aguantarse con las intromisiones de su familia.

Claro que debía hacerlo, se recordó, pero por todos los infiernos si en el proceso no acababa estrangulando a alguien.

Y no tenía por qué soportar que fueran a su casa a amenazarlo.

—Sabes que tu madre y yo siempre hemos sido las mejores amigas —intervino de nuevo la madre de Ronan—, si estuviera viva, la destrozaría saber que su amado hijo actúa de una forma tan canallesca con mi sobrina.

Sintió una punzada en el pecho ante tal comentario.

No iba a ser cínico, era consciente de la veracidad de las palabras de la dama teniendo en cuenta su pasado pero, aun así, no estaba dispuesto a permitirles organizar su vida ni a manipularlo a su antojo. Aquellas dos no iban a amedrentarlo como solían hacer con quien se cruzaba en su camino.

Ni hablar.

Únicamente él decidiría qué quería hacer y qué iba a hacer

—No me obliguen a ser descortés, señoras —les dijo muy serio—. Y, les insisto nuevamente, en que pierden su preciado tiempo puesto que no me voy a doblegar a sus deseos, así que, si nos disculpan —incluyó a Violet en su comentario—, será mejor que se marchen para que pueda hablar con Violet —las miró—: a solas.

—¡Mentecato!

La marquesa viuda se levantó de un salto, sin ayuda, sorprendiéndolos a todos.

Howard la miró con condescendencia, como si supiera que su aparente delicado estado de salud no era más que una pantomima.

—Muy bien —dijo lentamente la condesa—, tienes razón cuando dices que no podemos obligarte.

—Así es —convino el hombre.

—Pero tú tampoco puedes obligarnos a permitir que dejemos a una joven soltera y de buena familia a tu merced.

Melbourne la miró sorprendido.

No se había esperado aquello.

¿Qué habían querido decir?

—Evidentemente —apostilló la anciana—. Jovencita —la llamó—, te vienes a casa con tu familia.

Melbourne volvió a apretar la mandíbula, preso de la frustración.

—No irá a ninguna parte —masculló.

—Por supuesto que lo hará.

—Y su hermana también es bienvenida a mi casa —puntualizó la dama—, ambas serán tratadas como van a ser reconocidas: dos jóvenes damas.

Violet miraba a los presentes con diferentes sentimientos: con enfado, hacia Melbourne, y con sorpresa, hacia su tía, que quería llevársela consigo.

Y también a Frances.

Las aceptaban a las dos.

Le resultaba difícil de creer porque apenas se conocían y les estaban abriendo las puertas de su casa y su familia.

—Les repito que Violet permanecerá aquí el tiempo que considere necesario, pero ustedes dos se van. ¡YA!

—Sin mi nieta, no —le replicó la duquesa ufana.

—Así es. Mi sobrina no saldrá de mi casa si no es debidamente casada.

—¡Fuera!

Ya no pudo más.

Las iba a estrangular allí mismo y le importaban un cuerno las consecuencias.

Violet se sorprendió de verlo perder los nervios de aquella forma, realmente era sorprendente, pero no por ello estaba menos molesta con él. Y se alegró de verlo en ese estado desabrido.

La puerta se abrió en ese instante y entró Frances, que para sorpresa de su hermana, parecía avergonzada. Tal vez porque ya iban dos veces en ese día que se precipitaba en lugares donde no había sido invitada.

—Violet, ¿qué ocurre?

Ella la miró, luego miró al hombre y volvió a mirar a Frances, y entonces tomó una decisión: se marcharían en ese momento. Debía velar por su bienestar y el de su hermana, y aquellas mujeres se lo estaban poniendo fácil para hacerlo. Y, en realidad, en el fondo de su corazón, deseaba marcharse con ellas y ver si realmente la aceptaban.

—Nos vamos con nuestra nueva familia.

Melbourne la observó, sorprendido por lo inesperado de ese cambio de actitud de la mujer.

—¿En serio? —Frances parecía ilusionada.

—De eso nada, antes tenemos que hablar —fue a tomarla del brazo pero su tía se interpuso en su camino.

—Compórtese como un caballero.

En ese instante, se dio cuenta de que aquella situación se le había ido de las manos. ¡Por todos los infiernos! Él lo único que quería era hablar con ella sin intermediarios.

Malditas fueran todas las mujeres de aquella familia.

—No puedes irte.

—Desde luego que sí —le dijo muy seria, tragándose la punzada de pena que le produjo su reacción ante la idea de desposarla. Howard había luchado con uñas y dientes por no tener que casarse con ella, y ni siquiera había intentado actuar con tacto al rechazarla. No le importaron en ningún momento sus sentimientos.

—Voy a recoger nuestras cosas —Frances no tardó en desaparecer por la puerta de la sala.

—Excelente —su abuela la miró con aprobación—, nuestro carruaje está en la puerta, en cuanto llegue esa jovencita nos marchamos.

—A mi casa —sentenció su tía.

La mujer mayor fue a protestar pero al ver la fiera determinación en el rostro de su hija, decidió dejarlo estar, después de todo, nada le impedía mudarse con ellas.

—No te vayas —le dijo Melbourne, pero pareció más una orden que una súplica, y eso la enfadó aún más.

—Ya lo he decidido, solo envíeme mis honorarios a casa de mi tía. —No pensaba volver a tutearlo en lo que le restara de vida. Era un maldito imbécil sin corazón ni compasión por los sentimientos de los demás: por los suyos.

Melbourne le sostuvo la mirada y optó por guardar silencio, consciente de que esa lid estaba perdida. Aquel no era un buen momento para intentar convencerla de nada. Violet parecía herida, y rabiosa. Y él sabía lo suficiente de mujeres para dejarla estar en ese instante, al menos hasta que se le pasara un poco el coraje.

Finalmente, y no sin esfuerzo, decidió guardar silencio. Sobre todo teniendo en cuenta las miradas de odio que le dirigían las otras dos mujeres, entendiendo que tendría que buscar el momento adecuado para que pudieran tener *esa* conversación que nadie estaba dispuesto a permitirles.

Sí, tenía que ceder y lo haría, pero no por ello le molestaba menos.

A los pocos minutos apareció Frances con dos pequeñas valijas, había dejado todo lo que Melbourne le compró a Violet para hacerla pasar por su amante y solo portaba sus verdaderas pertenencias. Una declaración de intenciones demasiado evidente para aquella descarada.

Él miro a Violet y asintió, y estas iniciaron su marcha sin pronunciar palabra.

Bueno, la única que se despidió de forma cortés fue lady Valeria, la condesa no abandonaba las buenas formas ni en momentos tensos como aquel. Violet ni siquiera lo miró cuando pasó por su lado, simplemente tomó de la mano a su hermana y se fue de su casa.

Y, él, sintió una punzada de dolor en el pecho que lo hizo ir corriendo hacia la ventana y limitarse a contemplar cómo desaparecía de su vista.

Se había marchado.

Aún no podía creerlo.

Nunca albergó la posibilidad de que Violet no estuviera a su lado, pero no estaba. Maldijo a todo y a todos. Y se maldijo a sí mismo por haber antepuesto sus intereses egoístas por encima de los sentimientos de ella.

Y, entonces, dejó salir todo lo que llevaba dentro.

Sentimientos de impotencia, de dolor, de rabia.

Ni siquiera había podido hablar con ella, no habían tenido un minuto de tranquilidad desde la noche en que se amaron intensamente. Porque ella lo amaba, se lo dijo cuando pensó que estaba dormido, y esas palabras las tenía clavadas en el corazón como un puñal que se va hundiendo poco a poco, pero del que en

vez de brotar sangre, lo que se escapaban eran sentimientos, emociones de las que creía que carecía.

Y, tuvo clara una cosa, no pensaba dejarla salir de su vida. Nunca.

No estaba seguro de si lo que sentía por ella era amor, pero que sentía una emoción muy profunda por aquella mujer era innegable, y ser consciente de que a partir de ese momento no podría verla ni tocarla, no era sino una tortura.

Su condena por tantos engaños.

«No sé si esto es lo que siente una persona que ama, pero se le debe parecer bastante, porque duele. Duele mucho».

Violet sería suya, de la forma que fuera, conseguiría que ella volviera junto a él, para siempre.

Capítulo 26

Frances y ella estaban cómodamente instaladas en casa de su tía y, por supuesto, su abuela se había acomodado también con la excusa de estar cerca de su nieta y conocerla mejor. Lo cierto es que nunca esperó sentir cierto apego por aquellas mujeres de alta alcurnia. Pero, incomprensiblemente, gracias a la paciencia y el carácter afable de su tía, que se mostraba cariñosa con ellas en todo momento, se sintió como si realmente perteneciera a ese lugar. Lady Valeria, como se dirigía a ella, ya que darle un trato más cercano la hacía sentirse incómoda, parecía inmensamente feliz de que hubieran entrado a formar parte de aquella familia, dispensándoles una amabilidad que la desconcertaba.

No las trataban como si fueran unas aparecidas, unas advenedizas dispuestas a aprovecharse de la fortuna y el resonante apellido de la familia. Todo lo contrario: parecían estar encantados de poder mimarlas. Sobre todo la condesa, parecía embelesada con Frances, a la que ya tenía planeado presentar en sociedad el año próximo, cuando cumpliera dieciocho. Por otro lado, la marquesa viuda, que insistía en que la llamaran *abuela*, era como una dragona. Igualmente se la veía feliz, pero su carácter era muy diferente del de su hija. Esta disfrutaba dándoles sermones a ambas sobre lo poco fiables que eran los miembros de la nobleza y que, únicamente, debían fiarse de su buen juicio, que por edad era el más sabio.

Apenas podía creerlo, pero sentía que había encontrado su lugar en el mundo, y se sentía feliz. Lo único que enturbiaba su dicha era

pensar que nunca más volvería a estar con el hombre que amaba y ser sabedora de que era un mentecato.

Llevaban una semana viviendo allí y en ese tiempo la casa se había vuelto un completo caos. Eran muchos los que sentían curiosidad por conocer a la aparecida hija del marqués de Lothian, la que todos sospechaban que había sido amante de sir Melbourne.

En resumidas cuentas, querían conocer a la protagonista del gran escándalo.

Al contrario de lo que hubiera sido racional, se enorgullecía de ser el centro de atención aunque fuera de aquella forma. Por una vez, ya no era la mujer en la sombra, aquella en la que nadie reparaba. En esos momentos ella era digna de atención, y le gustaba. ¿Para qué engañarse? Ser el centro de tanta curiosidad no estaba tan mal, pensó con una sonrisa malvada. Aunque no por ello quería ser expuesta como un animal de feria, y prefería no atender visitas por el momento.

Su tía no había aceptado a nadie ajeno al estrecho círculo familiar, a excepción de su modisto y un par de damas con las que compartía una profunda amistad y que, por lo visto, también habían sido íntimas de la madre de Howard. Las había oído hablar en susurros sobre la actitud intransigente de este respecto al matrimonio y cómo había osado actuar de dicha forma, teniendo en cuenta lo que le ocurrió a su madre. Censuraban su comportamiento, el cual consideraban alejado del camino por el cual debía conducirse un caballero, y por ello estaban molestas. A su vez, elogiaban la actitud de Violet, que había rehusado reunirse con él en las tres ocasiones en las que se había presentado allí, exigiendo tener unos minutos a solas con ella.

Desde luego que su primo Ronan no había ayudado a que ambos se encontraran, ya que puso todo su empeño en que dicho reencuentro no se produjera.

Violet pensaba que el conde se preocupaba sin motivo dado que estaba resuelta a no dejarse manipular o chantajear de nuevo, y ella, mejor que nadie, conocía a Melbourne. No le cabía la menor duda que albergaría algún plan para colocarla en una posición en la que él consiguiera lo que quería sin ceder en nada.

«No, querido Howard, así me consuma de la pena, no me vas a ver en mucho tiempo».

Miró a su hermana con humor.

Rememoraba de nuevo cómo aquel par no les había dado opción de negarse a mudarse a aquel lugar. Ella había accedido pensando en salir cuanto antes de la casa de su antiguo jefe y ver más tarde qué hacían con sus vidas, pero lo cierto era que estaba muy cómoda con su acogedora familia. Más aún porque su padre la había dejado en paz y aún no había dado señales de vida desde que se mudaran. Se sintió orgullosa de ver como las mujeres de su familia no se habían dejado intimidar por Howard cuando este las puso en su sitio diciéndoles que se metieran en sus asuntos, y que no iban a obtener nada de él. No se achantaron, habían tenido clara su misión y, como no consiguieron su primer objetivo, que era el matrimonio; fueron directas a por el segundo: llevársela de la casa de Melbourne.

Y lo consiguieron, hecho que no dejaban de repetir, jactándose de haberle ganado la partida al caballero. Violet las veía tan felices por su proeza que no les quiso quitar mérito diciéndoles que se habían salido con la suya, únicamente, porque ella colaboró.

Y por supuesto que lo hizo.

¿Cómo no iba a hacerlo teniendo en cuenta la forma tan poco considerada de rechazar su mano? Lo había hecho de forma totalmente fría, carente de cualquier empatía hacia sus sentimientos, y, aunque ella nunca había pensado en la posibilidad de casarse con él, se sintió humillada.

Minusvalorada.

Demasiado para el corazón de cualquier mujer enamorada.

Tal vez, a Violet nunca se le hubiera pasado por la mente la opción de un casamiento por improbable, pero él podría haber tenido en cuenta cualquier sentimiento o emoción que ella pudiera haber albergado ante su rechazo y no actuar como un patán. Porque patán no era nada comparado con lo que le hubiera gustado llamarlo.

Y, entonces, el demonio que había dentro de ella se negó a ser racional.

Carecería de dignidad si se permitiera mantenerse en aquella casa un minuto más, con un hombre al cual se había entregado y que no

la apreciaba en lo más mínimo, y como de amor propio iba sobrada, se marchó sin decirle una palabra.

¿Que si le había dolido?

Mucho.

Muchísimo.

Fue un horror lo que sintió al salir de aquella mansión donde había vivido tantas cosas junto a ese hombre. La mayoría de las veces cuando acudía a darle sus informes y recibir sus órdenes, y en los últimos tiempos, viviendo allí con él, haciéndose pasar por su amante antes de acudir a la fiesta en el campo, en casa del marqués.

Se aguantó un suspiro, su juicio le decía que de nada servía lamentarse, ese sentimiento de abandono, de pérdida, y su corazón destrozado, era algo con lo que tendría que aprender a vivir.

Miró de nuevo a Frances, en ese momento estaban en el dormitorio que le habían asignado a Violet, tiradas de forma muy poco elegante sobre la enorme cama con dosel, riendo a carcajadas, recordando como su tía había pasado de ser una dulce dama a convertirse en una fiera cuando Melbourne se negó a obedecerlas e intentó detener a Violet.

—¿Viste su cara cuando lady Valeria dijo que no te quedarías en su casa?

Frances no paraba de reír al recordarlo y Violet hizo un mohín.

—Como para olvidarla, nos hubiera estrangulado allí mismo por no obedecerle.

—No creo que lo hubiera hecho.

Alzó la ceja a modo de interrogación y su hermana se puso seria.

—No des nada por sentado con respecto a él.

—Creo que le gustas, Violet. Demasiado para mi gusto, pero es la verdad.

Violet tragó saliva.

Por supuesto que le gustaba, si no, no hubieran llegado a intimar como lo hicieron, pero eso no era suficiente.

—No digas tonterías.

—Y también creo que ha ocurrido algo entre vosotros aunque te empeñes en ocultármelo.

La más joven clavó sus ojos en la otra y vio como esta se sonrojaba.

—Nada de eso.

—¡Lo sabía! —exclamó una Frances victoriosa—. Que me lleven los demonios, no sé por qué, pero me alegro. ¿Está mal que no desee pegarle un tiro?

Violet se sonrojó aún más.

—No sabes de lo que hablas.

Frances parpadeó.

—¿En serio crees que puedes engañarme? Llevas años enamorada de tu jefe, y ese papel que has estado desempeñando todo este tiempo es el caldo de cultivo perfecto para un acercamiento más íntimo.

—No ha pasado nada —masculló—. Y no hables de esas cosas.

Odiaba mentirle a su hermana.

—¿Estás segura? ¿O no quieres decírmelo? —le preguntó astuta.

—No…, quiero decir, sí, sí estoy segura de que no ha ocurrido nada.

—Ahora me dirás que tampoco sientes nada por él.

—No lo hago.

—Lo haces.

—De ninguna manera.

—¡Oh, sí! Claro que sí —insistió.

—No —y esta vez acompañó sus palabras con un gesto de negación.

—Violet, sí. Siempre lo has adorado desde tu lugar en el mundo, por eso siempre actuabas de forma tan impersonal con él, callada y obediente.

—No lo hacía.

—No puedes negarlo.

Violet la miró con tristeza, rendida.

—¿Tan evidente era?

—Para mí, que soy tu hermana, lo era y lo es.

Ella gimió con vergüenza.

—No puedo evitar sentir lo que siento.

—Pero, algo ha cambiado —continuó interrogándola Frances.

—¿En qué lo has notado?

—En el hecho de que ahora te le enfrentas, discutes con él, como si estuvierais en una situación de igualdad que antes no veías. Y ya no toleras ciertos comportamientos egoístas de Melbourne —la miró —, y por eso estoy más orgullosa que nunca de ti.

—Sí que es egoísta.

—En otro momento le hubiera disparado —soltó la más joven y Violet supo que hablaba en serio. Después de todo no era la primera vez que intentaba matar a un hombre solo porque pensaba que él le había hecho daño.

Ambas se miraron e irrumpieron nuevamente en carcajadas.

—¿Me quieres hacer creer que ahora sientes algún tipo de aprecio por él?

Esta vez fue Frances la que se sonrojó.

—Me encantaría que fuera mi cuñado, así tú estarías feliz y yo podría atormentarlo por el resto de su vida —dijo maliciosa—. Que se acortará si te hace sufrir.

Adoraba a Frances, y la enternecía cómo solía defenderla frente a quien fuera.

—Él no siente lo mismo —le confesó.

—Con lo inteligente que eres y a veces pareces una mentecata.

Violet abrazó a su hermana y le dio un sonoro beso en la cabeza. No iba a discutir sobre los inexistentes sentimientos de Howard hacia ella o hacia cualquiera.

—No sé cómo sería mi vida sin ti —le dijo simplemente.

Frances le devolvió el abrazo.

—Muy aburrida, hermanita, muy aburrida.

Y decidió que iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que Violet acabara sus días junto al hombre que amaba, y haría lo que hiciera falta, secuestrarlo si era preciso.

Capítulo 27

Estaba sentada en el invernadero, contenta de que sus instintos con respecto a su futuro cuñado no hubieran estado errados. Había ido a casa de Melbourne para ponerse a sus órdenes en lo que necesitara si quería ver a su hermana y arreglar las cosas entre ellos, o al menos hablar. El hombre, en un primer momento, la había mirado con desconfianza. No se terminaba de fiar de ella y esa actitud le hizo gracia. Luego, cuando se convenció de que estaba de su parte, y fue consciente de que no tenía más aliados que ella misma, decidió creer que estaba dispuesta a ayudarlo.

Y, realmente, así era.

Lo iba a hacer por su hermana, porque se merecía la felicidad.

Y sería esa noche.

Ella y Melbourne habían ideado la forma de que ambos pudieran hablar en un lugar privado, porque aunque Violet lo negara, ella sabía que algo había ocurrido entre aquel par y su hermana sufría por no verlo. Aunque la culpable de ese sufrimiento fuese ella misma al negarse a ceder a los intentos del hombre de hablar con ella. Y no quería hacerlo, porque seguramente acabaría sucumbiendo ante lo que sentía. Sí, desde luego que necesitaban esa conversación, ya fuera para congraciarse o terminar por separarse definitivamente, lo cual no creía que fuese a ocurrir.

Y ella iba a ser la que propiciase dicho encuentro.

Suspiró con alegría, pero al momento un ruido la sacó de sus pensamientos. Tornó su mirada hacia la puerta que daba entrada al

lugar y, allí, de pie ante ella estaba el conde de Durham: el primo de su hermana.

Ronan.

Ella no dijo nada, únicamente lo observó.

Él tosió y se acercó, no mucho, pero sí lo suficiente como para incomodarla.

—Debería pedirte disculpas —le dijo sorprendiéndola—. A fin de cuentas, eres la hermana pequeña de mi preciada prima.

Frances lo miró, entrecerrando los ojos, desconfiada.

—En efecto, deberías hacerlo.

El joven la observó con la misma altanería de siempre, un gesto que lo caracterizaba y que a ella la enervaba, le desagradaba.

«Estúpido engreído».

—Aunque… —continuó sonriente—, no creo que vaya a hacerlo. Después de todo sigues siendo una insolente.

La joven apretó la mandíbula presa de la indignación.

—No sé de qué me sorprendo —murmuró entre dientes.

—Y una descarada—le dijo entrecerrando los ojos, quería provocarla, lo necesitaba para sentirse bien. Le gustaba sacarla de quicio—. Y, ya puestos, por lo que tengo entendido: una delincuente.

¡Por todos los infiernos! Esperaba que Melbourne no se hubiera ido de la lengua.

Al oír aquella palabra maldita abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas.

Resopló.

Era lo último que necesitaba, que ese canalla descubriera lo que hizo y por lo que Melbourne las tuvo en sus manos, aprovechándose de las circunstancias para tenerlas a su merced.

No, no le gustaba. Nada en absoluto. Lo estudió unos segundos y decidió que lo mejor era negarlo todo, nunca reconocería tales hechos delante de aquel noble insufrible.

—No sé de qué me hablas —escupió las palabras con tal veneno que él volvió a sonreír.

—Delincuente —repitió acercándose un poco con aquella sonrisa de sinvergüenza.

Frances se mantuvo en su sitio mientras lo observaba con furia.

No iba a retroceder.

No lo haría.

—Deberían internarte en Bedlam, tu mente parece un poco trastornada.

Se preguntó si era normal odiar a alguien a quien deseas besar con todas tus fuerzas, así que hizo un mohín intentando evitar aquellos pensamientos.

—Creo que mi nueva pariente se pone nerviosa ante dicho adjetivo.

En ese momento Frances decidió que lo aborrecía con todo su ser, ¿parientes?

Un cuerno.

Ya no lo aguantaba más.

—Eres un maldito imbécil, tu sangre será azul pero no por ello dejas de ser un cretino —siseó mientras lanzaba el brazo hacia atrás y le propinaba un puñetazo en la barbilla que consiguió cogerlo por sorpresa.

Ambos se miraron desconcertados ante aquel arrebato.

Frances, por lo inesperado de su acción incluso para ella, y Ronan, incrédulo porque jamás hubiese esperado ese arranque por parte de la otra. Desde luego no era lo que tenía en mente cuando decidió ir en su busca y atormentarla, aunque tampoco estaba seguro de qué esperaba de ese encuentro. Se suponía que ahora que eran familia tenían que empezar a llevarse bien, ¿no?

Ella se miró el puño con el que lo había golpeado y se lo acarició; le dolía bastante, pero no tanto como para arrepentirse por ello.

—¿Acabas de golpearme? —preguntó incrédulo frotándose el mentón.

—Te lo merecías —le dijo sin mucha convicción al darse cuenta de que el hombre no iba a permitirle salir indemne de aquella situación. Enseguida comenzó a dar pequeños pasos, rodeándolo, con la intención de alcanzar la puerta del invernadero y huir. Él la miró unos segundos, como si estuviera decidiendo algo, hasta que finalmente se abalanzó sobre ella.

—Tú te lo has buscado —susurró Ronan mientras la alcanzaba en apenas unas zancadas.

La agarró con rapidez por la muñeca con una mano a la par que con la otra la acercaba hacia su cuerpo, en un movimiento tan veloz que consiguió dejarla sin aliento.

—No te atrevas —le ordenó al ver bajar su rostro hacia ella con la intención de apoderarse de sus labios con determinación.

—¿A qué no voy a atreverme?

—Lo sabes —lo acusó.

—No, no lo sé.

Y continuó acercándose.

—No lo hagas.

—Ah, pequeña delincuente —le clavó su mirada ardiente—, por supuesto que sí.

Y, entonces, la besó.

Y, entonces, ella creyó morir.

Y, en ese instante, deseó que no se detuviera, que no lo hiciera nunca. Así que se dejó llevar y le devolvió el asalto con tanta voracidad que él no pudo evitar emitir un gruñido de satisfacción cuando ella se aferró a su pecho con ambas manos en un intento de acercarlo más a su cuerpo. Y, sin ser conscientes de ello, ambos acabaron tendidos entre los rosales. Fue Ronan quien pareció recuperar la cordura cuando sintió las manos de ella rebuscando entre su ropa hasta tocar su piel enfebrecida.

—Tenemos que detenernos —dijo con un hilo de voz.

Frances pareció no oír sus palabras y continuó con su audaz incursión.

—¿Sabes lo que vas a provocar? —Le sujetó ambas manos para detener su exploración consiguiendo que la mirada de ella, nublada por el deseo como estaba, lograra enfocarse en la de él.

—Quiero sentirte —rogó.

Ronan intentó recuperar el poco control que le quedaba.

—Sé que voy a arrepentirme de esto toda mi vida —dijo sin aliento—, pero debemos detenernos.

Frances movió sus caderas hacia él, uniendo sus cuerpos en un intento de buscar consuelo para aquello que la estaba consumiendo.

—No quiero detenerme.

Él emitió un sonido agónico y la besó con ansia.

—Tu hermana me va a matar —lo dijo más para sí mismo que otra cosa, pero no se apartó.

—Ella no está aquí, soy yo la que está acariciando tu cuerpo.

Él gruñó cuando ella se soltó de su agarre y empezó a tocarlo sin pudor alguno.

—Para —le ordenó.

—No lo haré, me gusta esta sensación.

Y lo besó nuevamente, mordiéndole el labio inferior hasta hacerle lanzar un quejido. En un esfuerzo antinatural, el hombre se apartó de ella casi sin resuello, evitando mirar ese rostro enfebrecido, preso del deseo. Él había intentado darle una lección, someterla con sus besos, y aquella preciosa y descarada mujer le había dado la vuelta a la situación dejándolo como un joven inexperto expuesto a sus caprichos.

—Eres peligrosa —la acusó mientras se acomodaba la ropa y se levantaba apartándose de ella—. Muy peligrosa.

Y se marchó sin volver la vista atrás, temeroso de lo que pudiera pasar, asustado de lo que su cuerpo había experimentado entre los brazos de aquella desvergonzada.

Aterrado por el deseo arrollador que lo había poseído, decidiendo que debía abandonar cuanto antes aquella casa para no volver a cometer la estupidez de acercarse a ella.

Frances lo vio marcharse sin despedirse, sin ayudarla a recomponerse o decirle alguna palabra de lo que… ¿De qué? Se preguntó. No lo sabía, ¿qué podría haberle dicho en un momento como ese? Ni siquiera ella comprendía lo que había ocurrido.

Se dio un golpecito a modo de regaño.

¿A quién pretendía engañar? Claro que sabía qué acababa de ocurrir, que ese imbécil la había seducido y ella había estado dichosa de permitírselo. En un momento estaban discutiendo y al siguiente estaban besándose como poseídos, tirados por el suelo del invernadero, entre las hermosas flores de aquella enorme mansión.

El deseo que los consumió fue arrollador y ese era un hecho innegable.

Se tocó los labios hinchados por los besos del hombre con añoranza.

Ella se hubiera entregado a él en ese lugar y sin que mediara ninguna frase, ninguna palabra, ninguna promesa que la incitara a ello. Él no la había embaucado o cortejado para obtener sus favores, no había intentado engatusarla con palabras hermosas, todo lo contrario. La había provocado, tanto que acabó golpeándolo.

Únicamente la había besado.

Y, ese beso, fue lo único que necesitó para sucumbir.

No podía culparlo por llevarla a aquella situación, había sido su lujuria la que la había arrastrado hasta allí. No había habido ninguna palabra romántica con la que excusarse, con la cual culparlo por aprovecharse de su virtud. Si el conde no se hubiera detenido hubiera descubierto en aquel lugar los placeres de la carne de buena gana.

Sonrió.

¡Oh, sí, desde luego que lo hubiera hecho!

Si él no se hubiese detenido habría sido suyo.

«Pero lo ha hecho», se recordó mientras se arreglaba. «El muy cretino piensa que no soy ni siquiera lo bastante buena como para despojarme de mi inocencia».

¿Se podía vivir una situación más humillante que esa?

Lo dudaba.

—Te odio —dijo a la puerta por la que se había marchado—: te odio con todo mi ser.

Tomando una rosa blanca de las decenas que allí había, decidió guardarla como recuerdo de lo que no debía volver a suceder. De lo que nunca pensaba permitir que sucediera. Guardaría aquella rosa en el pequeño diario que atesoraba con sus recuerdos y, cada vez que se sintiera débil en su presencia, acudiría a mirarla para recordar lo que había ocurrido esa tarde.

Eso haría.

Y nunca se permitiría olvidarlo.

Desde aquel momento ese maldito lord pasaría a ser únicamente el estúpido primo de su hermana.

Y se marchó directa a su dormitorio, deseando que llegase la hora de cumplir con su parte del plan para conseguir que ella estuviera con el hombre que amaba.

Capítulo 28

Miró hacia la luz que procedía de la habitación que, según Frances, ocupaba Violet. Si era la única forma que tenía de poder estar a solas con ella sin que interfiriesen los miembros de aquella esperpéntica y noble familia, no pensaba desaprovecharla.

Después de todo, aunque inesperada, aquella situación lo mantenía en un estado de incertidumbre y desasosiego que no pensaba permitir por más tiempo. Inspiró hondo, impaciente ante la perspectiva de poder estar a solas con ella tras la vorágine de situaciones que se habían dado en los últimos días y que no les había permitido tener un poco de intimidad. Así que, con gesto decidido, se introdujo por el jardín trasero. Gracias a que aquella imprevisible muchacha había dejado abierta la puerta oculta que daba a la calle lo iba a tener un poco más fácil. Resultó toda una sorpresa saber que tenía como aliada a su hermana. Por supuesto que habría conseguido llegar igualmente hasta Violet sin su ayuda, pero no pensaba quitarle el mérito a Frances. Ella estaba feliz pensando que ayudaba en alguna medida a que él y Violet se reconciliaran, y no pensaba privarla de tal ilusión. Era mejor tenerla de su lado a que pensara que no era adecuado para ella porque, conociendo sus antecedentes como lo hacía, no quería ni imaginar de lo que podría ser capaz para evitar su reconciliación.

El reloj acababa de dar la última campanada, indicando la medianoche, y tal como le había informado su cómplice, todos en la casa ya se habrían retirado a sus habitaciones siguiendo las pautas

de la marquesa viuda quien, debido a su avanzada edad, no era proclive a trasnochar.

Estupendo.

Unos minutos más para asegurarse de que no hubiese nadie aún deambulando por la mansión, y solo tendría que localizar la luz centelleante en la ventana del primer piso, que le indicaría la dirección a seguir para conseguir alcanzar su objetivo. Rodeó el invernadero hasta localizar el lugar exacto y enseguida supo que los aposentos de su futura esposa estaban justo encima. Echando un rápido vistazo suspiró al observar la fachada, la cual no parecía tener muchos recovecos donde asirse en su escalada y evitar una caída, por lo que decidió que lo mejor sería trepar por el enorme abeto. Un árbol situado a lo largo de la gran pared y cuyas ramas acariciaban el amplio ventanal que se suponía pertenecía al dormitorio de Violet.

Por suerte se había recuperado bien de la paliza, y ya apenas le dolían los golpes.

Entrecerró los ojos un segundo sopesando cuál sería la manera más idónea de ascender por él hasta que, finalmente, tomó la decisión de descalzarse, así sus pies podrían adherirse al tronco con mayor facilidad.

Y lo hizo.

Recogiéndose el bajo de los pantalones hasta las pantorrillas empezó a subir con una facilidad pasmosa para cualquiera que desconociera que Howard era un avezado deportista, y una persona de una excelente complexión física. Se animó cuando llegó a la altura suficiente para incorporarse y que la gruesa rama, que esperaba aguantase su peso, le facilitara el acceso a su mujer.

Porque así consideraba a Violet, su mujer.

Aún no su esposa, pero era incuestionable que era suya.

No pudo evitar hacer una ridícula mueca al verse en aquella impropia situación.

Él, que era la imagen de la perfección absoluta en las buenas formas, político que se conducía de manera intachable cumpliendo al extremo los mandatos no escritos por los que un caballero debía conducirse entre la buena sociedad.

Él, que era un ejemplo a seguir de hombre galante y apegado a las normas de etiqueta y decoro, se había introducido cual ladrón en la casa de la hija de un peligroso y vilipendiado marqués, para seducirla hasta conseguir el *sí* a estar con él, a cualquier precio.

¿Qué pensarían aquellos que tenían esa ilusoria imagen suya si lo vieran en aquella situación? Sonrió, tal vez fuera mejor no pensar en ello.

De repente, debido a su leve despiste, el pie se le resbaló y sintió como se golpeaba la pantorrilla al perder el equilibrio, lanzando un juramento por andar pensando tonterías en vez de prestar atención de adónde iba colocando los pies. ¡Por todos los demonios! Iba a tener la pierna dolorida durante un buen periodo de tiempo y, todo, porque la muy obstinada se había negado a recibirlo ni a responder a sus mensajes. No le había concedido la más mínima oportunidad de explicarse.

Se colocó en una posición estable y, cuando estuvo seguro de que no iba a caer, continuó. Era consciente de que si llegaban a encontrarlo intentando alcanzar el dormitorio de Violet, tanto Lothian como el conde, lo despellejarían vivo. Sin embargo, aquello no iba a detenerlo. Hacerlo sería de cobardes y él no lo era, de haberlo sido no hubiera llegado tan lejos. Se caracterizaba por su tenacidad cuando quería algo y, esta vez, a quien deseaba con todo su ser se encontraba escondida entre aquellas paredes. Ocultándose, negándose a mantener la conversación que tenían pendiente y evitando tener que responderle a la pregunta que necesitaba hacerle. Era Violet la que se estaba comportando como una cobarde y no pensaba permitírselo.

Ni hablar.

La quería, era de lo que más seguro había estado en toda su intrigante vida.

La quería a ella: a la mujer que era. Valiente, astuta y letal.

Hermosa.

Resopló.

La necesitaba a su lado; con él.

Compartiendo su vida.

Compartiendo sus sueños.

Y, sobre todo, compartiendo su cuerpo.

Desde luego que sí, deseaba tenerla entre sus brazos con una necesidad enfermiza.

Y, si no quería aceptar aquello que tenía que ofrecerle, más le valía tener una buena razón para ello.

Cuando llegó al alféizar de la ventana soltó una maldición al comprobar que estaba cerrada. Eran prejuicios, pero no pudo evitar pensar que aquella pequeña malvada de Frances había vuelto a hacer una de las suyas.

Ronan volvió a colocar el libro en su lugar, no lograba concentrarse en la lectura. Andaba distraído desde que descubriera que su pequeña tentación había resultado ser todo un dechado de virtudes, no de las propias de una dama, sino de una mujer de armas tomar. Sacudió la cabeza con una enigmática sonrisa al volver a pensar en ello.

¿Quién lo hubiera dicho! Se recordó más encantado que escandalizado cuando se enteró por boca de su prima de las andanzas de aquel par. La pequeña Frances era toda una caja de sorpresas. Y sabía disparar, después de todo incluso había estado a punto de matar al conde de Hastings cuando creyó que había matado a su hermana.

Su prima Violet sí que sabía disparar por lo que descubrió, además de estar versada en la lucha, en interpretar cualquier clase de papel y en pasar desapercibida; era una maestra en obtener información. ¡Por todos los santos, si había sido agente de Melbourne!

Se masajeó la sien.

Vaya par aquellas dos: una espía y otra delincuente.

Y él que habría asegurado que los escándalos en su familia terminarían con su tío.

A este paso tendría el pelo completamente blanco en poco tiempo.

Rascándose la nuca intentó asimilar cómo iba a ser el futuro de su apellido si llegaba a descubrirse el pasado de su prima. De ambas, en realidad. Aunque estaba completamente seguro de que no sería Melbourne quien abriera la boca, puesto que se vería salpicado con

todo aquello. Además, el muy canalla no solo había convertido a Violet en una mujer independiente, dura y autosuficiente; sino que también la hizo su amante en casa de su propia familia.

¿Podía alguien ser más ruin, amoral y falto de escrúpulos?

Cada vez que lo recordaba los demonios se lo llevaban y si no había acabado retando a duelo a este truhan, no había sido por falta de ganas y valor, sino, únicamente, por cumplir los deseos de su prima y evitar un nuevo escándalo. Sin embargo, no tenía tan claro que su tío hiciera lo mismo por mucho que se lo hubiera prometido a su hija. No estaba en su naturaleza pasar por alto una afrenta como aquella. Estaba seguro de que el marqués solo estaría esperando el momento en que Violet se olvidase del hombre para actuar por su cuenta.

Y, esta vez, él no se lo impediría.

Sin duda Melbourne se merecía cualquier tropelía que Lothian cometiera contra él.

Esta vez sí que se lo había ganado.

Volvió a masajearse la cabeza mientras miraba con frustración la puerta de su despacho. Estaba agotado emocionalmente después de su encuentro furtivo con Frances, por lo que se sirvió un jerez, pero antes de que se dispusiera a tomarlo, un ruido, procedente del exterior, llamó su atención.

Sin poder evitarlo una idea se le metió en la cabeza, aunque intentó desecharla por descabellada.

No, no sería capaz de atreverse a tanto.

Capítulo 29

—Toc, toc, toc.

De nuevo oyó ese leve sonido procedente de la ventana.

¿Era la segunda vez que lo oía?

—Toc, toc, toc,

Esta vez sonó con más insistencia por lo que se vio obligada a albergar la idea de que no podía ser producto de su imaginación. Así que apartó las sábanas antes de levantarse, con sigilo, y dirigirse al tocador donde guardaba su arma. A pesar de lo que había prometido a Ronan, no pensaba perderla de vista en mucho tiempo. Después de todo, una no podía abandonar sus hábitos de un día para otro y su pequeña pistola era, a esas alturas, como una extensión misma de su persona.

Era su protectora.

—Toc, toc, toc, toc, toc, toc.

La tomó rauda sin detenerse siquiera a cubrirse el fino camisón, dirigiéndose cautelosa hasta la ventana, esperando que aquel sonido no fuera más que una rama golpeando el cristal. Aunque, en vista de cómo había sido su vida desde hacía bastante tiempo, debía estar preparada para enfrentar cualquier contratiempo. Afortunadamente, a la luna le faltaba poco para llenarse y el cielo estaba despejado de nubes, por lo que tendría suficiente luz como para ver lo que quiera que fuese que estaba perturbando su ligero sueño. Con sumo cuidado, deslizó el pestillo del ventanal, pero antes de que pudiera siquiera darse cuenta de qué estaba ocurriendo, se encontró

tumbada de espaldas debido al empujón que recibió cuando este se abrió de golpe.

De inmediato intentó incorporarse, pero una fuerte mano masculina la apretó con fuerza, obligándola a soltar el arma, cosa que no estaba dispuesta a que ocurriera. Así que forcejeó con suficiente ímpetu como para librarse del agarre. Cuando lo consiguió, aunque jadeante, puso distancia entre ella y su asaltante.

En ese instante la luz de la luna iluminó la estancia y pudo ver con claridad los rasgos del intruso.

No podía ser.

Se negaba a creer lo que le decían sus ojos.

¿De verdad se había atrevido a tanto?

Maldito fuera.

—Tú —susurró furiosa.

Howard se había movido lo suficientemente rápido como para apoyarse en la pared junto a la ventana, abierta de par en par, cruzando los brazos sobre el pecho en una actitud falsamente relajada. Le lanzó una mirada hambrienta y una sonrisa malvada que acentuaban el atractivo de sus bien definidas facciones.

Se quedó petrificada.

Aún no se podía creer que estuviera allí.

¿Y si le disparaba para eliminar aquella expresión arrogante?

Cínico.

Se merecía que le disparase.

Ahogó un gemido al ser consciente que eso no iba a suceder, puesto que en la disputa había soltado el arma y ahora estaba a un lado a los pies del hombre.

Pero deseaba hacerlo, por todos los santos, claro que lo deseaba.

«Daría cualquier cosa por poder ver su cara de sorpresa al verme intentarlo».

Lo observó impresionada, pero con cautela.

Vestido todo de negro: camisa, pantalón y… descalzo, la miraba con tal intensidad que pudo sentir como la acariciaba sin tocarla. Pudo apreciar el deseo descarnado en el tono azulado de sus ojos y, para su desconsuelo, aquella sensación de anticipación que se fue apoderando de ella sin remedio. Observó aquellos poderosos brazos

cruzados sobre aquel torso esculpido, un pecho que había llegado a conocer demasiado bien, y se le escapó un jadeo, sonido que Melbourne interpretó correctamente porque su sonrisa se hizo aún más perversa.

Y eso la molestó.

La molestó mucho.

La molestó porque significaba que él sabía perfectamente lo que le ocurría y cómo la hacía sentir tan solo con una incendiaria mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No podría decirse que su actitud fuera de bienvenida.

—He venido a ver a mi mujer.

—No soy nada tuyo —dijo entre dientes.

—Lo eres.

—¿De verdad? Creía que nadie podía obligarte a casarte con una mujer que no deseas.

Le recordó aquellas palabras que la habían herido tanto y él endureció un poco la expresión.

—Y nadie me está obligando en este momento, así que por mi propia voluntad he venido a ver a mi futura esposa —le contestó a sabiendas de que eso la iba a enfurecer.

Los ojos de Violet se abrieron de par en par y luego se entrecerraron.

—Sabes que eso no va a pasar.

—Yo creo que sí —le dijo muy seguro.

—Ni muerta aceptaría casarme contigo.

Ahora era ella la que no pensaba ceder ni permitir que nadie la obligara a aceptarlo como marido.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —le contestó con firmeza.

—Pues entonces haberme dado la oportunidad de convencerte.

—No tengo que hacerlo, no somos nada.

Howard ya no sonreía, ahora parecía decidido.

—Por supuesto que lo somos, siempre lo hemos sido.

Violet apretó los labios.

—Márchate.

—No voy a ir a ninguna parte si no me das la oportunidad, al menos, de explicarme.

Ella lo miró enfadada por tener que rechazarlo cuando deseaba todo lo contrario, sin embargo no pensaba perdonarle tan fácilmente.

—Te repito que te marches —insistió.

¿Por qué diablos había venido a verla si no la quería?

—En realidad no quieres que lo haga.

Aquella sonrisa jactanciosa la sacaba de quicio.

Sí, y también provocaba en ella otras cosas.

—Már-cha-te —pronunció cada sílaba con fuerza.

—No voy a irme —le dijo confiado—. Así que será mejor que te hagas a la idea de que vamos a hablar, esta noche.

La miró de aquella forma que le hacía temblar las piernas y lo maldijo por ello.

«Te irás quieras o no».

—No es un buen momento para visitarme, estoy esperando a otra persona.

Esta vez fue ella quien le lanzó una sonrisa de triunfo al ver como se le desencajaba el rostro al hombre, lo que no había previsto fue lo que vino a continuación. Howard entrecerró los ojos y cualquier atisbo de simpatía se había borrado de su rostro. Su expresión se volvió dura, y pudo ver que se le oscurecían los ojos.

¡Maldición!

Howard se apartó tan rápidamente de la ventana que no tuvo tiempo de reaccionar, y se vio atrapada entre sus brazos, con fuerza.

—Así que esperabas a otro —murmuró con dureza mientras acercaba su rostro al suyo.

—Ajá —respondió sintiendo que le flaqueaban las piernas al sentir su contacto.

—Repítelo —le exigió, pero Violet lo miró sin decir nada, obstinada en su rechazo—. Hazlo, porque no te creo —le susurró muy cerca de su boca.

—No tengo que obedecerte —protestó temerosa de que aquellas ansias terminasen por doblegar su voluntad.

—No te tenía por una cobarde, así que dime que deseas a otro —sus labios la rozaron y dio un respingo.

—No es de tu incumbencia —se empecinó a la vez que esa corriente que la recorría cuando estaba cerca de él hizo acto de presencia.

—Repítelo, Violet.

Howard estaba a punto de besarla, no podía soportarlo más.

—Ya no tengo la obligación de acatar tus órdenes, ¿lo entiendes? —masculló más molesta consigo misma que con él.

—No te lo estoy ordenando.

Melbourne la miraba con intensidad mientras le decía aquellas palabras y ella le devolvió la mirada, incrédula, arqueando una ceja.

—Lo haces.

Howard lanzó una imprecación al darse cuenta que no iba por buen camino si quería que ella abandonase esa terca actitud que había adoptado con respecto a él.

Y no iba a alejarlo de ella con excusas.

—Maldita seas, mujer, te lo estoy pidiendo.

Estaba tan cerca que cerró los ojos para evitar perderse en el mar de su mirada.

Negó con la cabeza, más para infundirse coraje que por otra cosa.

Decidida a no sucumbir a lo que ese hombre provocaba en ella.

—Violet, abre los ojos y mírame —acercó sus labios a la punta de la nariz de la mujer depositando un dulce beso en ella.

Aquel gesto, por lo inusual, la sorprendió.

Melbourne estaba enfadado, eso era evidente, y que no trataba de ocultarlo, también. Lo que no era habitual en él. El gran político nunca mostraba sus sentimientos, no digamos ya actuar como lo estaba haciendo. ¿Le había besado la punta de la nariz? Solo por ese gesto tan tierno ella se lo hubiera comido a besos.

«Pero sigue intentando obligarme a que haga lo que él quiere», se recordó más para convencerse que no podía ceder ante él que por otra cosa.

—Deja de darme órdenes.

—¡Pues abre los ojos de una maldita vez!

Ella frunció el ceño, pero obedeció, después de todo, cuanto antes acabara con aquello antes se marcharía y, por fin, podría continuar con su triste existencia.

Podría echarse a llorar, por estúpida.

—¿Contento, señor?

Los ojos de él brillaron al ser consciente de que no había sido tan difícil salirse con la suya.

—Así me gusta.

Se mostró arrogante y eso la enardeció aún más.

—No hagas que me arrepienta de no haberte disparado.

—No lo habrías hecho.

—Yo no estaría tan segura —le dijo hirviendo de furia.

—Y, ahora, vas a decirme a quién esperabas a estas horas —la observó con rabia al recordar lo que ella había insinuado—, y sí, te estoy dando una orden, mujer.

«Odio que me trates como una más de sus posesiones».

—No te importa.

—¿Eso crees? —le dijo acercando su cadera hasta acomodarla exactamente en ese punto caliente del cuerpo femenino que deseaba explorar nuevamente y por el resto de sus días. Violet ahogó un suspiro ante el intenso contacto, puesto que Howard hizo la presión suficiente como para que sintiera cuánto la deseaba.

—Apártate —dijo sin mucha convicción, sintiendo que su determinación se iba esfumando poquito a poco.

—Vamos —colocó su boca sobre la de ella y pudo sentir nuevamente su aliento—, atrévete a decirme que estás enamorada de otro hombre.

—No he hablado de amor —lo atacó en un intento desesperado de no perder aquella lid, pero consciente de que sus anhelos la colocaban en clara desventaja.

Howard la miró centelleante.

—Si lo que quieres es un amante —le dijo con dureza mientras le subía el bajo de la delicada prenda de noche hasta el nacimiento de sus muslos—, es mejor uno que ya conoces.

Howard estaba provocándola, pero no podía evitarlo.

¡Diablos, cuánto la necesitaba!

—Eres un bastardo —lo insultó consciente de que estaba perdiendo la batalla de sus sentidos.

Al hombre aquel adjetivo no le gustaba en absoluto, mucho menos si procedía de la hermosa boca que estaba deseando hacer suya.

—Puede que lo sea —la advirtió—, pero también soy el hombre que te ha hecho gritar de placer y por el que fuiste capaz de arriesgar la vida, así que sí, te importo más de lo que dices.

Ahogó un gemido ante sus palabras, porque eran ciertas, totalmente ciertas.

—También eres el hombre que me ha estado mintiendo todos estos años —lo acusó con un hilo de voz.

—Y, al que, a pesar de todo, anhelas —le dijo con tal intensidad que sintió el aire huir de su pecho.

Y, entonces, la tocó, y toda su determinación se esfumó.

Y fue, en ese instante, cuando se olvidó de todo menos de sentir su contacto contra su piel.

Se abalanzó sobre él, colocando sus piernas alrededor de la cintura masculina, deseando el contacto íntimo, desesperada porque la hiciera nuevamente suya sin importar lo que ocurriera después. El después no importaba, lo que la empujaba era el ahora, su necesidad de ese momento.

«Mañana, mañana todo volverá a ser como antes. Hoy no, hoy es el aquí y ahora».

Howard no había esperado que fuese la propia Violet quien tomara la iniciativa, pero daba gracias el cielo por ello. Agarrándola con fuerza de las caderas para unirla más a él, profundizó el descarnado y hambriento beso que amenazaba con descontrolarlos, apoyándola contra la pared junto a la puerta. Si hicieron algún tipo de ruido quedó ahogado por los gemidos que ella emitió cuando le bajó las mangas del camisón hasta los codos, descubriendo así aquellos recipientes de néctar con los que tenía decidido deleitarse toda la noche si Violet se lo permitía.

Y, que Dios lo ayudara, lo estaba haciendo.

Bajó la cabeza hasta que consiguió meterse un endurecido pezón en la boca, emitiendo un sonido gutural que no pudo controlar cuando ella se arqueó ante el contacto. Inmediatamente lo mordió, deseando provocar una reacción más carnal, si aquello era posible, en la arrebatadora mujer que lo tenía embrujado. Estaba sumido en el deseo animal que los poseía cuando se percató de que alguien había abierto la puerta de un golpe.

Alzó la cabeza un momento para poder entender lo que acababa de ocurrir y, por supuesto, dar una paliza a la persona que había osado interrumpir la intimidad con su mujer y futura esposa.

—Esta vez sí que voy a matarte.

Capítulo 30

Howard se colocó delante de Violet para protegerla de la vista del conde, quien más que a ella, lo miraba a él.

Más bien lo estaba asesinando con los ojos.

—Lord Durham —le dijo al intruso con los ojos entrecerrados, maldiciendo su mala suerte por haber sido interrumpido cuando estaba a punto de tocar el cielo.

—No va a haber nadie que te libre de esta —rugió el conde.

—Ronan, por favor —Violet intentó calmarlo desde detrás del hombre, rogando porque Melbourne no dijera nada que pudiera provocar más a su primo.

—No te entrometas, Violet —le ordenó—. Esto es algo que deben solucionar los caballeros —miró a Melbourne—, suponiendo que lo seas.

No iba a permitir que lo insultaran de nuevo sin hacer nada. La primera vez toleró lo que tuvieran que decir sobre él porque las circunstancias así lo indicaban, pero no pensaba volver a recibir más improperios sin actuar como correspondía, tuvieran o no razón.

Eso se terminaba ahí.

—Señale el día y la hora, estaré encantado de acudir.

Violet miraba entre sorprendida y horrorizada aquella escena. ¿Pero que se había creído aquel par?

—Esta vez te voy a dar tu merecido, maldito miserable.

Él y Ronan se miraron durante lo que pareció una eternidad, pero cuando el agraviado fue a moverse en dirección a Melbourne, Violet

se interpuso entre los dos hombres una vez que se cubrió por completo con su camisón.

—No voy a permitir que os comportéis como dos bestias.

—En esta ocasión tienes poco que decir al respecto, prima —Ronan estaba verdaderamente enojado.

—No lo hagas, Ronan, por favor, créeme, no es lo que parece.

Claro que era lo que parecía, pero ¿qué podía decir?

—Es mejor que te apartes, Violet, esto es cosa de hombres. Y no lo volveré a repetir —le dijo Howard intentando que se quitara sin mucho éxito.

Ella había decidido no moverse de allí hasta que quedara claro que no iban a enfrentarse. Al menos la excusa no iba a ser ella.

—¡De hombres estúpidos!

—Esta vez se ha pasado de la raya —le aclaró su primo—. Colándose en esta casa en medio de la oscuridad para aprovecharse de ti, y no pienso tolerarlo.

—No, quiero decir, sí, pero… —¿Qué podía decir que justificara la escena con la que se había encontrado el hombre? Y entendía perfectamente que se sintiera ofendido, pero no iba a permitir que ninguno de los dos saliera herido.

De ninguna manera, mucho menos el hombre que amaba.

Suspiró.

No sabía cómo salir de aquella situación y que nadie saliera perjudicado.

—He venido a hablar con mi futura esposa —soltó su amante para terminar de arreglarlo y Violet gimió.

Ronan apretó los puños.

—¡¿Acaso has olvidado que la rechazaste?! —exclamó indignado el conde.

Violet gimió al ver que aquello empeoraba.

—No fue así.

Violet se giró con rapidez hacia él.

—¿¡Cómo que no!?

—¿Por eso me ignorabas? —le preguntó como si acabara de darse cuenta de ello—. No pensaba dejarte escapar, pero no me gusta que me obliguen a hacer nada. Y no me has dejado otra opción que

colarme por tu ventana porque no me has permitido verte y explicarme: por eso estoy aquí.

—Violando la intimidad de esta familia y actuando como un canalla —le soltó el otro, furioso.

Y pensar que llegó un momento en que creyó que Melbourne era un buen hombre y que su tío simplemente no lo soportaba por el motivo que fuera.

—Puedes interpretarlo como quieras —le dijo con condescendencia.

—Lo hago como que mi prima no ha aceptado casarse contigo, y disgustaste a mi madre con tu actitud cuando fue a verte.

—A la única persona que tengo que dar una explicación no eres tú.

—¿Y qué explicación es esa? —quiso saber la mujer—. Porque aún no me has dicho el motivo real de esta incursión.

—Si no te me hubieras echado encima, aprovechándote de mí, lo sabrías.

Violet ahogó una exclamación y se giró hacia él.

—Te voy a machacar Melbourne y voy a disfrutar con ello.

—¿De verdad has dicho eso? —se sonrojó.

—No tienes que avergonzarte de desear al hombre que amas.

—Te voy a matar —Ronan no podía más con aquello.

—Yo no…

—Por supuesto que sí, me lo dijiste cuando estuvimos juntos y pensaste que no podía oírte —había tanto sentimiento en aquellas palabras que ella lo miró, enmudecida.

No iba a desmentirlo, ¿para qué hacerlo? Era cierto que ella lo amaba, como también lo era que no la correspondía. O, al menos, no le había dicho que lo hacía.

—Te has pasado de la raya —Ronan fue a apartar a Violet pero Melbourne le impidió que la tocara y la situación se les fue de las manos.

—¡Basta ya! —ambos la miraron, asombrados por la fuerza con la que pronunció aquellas palabras.

—Mañana al amanecer, te enviaré a mis padrinos.

La ignoraron y ella pensó que ese era el fin.

Nada podría arreglar aquel despropósito.

Resopló consciente de que lo que iba a decir sellaría su vida para siempre y solo esperaba que aquello con lo que ni siquiera había osado soñar no se convirtiera en su infierno personal.

—No puedes matar al hombre con el que voy a casarme —ya lo había dicho.

Después de eso no habría marcha atrás.

Solo esperaba que estar atada al hombre que amaba sin que este le correspondiera no fuera muy duro.

Ronan la miró perplejo, sin comprender qué estaba pasando.

—Y al que amas —puntualizó Howard, mirándola con intensidad y ella asintió. ¿Qué podía hacer, negarlo?

—Tú no quieres casarte con él, lo has dicho hasta la saciedad durante esta semana.

Se quedó en silencio unos segundos que parecieron una eternidad antes de responder.

—En realidad, sí que quiero hacerlo —intentó explicarle al conde mientras se mordía los labios.

Tal vez un poco de sinceridad consiguiera aplacar a Ronan.

—Este hombre te ha desgraciado la vida.

Melbourne había permanecido en silencio intentando asimilar que la fortuna acababa de sonreírle: Violet había dicho que se casaría con él. Pues bien, no iba a permitirle echarse atrás. Él había venido con la intención de convencerla de que lo aceptara, y lo había hecho, aunque no era esa la forma en la que había pensado conseguir que lo hiciera. Él hubiera querido pasar la noche con ella y obligarla a confesar que tenía sentimientos por él, como ya lo hizo en una ocasión, cuando pensó que no la oía, por eso la había forzado a hacerlo.

—Este hombre piensa compensarla por el resto de sus días —dijo Melbourne, y ella sintió que iba a desmayarse. ¿En serio había sido capaz de decir aquella frase tan romántica? ¿Howard?

Necesitaba que alguien la pellizcara.

—No me has dicho cuáles son tus sentimientos.

Lo miró, expectante, y él le devolvió la mirada, con ardor.

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —le lanzó aquella atractiva sonrisa que la desarmaba a la vez que le acariciaba el rostro.

—¡No estoy de acuerdo! —exclamó el conde, furioso por aquel intercambio de miradas.

—Quien tiene que estar de acuerdo es mi hermana —Frances apareció como siempre hacía, sin que nadie la esperase. Y Violet empezó a sospechar que le encantaba hacer esas apariciones estelares.

La miró un poco avergonzada, después de todo, era pasada la medianoche y Howard estaba en su dormitorio, con ella en ropa de dormir y su primo a punto de golpear al otro.

La escena era evidente, por lo que las ideas a las que pudiera llegar su hermana serían totalmente acertadas.

—Frances —la miró agradecida con su aparición.

—Ya me explicarás más tarde todo esto —le dijo como si ella no hubiera tenido nada que ver con aquella visita nocturna. Era una gran actriz.

—Qué alegría verte, querida cuñada —le sonrió Melbourne y Ronan se dio cuenta de que aquel par se llevaba mejor de lo que él esperaba, y se enfureció aún más.

—Márchate de aquí —estaba furioso aunque se esforzaba por no levantar la voz y no atraer más visitas indeseadas a aquella habitación.

Lo único que necesitaban era más público.

—No le hables así a mi hermana, Ronan —Violet no iba a consentir que dirigiera su ira hacia Frances, que era inocente en todo aquello.

—Sí, respeta a mi cuñada —se mofó el otro, feliz porque todo estaba saliendo demasiado bien, después de todo.

En ese momento el conde ya no pudo más y alzó el puño para golpear a Melbourne que hizo el gesto de devolver el golpe.

—Deteneos o disparo, y no estoy bromeando.

Frances había tomado la pistola de Violet que se encontraba tirada en el suelo tras el forcejeo de esta con Melbourne, y los apuntó. Howard se detuvo inmediatamente porque sabía que sería capaz de disparar y Ronan hizo lo mismo, pero movido por la sorpresa.

—Bien hecho. Es lo que necesitaban —la felicitó Violet—. Ahora, será mejor que te marches —le dijo al hombre que amaba, el cual fue a protestar, pero teniendo en cuenta como se estaba desarrollando todo, se abstuvo de discutir—. Y, tú —señaló a su primo—: te quedarás con nosotras el tiempo necesario para que se marche sin ningún altercado.

Melbourne no pudo evitar mirarla con orgullo mientras pensaba que aquella mujer era suya, sintiendo una calidez en el pecho que lo desconcertaba. Por supuesto, al conde no le pasó desapercibido que Violet se dirigió al otro con demasiada familiaridad, muestra de lo cercanos que eran, y apretó los labios.

—Vendré mañana temprano para fijar la fecha de la boda.

Violet asintió y sintió un nudo en el estómago cuando él la miró con intensidad y le dio un rápido beso en los labios antes de irse, arriesgándose demasiado a que el otro hombre finalmente lo golpeara.

—Mejor que sea dentro de una semana —soltó el conde, como si necesitara decir la última palabra.

Violet soltó una risita y Melbourne asintió, marchándose del dormitorio por donde había venido, consiguiendo que Ronan rebuznara y Frances sonriera.

Y ella sintiera mil mariposas revolotear en sus entrañas.

Capítulo 31

—¡Madre mía! No puedo creer que lo hayamos hecho.

Violet se sentía feliz.

La única cosa que enturbiaba un poco aquel sentimiento de dicha que la embargaba era pensar en el disgusto que se iba a llevar la parte masculina de su familia cuando se enterase. Sobre todo Ronan, quien había estado a punto de matar a Howard hacía tres noches. De no ser por la oportuna intervención de Frances, quien más tarde le confesó que había sido cómplice en la incursión de Howard en su habitación, todo hubiera sido muy diferente.

—No nos han dejado otra opción —le dijo sonriente mientras la tomaba de la cintura y la besaba con fuerza antes de salir de la pequeña sala donde acababan de darse el sí quiero al estilo escocés.

Desde luego que la existencia de Gretna Green era toda una bendición para amantes como ellos, que no podían esperar a casarse o que no contaban con el consentimiento de sus familias.

—Siempre podrías haber intentado congraciarte con ellos.

Su familia.

Al pensar en aquella palabra se sintió extraña, muy extraña, aunque en el fondo de su corazón se alegraba de haberlos encontrado y de que hubieran pasado a formar parte activa de su vida. Demasiado activa, pensó sonriente.

Melbourne la miró con ansia mientras la apretaba más a su cuerpo.

—Lo he intentado, pero el noble conde ha decidido que no estaba en casa cada vez que he ido a hablar con él sobre nuestro

matrimonio.

Violet soltó una carcajada.

—Sí, algo me han comentado.

—Cuatro veces he ido a verle.

—Te dijo que esperases una semana —le recordó mientras le acariciaba la nariz.

—Era demasiado tiempo.

Volvieron a besarse antes de salir, y ella pensó que nunca se cansaría de tenerlo así, todo para ella, únicamente para ella, porque ese hombre esa suyo.

Suspiró, feliz y llena de energía.

—Te amo —le dijo.

—Lo sé —la miró con picardía al ver que ella esperaba una respuesta similar, pero solo la besó en el cuello.

—¿No vas a decirme nada? Ahora soy tu esposa —entrecerró los ojos pensando que Melbourne intentaba fastidiarla.

—No vas a obligarme a decírtelo cuando tú quieras.

Ella le dio un golpecito en el hombro, indignada.

—Serás mentecato.

—¿Así vais a comenzar vuestra nueva vida de casados?

Ambos se giraron a mirar el lugar del que provenía aquella potente voz, confusos, y se sorprendieron al ver allí a Lothian, que los observaba con una sonrisa malvada, pero a la vez llena de orgullo.

—Lord Kerr —dijeron a la vez, aguantando la respiración.

—Nosotras también estamos aquí. —Frances se apresuró a correr a los brazos de su hermana, para abrazarla y darle un fuerte beso que casi le deja marca en la mejilla.

—Pero…

—Si pensabas que me ibas a decir que te escapabas con Melbourne para casarte y que me iba a quedar en Londres como si tal cosa —le sonrió—, es que no me conoces en absoluto, hermanita.

Miró a su cuñado y le guiñó el ojo, provocando las carcajadas de este.

—Nosotras tampoco pensábamos perdernos tu boda, jovencita.

Su tía y su abuela corrieron a abrazarla, sonrientes.

Ella miró a Howard.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó emocionada.

En realidad estaba feliz de que estuvieran allí, acompañándolos.

—No tenía ni la más remota idea —confesó con inocencia pero con un brillo especial en los ojos.

¡Ay, cuánto lo amaba!

—Yo también quiero felicitaros —su primo Ronan la miró con una sonrisa. Acercándose a Melbourne le dio una palmadita en la espalda y luego un enorme abrazo—. Cuídala mucho, por favor.

—Lo haré —le dijo. Y miró a Violet, emocionado, después de todo le gustaba eso de tener también una familia tan entrometida como aquella.

—Como padre de la novia, al que no has venido a pedir la mano —lo regañó el marqués—, también os quiero dar mi bendición. Y os he traído un regalo de alguien a quien le hubiera gustado mucho estar hoy aquí pero que le es imposible.

Era un sobre lacrado con el sello real.

Howard miró a Lothian, quien hizo un asentimiento con la cabeza y luego miró a su esposa, que lo contemplaba con el aire contenido.

Abrió la misiva y leyó su contenido, sorprendido.

Miró de nuevo a Violet y le entregó el documento, para que pudiera leerlo, conmocionado, sin saber qué decir.

—Esto también te pertenece —el marqués le entregó un pequeño sobre con el nombre de su madre y él lo miró desconcertado.

Inmediatamente lo abrió y sacó un trozo de mechón oscuro.

—¿Sabes lo que es?

Howard contempló el mechón de cabello y se lo acercó a la nariz, para olerlo. Aún le recordaba al perfume de su madre.

—¿Vais a decirnos qué está pasando? —su abuela no se andaba por las ramas.

—Os presento a los nuevos duques de Bakery —les informó el hombre—. Su Majestad ha decidido que heredes el título de tu abuelo materno.

Violet miró a su esposo con los ojos llenos de lágrimas por él. Después de todo, su padre sí que se preocupaba por él.

—¿Duquesa? —preguntó Frances entusiasmada—. ¿Ahora eres una duquesa?

Violet soltó una carcajada al darse cuenta de cómo había cambiado sus vidas ese hombre que ahora era su marido.

—Parece que sí —dijo con un hilo de voz.

Melbourne se guardó aquel cabello en el bolsillo de la levita y corrió a besar a su esposa, alzándola en el aire.

—Creo que aún no te he dicho cuánto te amo —le dijo con mirada solemne.

Ella le acarició el rostro con ternura mientras le sonreía.

—¿Pensabas que no lo sabía?

Y todos irrumpieron en carcajadas, felices por aquella pareja tan especial y que se miraba con tanto amor.

Epílogo

Londres, 1851

Violet estaba cómodamente reclinada en un sillón de la salita de estar de casa de su tía, descansando los pies hinchados después de su paseo de la tarde, debido a su avanzado estado de gestación. Este era su segundo embarazo y lo estaba llevando mucho peor que el primero, por eso se habían retirado a descansar unos meses fuera de la ciudad, a la mansión ducal vinculada a su título. Melbourne y ella habían ido de visita a Londres, casa de la condesa, aprovechando que habían vuelto para que su esposo solucionara unos asuntos relacionados con su cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Había obtenido dicho puesto hacía menos de un año y por los procedimientos habituales y no como pretendió en un principio, cuando la obligó a trabajar para él en casa de su padre.

Mirando a todas las personas que estaban en aquel momento en la sala, acompañándola, no pudo evitar sonreír.

Mientras su esposo charlaba de forma amistosa con su primo, y su tía escuchaba con cara de resignación a su abuela, aprovechó para leer la carta que Frances le había enviado hacía unas semanas pero que ella no había recibido hasta ayer.

Su hermana le narraba lo feliz que estaba viviendo en un rancho en los Estados Unidos de América, cerca de México. Le explicaba que había aprendido a montar a caballo como lo hacían los indios, y que se había hecho muy amiga de algunas mujeres de un tribu apache que residía cerca, en un valle espectacular. Le explicó como

había conseguido convertirse en la profesora del pueblo y que todos allí la adoraban, además estaba luchando por los derechos de sus nuevos amigos. También le contó que había conocido a hombres muy guapos, pero que por el momento ninguno había conseguido llamar su atención lo suficiente como para hacerla sentar cabeza, y que estos eran rudos pero encantadores. Y, cómo no, que la echaba mucho de menos, a ella y a su pequeña sobrina Alice, a quien estaba deseando volver a ver.

Se le humedecieron los ojos al pensar en lo mucho que la echaba de menos y en que daría cualquier cosa por tenerla cerca en los pocos meses que le quedaban para dar a luz, por eso emitió un grito de felicidad cuando leyó la última línea.

Melbourne acudió veloz a su lado, solícito y preocupado por lo que hubiera provocado tal arrebato.

—Amor, ¿te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

Ronan la miraba expectante mientras su tía aprovechaba la interrupción para ignorar a su madre y mirarla.

—Más que bien —le dijo llena de felicidad—. Frances estará aquí en breve, viene a pasar un tiempo con nosotros y a conocer a su nueva sobrina.

Howard le dio un pequeño beso en la nariz.

—Me alegrará mucho tener de vuelta a mi peligrosa cuñada.

Ella le dio un pequeño golpe en la mano y rio a carcajadas.

¿Se podía ser más feliz?

—Mirad la hermosa mujer que me acabo de encontrar —su padre entró con pasó enérgico en la estancia acompañado por una hermosa mujer de pelo oscuro y ojos castaños, vestida con pantalones, una levita de piel marrón y un pañuelo anudado al cuello.

—¿No vas a darle un abrazo a tu hermana pequeña?

Y Violet olvidó su estado, sus pies hinchados y lo cansada que estaba cuando corrió a abrazar a una de las personas más importantes de su vida.